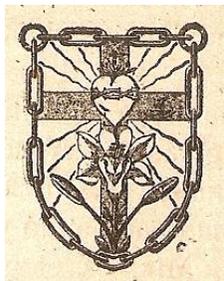


Mi día de retiro

o

un día con Jesús



Mi día de retiro . . .

o

- - - un día con Jesús

Manual escrito exclusivamente
para las hermanitas de la
Alianza en Jesús por María

Victoriae, 6 julii 1937

Nihil obstat

DR. ASSUMPTIO GURRUCHAGA.

IMPRIMATUR

Victoriae, 6 augusti 1937

DR. ANTONIU MARÍA P. ORMAZABAL

Vicarius Generalis

Unas palabras

me pide el venerado Fundador de la Alianza en Jesús por María y entrañable amigo y hermano, Don Antonio Amundarain; unas palabras, que sirvan como de entrada al hermoso librito, que acaba de brotar de su pluma: MI DÍA DE RETIRO O UN DÍA CON JESÚS.

Por complacerle lo hago; aunque, a decir verdad, esas mis palabras sobran. Para las hermanitas - quienes va dedicado exclusivamente este librito- el nombre de quien lo escribe, mirando sólo a su santificación, a su formación sólida y completa en la vida de aliadas que han de llevar en medio del mundo, es ya toda una recomendación.

Si aún no bastase, me atrevería a añadir el voto del autorizadísimo censor, que ha examinado solícita y cariñosamente esta obra. Al tiempo de entregarla, me manifestó que le había 'gustado mucho. ¿Se quien mejor apología para entrar por sus páginas?

Con todo, todavía la hay más grande: la que vosotras, hermanitas muy amadas de la Alianza, hagáis de este libro, apropiándolo , convirtiéndolo en jugo y savia de vuestro espíritu, libando su néctar para elaborar con él las mieles dulcísimas con que regaléis al Esposo Divino de vuestras almas.

¡Esa será su más elocuente apología!

Pues, ya que mis palabras no sirvan de recomendación... ¿serán menester, al menos, para explicar el asunto del libro al que preceden?

Quizás lo más provechoso que se haya lucho desde que hace doce años se fundó la Alianza en Jesús por María, sea haberla dotado de una serie de meditaciones y de exámenes apropiados admirablemente a las hermanitas, en los cuales esté encerrada, junto con la doctrina ascética más pura, la quinta esencia de lo que es una de las Obras más providenciales de nuestros tiempos.

La que penetre en unas y otras hasta lo más hondo; la que pondere despacio, como quien las va masticando, las enseñanzas que contienen las meditaciones y someta a juicio riguroso sus actos a la luz que arrojan sobre ellos los exámenes prácticos; por excelente camino va, bien ha tomado el rumbo que conduce a la perfección cristiana en el siglo.

Por eso, este primer paso del amadísimo Fundador de la Alianza y el ansia con que toda ella espera la aparición de este libro debe animarle a otro paso más vigoroso: a la preparación reposada de una serie de meditaciones para cada uno de los días del año litúrgico, en las cuales beban todas las mañanas las hermanitas los raudales cristalinos del espíritu, que ha de alentar su vida: hasta la noche.

Al insinuar esta idea, no dudo de que interpreto los vehementes deseos de toda la Obra.

Vitoria, 1.9 de septiembre de 1.937.

DR. ANTONIO MARÍA PÉREZ ORMAZÁBAL,

Vicario General de la Diócesis.

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

Necesidad y modo de practicar el retiro mensual de la Alianza en Jesús por María

Hermanita amada: Por vía de introducción van aquí dos letras.

Convéncete, primero, que es muy necesario para una hermanita el retiro espiritual bien hecho, un día cada mes. Luego te' diré cómo debes hacerlo.

Sabe, pues, que no serás lo que prometiste al entrar en la Obra de la Alianza, si no eres alma profundamente reflexiva y de advertencia sobrenatural.

La vida superficial, externa, liviana, de sentidos, de vana fantasía y de emociones sensibles es la que absorbe a la inmensa mayoría de la humanidad.

Almas estudiosas, reflexivas, de meditación, de actuación sobrenatural, de elevación interior, de oración y contemplación divina son una verdadera excepción. En los claustros es consolador hallarlas: en el siglo son muy contadas.

La hermanita de la Alianza, alma de ideas positivas, que, cerrando sus sentidos a las cosas materiales terrenas vive amando las bellezas espirituales y divinas que abraza la virginidad, como camino especial para llegar a poseer a Jesús, como su fin supremo, debe ser necesariamente una de estas almas elevadas, que se recogen dentro de sí, a fin de acercarse y unirse a su Dios en oración y amorosa contemplación.

Todos los días y varias veces al día, hermanita amada, debes buscar un rato para entrar en coloquios con tu Dios.

Y un día entero y completo al mes, para subir como Moisés a la montaña; como Simón, Juan y Santiago al Tabor para permanecer en íntima unión y comunicación divina, hablando a tu Dios familiar y confiadamente, oyéndole y guardando en tu alma sus divinas lecciones, estudiándote a ti y estudiando a tu dulcísima Señor, examinando sus obras y examinando las inagotables bondades de Él.

Es necesario, indispensable para ti, hermanita amada un día de verdadero retiro y recogimiento, para dedicarte a estas tres grandes consideraciones:

A) La primera, fundamental, de los novísimos, que nunca se deben olvidar.

B) La segunda la vida de Jesús, al través del santo Evangelio, de tu Jesús, esposo, ideal, modelo y amado único.

C) La tercera, de tu propia vida, tus obras y tus acciones, tu conducta, tus progresos y tus atrasos, tus pérdidas y tus ganancias.

Este librito es una pequeña pauta para animarte y ponerte en camino con plan y dirección determinados.

Pero no te obligamos a encerrarte siempre entre sus reducidos límites; sólo intentamos iniciarte enseñándote el a, b, c, de este saludable ejercicio, a fin de que, al terminarlo, sepas caminar sola y sin mano ajena que te sostenga.

Para lo cual, guarda bien las siguientes observaciones:

1ª Que no es posible sujetar a todos los Centros y a todas las hermanitas a un mismo plan, a una misma distribución y a los mismos actos.

2ª Los actos del retiro, sean cuales fueren, deben, en cuanto sea posible, organizarse en perfecta armonía con los actos de las respectivas parroquias, a los cuales, siempre que las hermanitas puedan deben asistir.

Por la mañana la primera meditación en comunidad. Hacia el mediodía y a la hora que los Directores acuerden, plática, que con preferencia debe tratar de algún artículo del reglamento, y, seguidamente, examen sobre el lema de la Alianza, todo o parte de él, según convenga. A media tarde devoto Vía-Crucis (1).

Al atardecer, segunda meditación, que se hará, siempre que sea posible, con el Sagrario abierto; a continuación, el examen especial para el respectivo mes; terminando este acto con la preparación para la muerte y bendición del Santísimo.

4ª En Centros reducidos será difícil organizar actos para todo el día, y, como cosa la más práctica, la más fácil y, al mismo tiempo, la más ventajosa, creemos: Que cada hermanita haga la primera meditación en privado por la mañana, o, si quieren, dos o tres hermanitas unidas en una iglesia u otro lugar. Hacia el mediodía, si es fácil disponer de algún sacerdote téngase la plática y examen sobre el lema si esto no es; posible, déjese todo para la tarde, y, suprimidos el Vía-Crucis y examen sobre el lema, háganse los demás actos con algunos intervalos de tiempo libre entre acto y acto.

Sepan, por fin, las hermanitas, que no harán verdadero día de retiro, si, por lo menos, no hacen las dos meditación y examen fijados para cada mes, añadiendo el Director, como buen director, su plática, siquiera de quince minutos.

5ª Saben muy bien las hermanitas que el día de retiro, como su nombre indica, es *de retiro*, y es *un día* de retiro.

Ninguna hermanita hace día de retiro, si sólo se contenta con guardar un poco de recogimiento a las horas de los actos correspondientes, y nada más. Es absolutamente indispensable que, desde la mañana en que reza la oración para comenzar el retiro, se retire y viva todo aquel día en gran silencio, recogimiento, elevación y piedad.

En ese día, sólo se permiten los trabajos domésticos necesarios e indispensables. En cambio, deben evitarse: paseos con amigas, diversiones, visitas, tertulias, recreos Y pasatiempos inútiles, aun entre las mismas hermanitas.

(1) Cuando por alguna razón no se hallara sacerdote, que dirigiera la plática, podría suplirse con una lectura espiritual, si quiera de un cuarto de hora y, a ser posible en común.

6ª Se trata de dar un día entero a Jesús y al alma y sólo para Jesús y para el alma debe de ser aquel día.

Como arriba decimos, tres son las ocupaciones preferentes de este día de retiro:

a) Profunda y seria meditación de un novísimo, como base y fundamento de nuestra vida santa. En el ambiente superficial del mundo en que vivimos, necesitamos de este fuerte contraste.

b) Devotísima y piadosa meditación y contemplación de un paso de la vida de Jesús, nuestro Divino Maestro. Toda la ciencia de una hermanita se puede con preferencia reducir al verdadero y sobrenatural conocimiento y amor a Jesús, para lo cual hay que meditar bien el santo Evangelio.

c) No es mucho que una vez al mes nos volvamos por entero sobre nosotros mismos y dediquemos un día a examinar y estudiar seriamente nuestro secreto interior y nuestros actos exteriores. El bien y el mal, las virtudes y los vicios, las obras buenas y las malas, que habremos hecho durante aquel mes, han de ser objeto de un examen riguroso.

He ahí la ocupación, interesante y transcendental, de una hermanita en su día de retiro mensual. Únase a esto un poco más de piedad en este día, más oración, más presencia de Dios, más jaculatorias, más súplicas, más unión con Jesús, más amor.

Hermanita amada, si es así tu día de retiro; si es tan recogido, tan elevado, tan interior y tan santamente ocupado, habrás conseguido todo el fruto que se intenta en todos sus especiales actos.

Eso es lo que buscamos; eso es lo que deseamos con este trabajito; para eso pedimos de rodillas la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

PRIMERA PARTE

Día de retiro completo

Comprende los siete actos siguientes:

I. Oración para dar principio al día de retiro.- II. Meditación de la mañana.- III. Examen general.- IV. Vía-Crucis.- V. Meditación, de la tarde. - VI. Examen especial.- VII. Ejercicio de reparación para la muerte.

I. Oración para dar principio al día de retiro

¡Soberano Dios, uno y trino, Padre, Criador eterno, Hijo, Redentor amoroso, Espíritu Santo santificador, huésped de mi alma! A Vos, postrada, me dirijo con humildad y confianza; en Vos deseo Y quiero poner hoy, con especial empeño y voluntad, mi alma y mi corazón, mis potencias Y mis sentidos, mis energías y mis actividades todas.

Este santo retiro, en que voy a entrar, es exclusivamente para Vos y para mí; para mí, para pasarlo con Vos. Y os lo consagro todo y me consagro yo misma enteramente a Vos con el mayor recogimiento, silencio, fervor piedad y amor.

Con Vos y sólo con Vos quiero estar en todos los, instantes y en todos los actos que la distribución me ordenare.

Renuncio de mi parte, y pondré empeño en ello, a toda ocupación terrena, a todo entendimiento inútil, a toda distracción voluntaria mundana, a todo trato con las criaturas.

Entregad a Vos, vuelta a Vos mirando a Vos, unida a Vos, en intimidad con Vos, orando a Vos, pensando y meditando en Vos, en una palabra, amando a Vos, quiero emplear todos los momentos de este día.

Habladme, Señor, inspiradme, manifestadme vuestra voluntad, que vuestra sierva escucha.

Alcanzadme, mi Dios Santo y Bondadoso, de los inagotables tesoros de vuestro liberalísimo Corazón, las gracias, las luces, las mociones, las energías que mi alma necesita para conocerme, conocer el estado de mi espíritu, conoceros a Vos, conocer vuestra voluntad abrazarme con ella y seguirla sin titubeos ni vacilaciones, hasta conseguir, como de veras lo deseo, el agradaros en todas las cosas y en todos los instantes de mi vida, hasta poseeros en recompensa en la gloria del cielo.

Virgen Santísima, mi dulce Madre, ángeles y santos de mi especial devoción, interceded y rogad por mí. Amén.

(Padre nuestro, Ave María y Gloria).

II. Meditación de la mañana

(Véase la señalada para cada mes en la segunda parte de este librito).

III. Examen general sobre el lema o fines de la Alianza

Advertencia.- Las hermanitas de la Alianza lo practicarán con preferencia en los días de ejercicios espirituales y días de retiro mensuales, ya completo, ya por partes.

Oración preparatoria

Estoy, Jesús mío, en vuestra presencia soberana, y creo que ella me envuelve y me penetra hasta lo más íntimo de mi ser. Perdida en el abismo de vuestra infinita caridad y misericordia, os adoro, os amo y me humillo, avergonzándome de mi propia miseria y de las innumerables faltas e ingratitudes que cubren mi pobre alma.

Dadme, Señor, la especial gracia de bajarme hasta el fondo de esta mi pobre alma y de ver y de examinar su actual estado delante de Vos. Amén.

¿Sabes que la Alianza ha tomado a la virtud de la pureza como su especial camino para ir a Jesús a su amor? - ¿Qué aprecio haces de esta virtud angélica? - ¿En qué estima la tienes? - ¿Cómo la distingues y la prefieres? ... (Pausa).

¿Haces algún estudio de la virtud de la pureza? - ¿lees libros que tratan de ella? - ¿cómo los lees? - ¿quizás por mera curiosidad? - ¿meditas los pasos evangélicos que tratan de sus bellezas, de sus excelencias, de sus preferencias? - ¿la contemplas, la miras la examinas en María, en el mismo Jesús en los Santos...? (Pausa).

¿Pides en la oración la particular gracia de ser siempre casta y pura? - ¿rezas siempre, y especialmente en la hora de la tentación, el «Bendita sea tu pureza...», el «Custodio de las vírgenes, Santísimo José...» y otras oraciones de tu devoción...?

¿Sientes hambre de la pureza? - ¿la cultivas con afán? - ¿comprendes la necesidad que de ella tienes, particularmente en estos tiempos de libertinaje e inmoralidad? - ¿quieres, en medio de la corrupción del mundo, ser ángel, ser lirio, ser cielo para Jesús? (Pausa).

¿Qué medios utilizas para guardarla? - ¿qué precauciones tomas para defenderla? - ¿eres modesta? - ¿llevas la vista recogida? - ¿o la derramas, curioseándolo todo? - ¿es tu plan *ver todo*, espectáculos, diversiones, estampas, revistas, personas inmodestas, de igual o diferente sexo? - ¿Sabes que por los ojos entra la impureza, y que la curiosidad ha llevado a muchas almas al infierno? ... (Pausa).

¿Tienes conversaciones ligeras? - ¿las escuchas con agrado? - - ¿asistes a corrillos donde se hablan cosas mundanas, peligrosas, de doble sentido, y tal vez libres, feas, atrevidas? ¿tarareas cantares? - ¿los escuchas con gusto? - ¿buscas y te recreas *con exceso* en alegres músicas, radios, gramolas...? (Pausa).

¿Tienes amistades peligrosas? - ¿tienes amigas no aliadas y mundanas? - ¿tienes excesivo afecto a personas íntimas y particulares? - ¿hablas libremente y sin necesidad con personas de diferente sexo? - Si por necesidad, oficio, viaje, o en casa, has de tratar con hombres ¿procuras ser breve, recatada, recogida, no ligera, más bien severa, prudente, honesta, pudorosa? - ¿Te turbas, como María con el Ángel, y temes la presencia de los hombres? - ¿confías demasiado? (Pausa).

¿Tienes afición a tu propio regalo? - ¿buscas demasiadamente vida muelle, suave, regalada, excesivamente cómoda? - ¿eres honesta y recatada contigo misma? - ¿sabes que tu cuerpo es templo del, Espíritu Santo, un Sagrario, un trono de Jesús, un pequeño cielo? ¿evitas, aun a solas, todo lo que pudiera ruborizar a tu Ángel de guarda?

¿Te vistes con decencia, con sencillez, holgura, largura, etc.? ¿Evitas excesivos e inútiles adornos, formas, colores, etc.? - ¿Lees con frecuencia los artículos del Reglamento y las disposiciones particulares que se refieren a este delicado punto? (Pausa).

¿Piensas a menudo que eres un lirio entre espinas, una perla en los arenales, una ovejita entre lobos, un ángel en el desierto?

Segundo lema: SERAFÍN EN EL AMOR

¿Has meditado alguna vez sobre el gran precepto, el primero y máximo que anunció Jesús: «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas»? - ¿Has observado aquí la insistencia con que el Espíritu Santo ha detallado este mandamiento? - ¿Y no ves que repite: Con *todo* tu corazón, con *toda* tu alma, con *toda* tu mente, con *todas* tus fuerzas? - ¿no significa esto que hemos de amar a Dios con *todo nuestro ser*?- ¿es decir: que todo lo que eres, tienes, puedes, dices y haces debe convertirse en un acto de amor a tu Dios, que tu ida es amor, que tu ley única es amar, como lo será un día tu galardón y tu gloria en el cielo? - ¿servir aquí *amando* y amando gozar en el cielo? (Pausa).

¿Amas, hermanita mía? - ¿es amar el ideal supremo de tu vida? - ¿amas a Jesús, amas la pureza para mejor amar a Jesús? - ¿Abrazaste la vida de castidad perfecta, para desembarazarte de todas las criaturas, y, así, consagrar mejor todo tu amor a Jesús? - ¿es, pues, el amor el principio y el fin de todas tus acciones? (Pausa).

¿Pero sabes que amar es darse al Amado? - ¿que el verdadero amor no es egoísta, no se mira a sí mismo, no busca su bien, sino el bien del Amado? - ¿y según esto, haces desde la mañana tu total entrega, de ti misma y de todas tus obras a Jesús? - ¿buscas en todo a Jesús? - ¿quieres su voluntad, su querer, su agrado, su gusto aun en las cosas pequeñas? - ¿es tu ansia hacer sonreír a Jesús? - ¿Te ocupas más en ti que en Jesús? - ¿o más quieres olvidarte de ti, para no pensar más que en Jesús? (Pausa).

¿Sabes que obras son amores? - ¿crees acaso, como creen muchos, que para amar basta decir: Jesús, te amo? - ¿no leíste en el Evangelio, que no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino

de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de Dios? - ¿muestras tu amor con obras? - ¿qué has hecho por Jesús? - ¿qué haces por Jesús?

- ¿qué piensas y qué quieres hacer por Jesús? - ¿haces, pues, tus acciones todas por Jesús, mirando a Jesús por su amor?- ¿o las haces tal vez por tu bien, por vanidad, por aplauso, porque te consideren buena...?

¿Es el amor el único móvil, el secreto inspirador de todos tus actos? - ¿es el amor a Jesús el que te hace ser modesta, pura, recogida, mortificada? - ¿es el amor a Jesús el que te hace dejar el mundo, sus galas, sus atracciones, sus espectáculos? - ¿es el amor el que te hace piadosa, humilde, obediente? - ¿es el amor el que te da celo por la gloria de Dios y te hace apóstol para trabajar por las almas? - ¿es el amor el que te lleva al templo, al Sagrario? (Pausa).

¡El Sagrario! ¿Conoces el Sagrario de tu Parroquia? - ¿sabes cómo está? - ¿sabes Quién está allí y qué hace, y a quién ama, y a quién espera? -- ¿piensas en tu Sagrario? - ¿corres allí a impulsos de un secreto fuego que te abrasa?-¿amas a *TU JESÚS*?-¿*Al* de tu Sagrario? - ¿Le amas más y mejor que las almas vulgares y frívolas que le saludan casi sin detenerse, y como de paso? - ¿quieres, te gusta su dulce compañía? - ¿le miras con fe como si le vieras? - ¿le recreas?-¿le consuelas? - ¿le desagravias? - ¿le haces sonreír? - ¿quién lo hará si no lo haces tú? - ¿no eres tú virgen de la Parroquia, la lámpara del Sagrario? (Pausa).

¿Comulgas siempre que *puedes*? - ¿haces un *posible* aun de un *imposible*? - ¿Cómo comulgas? - ¿sabes que el hambre para comulgar es el amor? - ¿aspiras a comulgar, como comulgaría, si pudiera, tu Ángel de la Guarda como comulgaban Teresita, Cecilia, Inés: como comulgaba la Virgen Santísima? - ¿Qué haces cuando comulgas? - ¿qué, después de comulgar - ¿qué dices a tu Jesús, qué le pides, que le das, qué le prometes? (Pausa).

¡Unirte con Jesús! ¡Vivir con él! ¡Vivir su vida, su amor! ¡*Enjesusarte*! ¿Es ese tu único anhelo? - ¿aspiras a ello? - ¿te parece demasiado? -¿para otras almas, dices? - ¿y no buscas *tú* para ti esa

dicha? - ¿no le pides en la oración, en las visitas, en esos íntimos coloquios? (Pausa).

¿Recuerda tu nombre de *escogida, amada, esposa*? - ¿eres fiel?-¿eres dócil a sus inspiraciones, obediente, sumisa incondicionalmente a sus mandatos? - ¿es para ti sabroso manjar el hacer siempre su santa voluntad?- dices: ¿*Ecce ancilla Domini...*», esclava de Jesús? - ¿lo eres en verdad? - ¿lo eres por *amor*? (Pausa).

Tercer lema: EN EL SACRIFICIO, MÁRTIR

Las bellezas de la pureza y las dulzuras del amor a Jesús son el gran ideal de las hermanitas de la Alianza.

Pero ¿sabes que el camino para llegar a ellas es el *sacrificio*?- ¿sabes que no puede haber pureza sin vencimiento ni amor sin sacrificio, porque la pureza en delicias se corrompe y el amor en dulzuras se convierte en egoísmo? - ¿recuerdas que Jesús dijo un día: «El que quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame? - Negarse, vencerse, mortificarse, sacrificarse... ¿conoces ese lenguaje? - ¿quisieras ir tú a Jesús, como quisieran las almas vulgares y mundanas, por el camino del regalo, vida suave y cómoda, sujeta sólo a los caprichos, moviéndote siempre al soplo de tus gustos y sin pensar en vencimientos y abnegaciones? - ¿ignoras acaso que la vida de la Alianza es vida de continua lucha? - ¿no ves que estás en medio de terribles enemigos que te acechan? - ¿no ves ahí frente por frente al mundo, al demonio y a la carne? (Pausa).

¡EL MUNDO! ¿Sabes que el mundo, por más que se disfrace, es tu gran enemigo? - ¿eres acaso su esclava?- ¡Mira que lo son muchas sin saberlo y sin darse cuenta-! ¿Te atraen sus vanidades, sus grandezas, sus glorias? - ¿sigues sus modas, sus modernas corrientes sus costumbres paganas? - ¿buscas y te afana en figurar, agradar, ser conocida estimada aplaudida?-¿te dejas llevar de sus bellezas sus esplendores, sus espectáculos, sus diversiones, atracciones, exhibiciones, festines, músicas, paseos públicos, romerías, giras,

deportes?-¿y te resulta, en cambio, pesada y aburrida la soledad de tu «Retiro», la compañía de hermanitas fervorosas, la silenciosa intimidad del Sagrario, el vivir escondida, olvidada y tal vez el ser criticada? (Pausa).

¡EL DEMONIO! ¿Sabes que, como león hambriento, te ronda sin cesar para devorarte. Procuras conocer sus astucias, sus engaños, sus ocultos lazos, sus falsas inspiraciones? - ¿vives alerta para no caer en sus redes y cadenas? - ¿oras con fervor, para que le venzas en sus terribles asaltos? (Pausa).

¿Resistes a la tentación desde los principios? - ¿la descuidas tal vez y le das entrada fácilmente? - ¿te entretienes en pensamientos de vanidad, de honores, de grandezas, de aplausos, de estimación, de gloria? - ¿admites con cierto agrado pensamientos de sensualidad, de placeres, de pasos peligrosos? -Recuerda bien que, quien tentó a Eva y la derribó, Y se atrevió a tentar al mismo Jesucristo, no tendrá reparo en tentarte. (Pausa).

¡LA CARNE! ¿Quieres ser ángel en carne humana? - ¿la castigas y procuras reducirla a servidumbre? - A este objeto, y con permiso de tu confesor, ¿haces algunas penitencias corporales? (Pausa).

Tal vez, al contrario, ¿buscas el regalo, la comodidad, la vida muelle? - ¿te perdonas demasiado en la comida, bebida, sueño, vestido, cama? - ¿pones freno y mortificas los sentidos? - ¿qué ves, qué escuchas, qué hablas, qué gustas? - ¿sacrificas tus gustillos, tus caprichos, tus pasatiempos? - ¿sabes vencerte en cosas *lícitas*, sobre todo, cuando sabes y conoces que te las pide tu Jesús? (Pausa).

¿Aceptas, ofreces, AMAS los trabajos del día, de tu oficio, de tu destino o carrera? ¿miras a Jesús y le ofreces con amor la obediencia difícil Y penosa, los desprecios, las burlas y las humillaciones del mundo? (Pausa).

¿Sufres con resignación, con alegría, con *amor* la enfermedad, las penas del corazón, la pobreza, la persecución? (Pausa).

¿Llega quizás tu generosidad (contando para ello con tu director espiritual) a entregarte a Jesús en *santo abandono*, para que su divino Amor disponga libremente de tu alma de tu cuerpo, de tu salud, de tus bienes, de tu fama, etc.? - ¿te pide Jesús esta ofrenda? - ¿te recomienda tu director? - ¿se lo niegas? - ¿por qué se lo niegas?

Vuelve, hermanita, a recogerte de nuevo unos minutos sobre aquellos puntos en los que más veces y con más advertencia y culpa crees haber faltado. Toma nota de ello; y bien arrepentida y con firme resolución de corregirte, haz fervorosamente delante de Jesús la siguiente

Oración

¡Oh Jesús! [No sé cómo me amas tanto! Cuando yo, recogién dome en un día de retiro a pesar de mi ceguera, alcanzo a ver y conocer en mi pobre alma, tanta miseria tanta ingratitud y tanta ruindad, Vos, que veis con la claridad del sol los actos más imperceptibles y los pensamientos más rápidos y ocultos... ¡qué veréis Señor, en esta pobre aliada!

¡Y todavía me buscáis, y me llamáis, y venís a mí, y me AMÁIS y... hasta me regaláis con inefable dulzura! ¡Qué es esto, Jesús mío!

Bástame este pensamiento, para anonadarme en vuestra presencia, para humillarme, avergonzarme, confundirme y deciros con el publicano del Evangelio, hiriendo mi pecho ingrato: Dios mío, pues sois tan bueno, sed propicio una vez más, y perdonad a esta hermanita que llora a vuestros pies tantísimas faltas con que os ha ofendido.

En mí pusisteis vuestras delicias, hermoreándome de antemano con vuestra gracia soberana, y me encontráis afeada de tantos pecados, queríais que yo os consolara y os he entristecido, mendigabais mi amor y me habéis encontrado vacía, fría y seca...

Pero no será así en adelante, no, Jesús mío; perdonadme, y cuenta nueva. Olvidad lo pasado, no lo miréis más, mirad más bien las ansias de mi alma que os ama.

Recibidme en vuestro misericordioso y compasivo corazón y, trocando el mío de manchado en puro, de frío en ardiente y de ingrato en agradecido, haced que siga en adulante siendo para Vos la más generosa, la más fiel, y la más amante de vuestras escogidas esposas. Amén.

IV. Vía-Crucis

Advertencia.- Hermanita amada. No te distraiga demasiado la idea de lucrar indulgencias y gracias espirituales. Deja eso a la generosidad de tu Señor. Entra tú en este piadoso ejercicio con el fin exclusivo de contemplar y de ponderar lo que Jesús hace por ti y mira después lo que tú debes hacer por Él. Sea el fruto de estos pasos una resolución generosa de ser «mártir, en el sacrificio», aceptando y amando con generosidad la cruz de sacrificios de una hermanita santa.

Si por cualquier motivo la hermanita no tuviese tiempo para practicar este ejercicio completo, déjese los Padrenuestros, pero no se supriman las consideraciones.

Ofrecimiento

Con la mayor devoción y fervor de que soy capaz, vengo a ofrecer, Padre eterno, a vuestro muy amado Hijo Jesús, Víctima y Hostia divina por nosotros sacrificada en el ara de la cruz, cuyas humillaciones y dolores quiero contemplar con recogimiento y compunción de mi alma.

Y al mismo tiempo que Él ofrecerme yo y por Él, quiero ofrecerme yo misma a Vos, uniendo a su cruento sacrificio las cruces que Vos, a la medida de vuestra voluntad y mis fuerzas, queráis enviarme en el destierro de mi vida de hermanita.

Lo quiero, amoroso Padre; es el grito sincero de mi alma; ayudadme con vuestra gracia, a ser, al lado de vuestro muy amado Hijo, una pequeña *víctima* por mí y por las almas.

PRIMERA ESTACIÓN

Jesús sentenciado a muerte

*Adorámote, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Oh, divino Jesús! ¡Con qué anhelo, ansia, generosidad y amor aceptas la sentencia de muerte decretada por tu eterno Padre y aplicada por Pilatos en su Pretorio, por Librarme a mí, tu insignificante y miserable esclava, de la sentencia de muerte eterna que, por mis muchas ofensas, había merecido!

Gracias, Jesús misericordioso, gracias... (Pausa).

Con la misma generosidad y amor *quiero y acepto* la sentencia de *crucifixión* que Tú quieras decretar y aplicarme, para ostentar dignamente, de hecho y en verdad, el lema de «Mártir, en el sacrificio» con que he marcado la senda de mi vida de hermanita, al ingresar en la Alianza en Jesús por María.

Con el *fiat* que brota de mis labios y de mi corazón, me ofrezco, Señor, a tu santísima voluntad.

- V. «Fiat... » He aquí tu esclava.

-R). (*Contéstese*) «Fiat... » Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús, abrazado a la Cruz, sale al Calvario

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

Con la cruz de mis pecados a cuestas, ¡oh dulcísimo Jesús! emprendes en silencio la carrera final de tu sacrificio. Pensando en mí, porque me amas con locura, irás dando uno a uno todos esos dolorosos pasos... (Pausa).

¡Oh! A tu lado, Señor, pues lo merezco por mis muchísimas culpas, y también porque te amo con locura, seguiré en silencio sin queja ni protesta, con la cruz que tu infinita caridad y misericordia quiera cargar sobre mis hombros. Manda, Jesús, lo que quieras; pero ayudarme a cumplir lo que mandas. Dame la cruz a mi medida, y la llevaré con tu gracia, por tu amor y por mis culpas.

- V. «Fiat... » He aquí tu esclava.

- R). «Fiat...» Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

TERCERA ESTACIÓN

Jesús caído con su Cruz

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Oh, Señor, Dios Fortísimo! Eres Dios...; pero quisiste ser hombre. Y como hombre que eres tienen un límite tus fuerzas. Agotadas éstas, ya no puedes más y... ¡caes! Es más que tú la cruz que arrastras; su peso, peso de mis innumerables pecados, te derriba y te aplasta. ¡Qué horror...! (Pausa).

¡Oh! ¿Por qué me quejo, Dios mío, del peso de mi cruz, aun cuando la carga sea superior a mis fuerzas? ¿Qué extraño que la cruz que merezco me derribe, pues veo que ella ha podido derribarte a Ti?

¡Oh, Señor! Dame la cruz que merezco, y, si ella me aplasta, haz que ella me redima.

-V. «Fiat... » He aquí tu esclava.

-R). «Fiat... » Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús y su Madre en la vía dolorosa

*Adorámote, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Oh, dulce Madre! Si los verdugos fueran más indulgentes, serías tú el alivio más eficaz y más consolador para tu Hijo; en tus brazos, sobre tu corazón, hubieras llevado, a su lado, el pesado leño de su divino sacrificio. No lo pudiste, ¡Dureza de los corazones! ¡Qué dolor...! (Pausa)

Pero, ¡oh mi compasiva Madre puedes y quieres hacerlo con esta pobre hija tuya, que no puede con el peso de la cruz que merecen sus culpas. Sal, pues, Madre amada, a mi encuentro en la carrera de mi calvario cotidiano; acompáñame siempre, muy cerca, aligerando mi pesada carga con el poder de tu brazo maternal. Confortada a tu lado, diré siempre con generosidad y amor:

- V. «Fiat... » He aquí tu esclava.

- R) «Fiat...» Hágase tu voluntad

Padre nuestro, Ave María y Gloria..

QUINTA ESTACIÓN

El Cirineo ayuda a Jesús

*- Adorámoste, Cristo, y te bendecimos
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Oh, generoso y divino Jesús! «Fiat» repite tu Corazón. Quieres; es tu anhelo vehemente... pero no puedes. Clama, urge, y te empuja el amor; pero las fuerzas se niegan; se agotan a cada paso, y no te es posible proseguir. ¿Dejarás al borde del camino la cruz de mis pecados? ¿Quedarás sin cumplirse el «fiat» del Huerto santo? No; cumplirás en todo la voluntad del Padre; al arrimo de un hombre que se alquila, irá el leño e irás Tú... (Pausa).

Es mi historia, divino Jesús. Quiero; es grito generoso de mi alma; pero no puedo. Cuando de veras te amo, amo también la cruz, la quiero, la abrazo, está pronto mi espíritu; pero mi carne es flaca, la naturaleza se niega, me faltan las fuerzas. Busco entonces el arrimo de un hombre; el Hombre-Amigo eres Tú, Jesús amado. A tu lado recostada, me siento animada y voy por mi camino con mi cruz.

Acércate, Señor, acepta este caritativo oficio, repítelo mil veces, hasta que consuma, en *mi* calvario, el sacrificio que merezco. Sé siempre mi fiel Cirineo, y así diré siempre:

-V. «Fiat... » He aquí tu esclava

-R). «Fiat...» Hágase tu voluntad

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuga el rostro a Jesús

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo*

Una mujer caritativa es ahora otro nuevo alivio y consuelo para Ti. ¡oh pacientísimo Jesús!. ¡Y con qué amor aceptas y agradeces el oficio de este compasivo corazón!

Desfigurado por la fealdad de mis culpas vergonzosas, vas, mi Jesús, sin aspecto humano; pareces gusano que se arrastra y no hombre; y ella: mujer valerosa, intrépida, heroína, con un lienzo se acerca y te devuelve la belleza de tu rostro soberano. ¡Qué acción tan sublime...! (Pausa).

¡Señor! Si con mi cruz a cuestras, desfigurada con tanta miseria, me ves hasta repulsiva, caminar, como sucio gusano, permite que el blanco lienzo de la pureza de mis hermanitas me devuelva la belleza, que tu gracia divina imprimió en mi alma.

¡Jesús mío! Que la santidad de la Obra a que pertenezco y la caridad de las que en ella viven me conforten y animen en mis grandes decaimientos y cobardías, para seguir mi camino de sacrificio, repitiendo sin cesar:

-V. «Fiat... » He aquí tu esclava.

-R). «Fiat... » Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús arrojado de Jerusalén y caído

*Adorámote, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Oh, amantísimo Jesús! Humillado, abatido, desfigurado y afeado por la terrible carga de mis pecados, te han considerado los hombres indigno de pertenecer a la sociedad de las , gentes, y, ahí, arrojado de la ciudad, como un indeseable, yaces a las puertas de Jerusalén, tirado, como basura, contra sus muros ...

¡Oh, ángeles del cielo! ¿Dónde estáis...? (Pausa).

¡Dios mío! ¿Qué importa que el mundo me desprecie, me arroje fuera de sus centros, de sus tertulias, de sus amistades y viva yo, como indeseable, en las afueras de la sociedad, con tal de que un día me admitas, con las vírgenes prudentes, en las bodas de la celestial Jerusalén?

Levántate, Señor, y ocupe yo hoy tu puesto con mi merecida cruz, en desagravio de tus desprecios y humillaciones. Sí, acepto, quiero, amo ~I desprecio y la humillación, la mofa y la carcajada del mundo insensato, por tu amor y porque lo merezco. .

-V. «Fiat...» He aquí tu esclava.

-R). «Fiat...» Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

OCTAVA ESTACIÓN

Las hijas de Jerusalén lloran a Jesús

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

Almas compasivas lloran al verte subir rendido y fatigado, por la cuesta del monte santo. ¡Qué cuadro...! Y Tú, Señor, renuncias a este acto de sincera y natural compasión; no quieres que te lloren, para que sepan llorar por lo que Tú lloras y gimes. Y Tú, Señor, sufres, lloras y gimes por ellas y por mí, por sus pecados y los míos. ¡Oh, caridad inaudita! (Pausa).

¡Señor! Déjame llorar; darme lágrimas de dolor y de sangre para llorar, no la cruz que llevo, pues la quiero llevar con alegría y con amor, sino mis culpas, por las que he merecido la cruz de mi sacrificio. Llore yo, Jesús mío, por mí y por los infelices que, bajo el enorme peso de sus culpas, ríen y gozan, debiendo llorar y gemir.

- V. «Fiat. » He aquí tu esclava.

-R). «Fíat... » Hágase tu voluntad. .

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

NOVENA ESTACIÓN

Jesús caído por tercera vez

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Qué terribles y dolorosos son, mi amantísimo Jesús, estos últimos pasos de tu vida mortal! En verdad que me amaste hasta el fin. En la cima del Gólgota, término de tu jornada y con el último paso, se acaban tus energías; ya no puedes dar ni un paso más...

tambaleándose con la cruz se desploma tu santísimo cuerpo y... ¡caes hasta dar en tierra con tu divino rostro! Los verdugos inhumanamente te arrastran hasta el lugar del suplicio... (Pausa).

Y yo, Señor, ¡cuán fácilmente digo: No puedo ; no puedo con mi cruz, cuando todavía

No se han agotado mis energías...! ¡Oh, Señor! Dame alientos, dame valor, generosidad y amor para caminar a tu lado con mi cruz, hasta consumir totalmente mi carrera, hasta el último paso de mi vida, hasta que no quede en mi ni fuerza, ni poder, ni aliento, ni vida; hasta que, exhausto, caiga en la cima de la Alianza abrazada a mi cruz, y en sus brazos me inmoles y, redima, me levantes a la gloria eterna.

-V. «Fiat...» He aquí tu esclava.

-R) « Fiat... » Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria..

DÉCIMA ESTACIÓN

Desnudan a Jesús públicamente

*Adorámote, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Oh, purísima Hostia! ¡Purísimo Jesús! Ante la chusma insultadora, descarada e insolente, apareces desnudo, como cordero inocente, para ser inmolado en el ara de la santa cruz. La codicia pasional de los ojos carnales no pudo ver en Ti la infinita santidad y pureza con que apareciste vestido a los ojos del Padre y de los ángeles del cielo. Víctima santa que, antes de ser ofrecida en el holocausto cruento de la cruz, quisiste ser despojada del vestido con que Adán cubrió su vergüenza, al verse desnudo de la inocencia por el pecado... (Pausa) .

¡Oh, Señor! Si, pecando, rasgué yo un día la vestidura de la inocencia, que la honestidad exterior, de mi vida, como hermanita aliada, guarde, incólume y pura, la vestidura de la pureza interior de mi alma, redimida por Ti, y que, al ser inmolada en la cruz de mi sacrificio, sea para Ti y para el cielo hostia pura, hostia santa, hostia inmaculada.

-V. «Fiat... » He aquí tu esclava.

-R) «Fiat... » Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es clavado en la Cruz

*Adorámote, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

¡Oh, amantísimo Jesús! Más fuerte es en Ti el amor que me tienes, que los clavos con que te crucifican; inauditos son aquellos dolores, Y aún lo son más tus divinos amores. Aun cuando el hierro no te cosiera, te fijaría más fuertemente en el leño el amor con que me amaste Clavaste tus manos y tus pies y clavada quedó tu justicia; pero dejarás libre tu Corazón, para dejar libre tu misericordia y tu amor. ¡El amor triunfa...! (Pausa)

¡Oh enamorado Señor! Confieso que es muy débil el amor con que te amo; de ahí que la cruz que abrazo al amarte, la dejo caer, cuando siento el peso que me amarga. Necesito, pues, que Tú me claves, y claves conmigo mis indómitas pasiones, mis miembros rebeldes y mi alma veleidosa y tornadiza, para que, cuando no me baste el amor para mantenerme en mi cruz, los clavos me conserven fija en ella hasta la muerte.

-V. «Fiat...» He aquí tu esclava.

-R). «Fiat... » Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Muerte de Jesús en la Cruz

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

Con los brazos abiertos, salvando entre el cielo y la tierra el abismo que media entre Dios y el hombre, Santísima Víctima que se inmola, que sufre y ora en el sagrado altar de la cruz por los pecados del mundo; Hostia redentora, pacificadora del pecador con su Dios ofendido, eres Tú, mi amantísimo Jesús ... ¡Sublime sacrificio!

Mientras la tierra recibe, gota a gota, la divina Sangre, el Padre eterno acepta, con el valor y mérito de ella, la oración que sube, empujada por los ardores vehementísimos de tu amor... (Pausa).

¡Oh, Señor! En mi misión especial, como hermanita aliada, levantada sobre la cruz que Tú me has regalado, quiero ser medianera entre las almas y tu divino Corazón, entre el pueblo y el Tabernáculo, donde sigue, al través de los siglos, tu inmolación incruenta.

Por mí y por las almas, a tu gloria, quiero ser pequeña hostia puesta en tus manos *libres*.

-V. «Fiat...» He aquí tu esclava.

-R). , «Fiat... » Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

DECIMATERCIA ESTACIÓN

Jesús muerto en los brazos de su Madre

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

Sí, dolorosísima Madre; en vuestros brazos yace destrozado el cuerpo de vuestro Hijo Jesús. La ofrenda que en vida hizo Él de sí mismo, la repetís ahora Vos, Santísima Madre, Juntando con el Hijo muerto vuestro corazón martirizado.

¡Oh, Padre eterno! Por mis pecados y por los del mundo entero, aceptad el sacrificio que esa virgen os ofrece de la Divina Hostia y de sí misma, crucificada en el abrazo del Hijo crucificado. (Pausa).

¡Oh, Reina de los mártires! Avalorados en vuestras manos, en ellas, como en bandeja de oro, quiero que pasen para Dios los sacrificios todos de mi calvario mientras viva, y cuando muera, cuidad Vos de recoger en ella mi pobre alma, para que, si por mi indignidad mereciera ser rechazada, por vuestra recomendación sea admitida en el número de los redimidos por su Sangre.

-V. «Fiat...» He aquí tu esclava.

-R). «Fiat...» Hágase tu voluntad.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

DECIMACUARTA ESTACIÓN

Jesús en el Sepulcro

*Adorámoste, Cristo, y te bendecimos,
que por tu santa cruz redimiste al mundo.*

En el solitario, oscuro y silencioso sepulcro, postrada reverente y compungida, te adoro ¡oh, mi Jesús -Dios, muerto, frío, destrozado, yacente sobre la losa fría...

«Comsummatum est...» Todo está acabado. «Obediens usque ad mortem...» Fuiste obediente hasta la muerte. Amándonos hasta el fin. Tu alma, gloriosa luz, vida y resurrección, ilumina las obscuridades del Limbo... (Pausa).

¡Oh, Señor! Aquí en este sepulcro, besando con lágrimas tus sagradas llagas, te dirijo mi última súplica: Que sobre la losa de mi sepulcro puedan leer los que pasan; «Commaturum est... » Todo está acabado. Pué obediente hasta la muerte. Amó hasta el fin. Ha acabado la obra... Su alma vive la vida eterna, iluminada por los resplandores de la futura resurrección...» .

¡Oh, Jesús! Que yo cumpla hasta el fin la misión por la cual me trajiste al mundo; me ofrezco a Ti una y mil veces.

-V. «Fiat » He aquí tu esclava.

-R). «Fiat » Hágase tu voluntad.

Padre, nuestro, Ave María y Gloria.

V. Meditación de la tarde

(Véase la señalada para cada en la segunda parte de este librito).

VI. Examen especial

(Las hermanitas encontraran en la segunda parte de este librito el examen correspondiente a cada mes)

VII. Ejercicio de preparación para la muerte

Ponte, hermanita amada, en la presencia divina, y con el mayor recogimiento y devoción, como en el último momento de tu vida querrás estar, ofrece al Padre eterno, como Jesús en la cruz, tu espíritu aceptando libremente la clase de muerte y el tiempo y hora en que la Justicia divina se digne llamarte.

Y, como si fuese ahora el instante aquel, escucha y aplícate atentamente las siguientes oraciones y súplicas de la Iglesia, que el sacerdote entonces ha de recitar a la cabecera de tu lecho de muerte.

Aprende ahora a decir y sentir lo que entonces querrás (y tal vez no podrás) sentir y decir.

Recomendación del alma

A Dios omnipotente te encomiendo, carísima hermanita; te entrego al mismo Dios que te crió, para que, después que hayas pagado con la muerte la deuda común de los hombres, vuelvas a tu Criador, que te formó del barro de la tierra.

Cuándo tu alma se separe del cuerpo, sálganle al encuentro las espléndidas jerarquías de los Ángeles. Venga a encontrarte el senado de los Apóstoles, nuestros jueces; salga a recibirte el triunfante ejército de los generosos Mártires; póngase alrededor de ti la florida multitud de los Confesores; recíbate el jubiloso coro de las Vírgenes,

y en el seno del feliz descanso te abracen estrechamente los Patriarcas. San José, dulcísimo Patrono de los moribundos, te anime con gran esperanza. La Santa Madre de Dios vuelva benigna a ti sus ojos. Benigno y placentero se te manifieste el rostro de Jesucristo que mande colocarte en el número de los que continuamente asisten en su presencia.

Nada experimentes de cuanto horroriza en las tinieblas, de cuanto rechina en las llamas, ni de cuanto aflige en los tormentos. Ríndasete el ferocísimo Satanás con sus ministros: a tu llegada al juicio, viéndote acompañada de los ángeles, estremézcase y huya al horrible caos de la noche eterna. Levántese Dios y sean disipados sus enemigos y huyan de su presencia los que le aborrecieron. Desvanézcanse como el humo: como la cera se derrite al fuego, así perezcan los pecadores a la vista de Dios y los justos se alegren, como en un convite, en la presencia de Dios. Sean, pues, confundidas y avergonzadas todas las legiones infernales y los ministros de Satanás no se atrevan a impedirte tu camino. Librete de los tormentos Jesucristo que por ti fue crucificado. Librete de la muerte eterna Jesucristo, que se dignó morir por ti.

Llévete Jesucristo, hijo de Dios vivo, a los vergeles siempre amenos del paraíso, y, como verdadero pastor, reconózcate entre sus ovejas. Él te absuelva de todos tus pecados y te coloque a su diestra en la suerte de los escogidos. Veas cara a cara a tu Redentor y, estando siempre en su presencia, mires con dichosos ojos la verdad manifiesta. Establecida entre el ejército de los Bienaventurados, goces de la dulzura de la contemplación divina por los siglos de los siglos. Amén.

Oración

Recibid, Señor, a vuestra sierva en estado de poder esperar su salvación de vuestra misericordia. Librad Señor el alma de vuestra sierva de todos los peligros del infierno, y de todos los lazos de las penas, y de todas las tribulaciones. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como libraste a Henoc y a Elías de la muerte común del mundo. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como libraste a Noé del diluvio. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a Abraham de la ciudad de Ur en la Caldea. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a Job de sus tribulaciones. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a Isaac de ser ofrecido como hostia por manos de su padre Abraham. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a Lot de los sodomitas y del incendio de aquella ciudad. Amén

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a Moisés de las manos de Faraón, rey de los egipcios. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a Daniel del lago de los leones. Amén

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a los tres jóvenes del horno del fuego ardiente y de las manos de un rey inicuo. Amén.

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a Susana de un falso testimonio. Amén

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a David de las manos del rey Saúl y de las manos de Goliat. Amén

Librad, Señor, el alma de vuestra sierva, como librasteis a San Pedro y a san pablo de las cárceles. Amén.

Y así como librasteis a la virgen y mártir Santa Tecla de tres tormentos muy atroces, así también dignaos librar el alma de esta pobre sierva y haced que goce con Vos de los bienes celestiales. Amén

Oración

Os suplicamos, Señor, que olvidéis los delitos de la juventud y sus pecados de ignorancia; y que por vuestra gran misericordia os acordéis de ella en vuestra clarísima gloria.

Ábransele los cielos, alégrense con él los Ángeles. Recibid, Señor, en vuestro reino a vuestra sierva, recíbale el arcángel de Dios, San Miguel, que mereció el principado del celestial Ejército. Sálganle al encuentro los Santos Ángeles de Dios para llevarlo a la santa ciudad de la celestial Jerusalén. Recíbale San Pedro Apóstol, a quien Dios entregó las llaves del reino celestial. Asístale San Pablo Apóstol, que mereció ser vaso de elección. Interceda por él San Juan Apóstol, escogido de Dios, a quien fueron revelados los celestiales secretos. Rueguen por ella todos los santos Apóstoles, a los cuales dio el Señor el poder de atar y desatar. Pidan por ella todos los Santos Y escogidos de Dios, los cuales padecieron tormentos en esta vida por el nombre de Jesucristo; para que, libre de los lazos del cuerpo, merezca llegar a la gloria del reino celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, que, siendo Dios, vive y reina con el Padre Y con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración

Que la clementísima Virgen, Madre de Dios, María, piadosísima Consoladora de los afligidos, encomiende a su Hijo el alma de esta su sierva N. para que, por su maternal intercesión, no tema los terrores de la muerte sino que, acompañada por ella, penetre alegre en la deseada mansión de la patria celestial. Amén.

Oración a Jesús Crucificado para obtener una buena muerte (1)

Señor mío Jesucristo, Dios de bondad, Padre de misericordia; me presento ante *Vos con* el corazón humillado y contrito y os encomiendo mi última hora y lo que después ella me espera.

Cuando mis pies, perdiendo su movimiento me adviertan que mi carrera en este mundo *está Próxima* a su fin, *¡Jesús misericordioso, tened compasión de mí!*

Cuando mis manos, trémulas y entorpecidas, no puedan ya estrechar el Crucifijo y a pesar mío le deje caer sobre el lecho de mi dolor *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando mis ojos, vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte, fijen en *VOS* sus miradas lánguidas y moribundas, *¡Jesús misericordioso ...!*

Cuando mis labios, fríos y convulsos, pronuncien por última vez vuestro adorable Nombre, *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando mi cara, pálida y amoratada, cause lástima y terror a los circunstantes, y mis cabellos, bañándose con el sudor de la muerte, erizándose en la cabeza, anuncien, que está cercano mi fin, *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando mis oídos, próximos a cerrarse para siempre a las conversaciones de los hombres, se abran para oír de vuestra boca la sentencia irrevocable, que ha de fijar mi suerte por toda la eternidad, *¡Jesús misericordioso...!*

(1) Esta Oración puede hacerse a continuación del Ejercicio precedente o alternarse con él, se teme que el acto se alargue demasiado.

Cuando mi imaginación, agitada de horribles fantasmas, me cause mortales congojas, y mi espíritu, perturbado con el temor de vuestra justicia, por el recuerdo de mis iniquidades, luche con el infernal enemigo, que quisiera quitarme la esperanza en vuestra misericordia y precipitarme en los horrores de la desesperación, *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando mi corazón, débil y oprimido por el dolor de la enfermedad, se vea sobrecogido por el temor de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos hechos contra los enemigos de mi salvación, *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando derrame las últimas lágrimas, síntoma de mi destrucción, recibidlas, Señor, como un sacrificio de expiación a fin de que yo muera como víctima de penitencia, y en aquel momento terrible, *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando mis parientes y amigos, juntos alrededor de mí se estremezcan al verme y me encomienden a Vos, *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando perdido el uso de los sentidos, el mundo desaparezca de mi vista, y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte; *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando los últimos suspiros del corazón, esfuercen al alma a salir del cuerpo, aceptadlos, Señor, como hijos de una santa impaciencia de ir a Vos, y entonces, *¡Jesús misericordioso...!*

Cuando mi alma salga para siempre de este mundo, dejando el cuerpo pálido, frío y sin vida, aceptad la destrucción de él como un homenaje que rindo a vuestra divina Majestad, y en aquella hora, *¡Jesús misericordioso...!*

En fin, cuando mi alma comparezca ante Vos, y vea por primera vez el esplendor de vuestra Majestad vuestra Majestad, no la arrojéis de vuestra presencia; dignaos recibirme en el seno de vuestra misericordia para que cante eternamente vuestras alabanzas, Y entonces ahora y siempre, *¡Jesús misericordioso...!*

Oración

Oh Dios mío!, que, al condenarnos a la muerte, nos habéis ocultado su momento y hora, haced que, viviendo en la justicia y santidad todos los días de mi vida, merezca salir de este mundo en vuestro santo amor. Por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo. Amén.

100 días de indulgencia rezando las sobredichas oraciones una vez al día, y una plenaria al mes confesando y comulgando, etc.

(Pío VII Y León XII).

SEGUNDA PARTE

Meditaciones y exámenes para todos los meses del año

Comienza por el de diciembre y comprende en cada uno:

I. Meditación de la mañana.-II. Meditación de la tarde. III. Examen especial.

MES DE DICIEMBRE

I. Meditación de la mañana: MI FIN

PUNTO PRIMERO: **Mi alma en el seno de Dios.**

En los siglos eternos has vivido tú, hermanita amada, en la mente divina, como criatura meramente posible; pero destinada a venir un día a la realidad del ser y acariciada con amor especial por Dios, con el destino de ser una de sus predilectas y amadas de su Corazón.

Casi puedes decir lo que la Iglesia dice de María Santísima: «Aún no existían los abismos y yo vivía concebida en la mente divina». (Prov. VIII-24)

Yo no existía, y Dios se complacía en mí y me amaba, a la manera que un artista se complace y se recrea en la obra que aún sólo lleva en su mente.

Desde la eternidad, Dios se ha ocupado de mí, ha pensado en mí; ha echado sus planes, ha marcado mis pasos, ha señalado mi destino, mi fin, y todo con empeño, con cariño, con amor. «Con amor eterno y perpetuo te amé y por eso, por pura misericordia, te saqué de la nada al ser». (Jerem. XXXI-32).

¡Oh, hermanita! ¡Sin retorno, puramente, te ha amado el Señor desde la eternidad! ¡Cuánto le debes! ¡Qué breve es la vida para pagar tanta deuda! y llegó el día señalado en los designios eternos, y dijo Dios: «*Faciamus hominem*». Hagamos esta hermanita. Y en aquel día y en aquella hora, en aquel pueblo y en aquella casa el soplo creador divino trajo a tu alma del no ser al ser, infundiéndola luego a tu cuerpo.

Dios es tu origen; tú vives, porque recibiste la vida de Aquél que es fuente de la vida.

Dios es tu principio; en su seno amoroso te llevó cuando no eras; y hace veinte, treinta, cuarenta años, con un poderoso «*fiat*» de su Corazón, te ha dado la vida, un ser semejante a Él. Tus padres son como un trocito de tierra fecunda, en donde Dios, y solo Dios, ha hecho brotar esta bella flor.

«Tú formasti me,.. » (Ps. CXXXVIII). ¡Oh, Señor, Tú me has formado: y has puesto tu mano! sobre mí! «*Manus tuae fecerunt me*» (Job X). Tus manos me hicieron y me plasmaron.

Consecuencia lógica de esta verdad: Hermanita, eres de Dios, sola de Dios, toda de Dios. El único propietario y dueño, el único Señor y Amo de tu cuerpo y de tu alma es Dios. Dios tiene derecho legítimo y justísimo a todo lo que eres, a todo lo que tienes y puedes.

Hermanita; date a Dios; date toda y sin reservas' a Dios, porque eres de Dios...

PUNTO SEGUNDO: ¿Para qué te crió Dios?

Pon, hermanita, ante todo tu atención en esta consoladora verdad: Dios no te ha criado para *su* bien y provecho, sino para *tu* bien y provecho.

Los niños en la arena de la playa levantan un castillo por puro entretenimiento, para jugar...

El hombre ejecuta muchas obras para servirse de ellas o de sus productos; busca en ellas su bien, su ganancia, su felicidad.

Dios, al crearte, no ha mirado su bien y su felicidad: pues su felicidad esencial e interna en Dios es inmutable y no depende de la gloria que los hombres puedan tributarle.

Dios, al crearte, como al redimirte, ha obrado a impulsos del amor más puro, y el amor puro no es egoísta ni se busca a sí, busca sólo el bien del amado. Amándote te ha criado Dios, y su amor, al criarte, ha buscado el bien del amado. Dios pensó en regalarte antes que fueras, y te crió primero para luego regalarte.

El gran Padre del Cielo quiso rodearse de muchos hijos en el banquete de la eterna felicidad; del número de esos hijos muy amados eres tú, hermanita de la Alianza.

Dios te ha criado para sentarte a las bodas de su Divino Hijo, para que comas en la misma mesa, goces de la misma felicidad, participes de la misma gloria, de la misma vida, del mismo amor.

Dios es tu principio, y nadie más que Dios puede ser tu fin. De Dios vienes, para Dios eres; Dios es tu supremo y último fin; solo Dios puede colmar perfectamente tu felicidad.

Dios te crió con una capacidad proporcionada a tu fin, tu fin es Dios, tienes capacidad para poseer y gozar de Dios.

Por eso dirá San Agustín, que el corazón está inquieto hasta que descanse en Dios.

Hermanita, tu corazón es criado para *dar cabida* a Dios... ¿Con qué podrás llenarlo, si no lo llenas con Él?

PUNTO TERCERO: Tu fin en este mundo.

«El hombre es criado, dirá admirablemente San Ignacio, para alabar, hacer reverencia y servir a Dios».

Este es el fin del hombre en la tierra y, al mismo tiempo, el medio por el cual ha de conseguir el supremo y último fin.

Pero no a todos incumbe en el mismo grado. Toda criatura debe bendecir y alabar a su Criador. «Benedicat terra Dominum, laudet et superexaltet eum in saecula». Toda la tierra bendiga, alabe y ensalce al Señor (Cántico de los jóvenes... Daniel III).

El mar con sus bramidos, el viento con sus silbidos, el león con sus rugidos, el pájaro con sus gorjeos, alaban al Señor.

En grado más elevado debe alabar a Dios el hombre racional, que conoce su origen y dependencia y su deber de alabar y de servir a Dios en justicia.

El cristiano en el hogar, el religioso en su celda y el sacerdote en el altar, cada uno en un grado distinto, deben, pues, alabar a Dios y tú, hermanita amada, ¿cómo, en qué grado y dónde debes alabar y servir a tu Dios?

Tú, que al mismo tiempo eres cristiana perfecta en el hogar, religiosa en tu celda y casi sacerdote en el altar; tú, hermanita, hija de familia, de casa, virgen en el siglo, esposa del Señor ante el Sagrario; tú, obrera en el taller, apóstol en la iglesia, porta-Dios en la calle, Hostia ante el Altar... tú tienes un fin especial, que abarca todos los grados y todas las formas.

Tu fin es alabar, hacer reverencia y servir a Dios en el hogar, como una santa hija de familia (María en Nazaret); en el taller, como obrera humilde, fiel y amante (Jesús obrero); en tu celda, en el «retiro», como virgen consagrada al Señor (una religiosa), como ángel que vela la soledad del Sagrario.

Tu fin es ser perfecta aliada, y contigo la Alianza ha venido al mundo para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, allí donde tan pocos le alaban y tantos le ofenden, donde tan pocos le hacen

reverencia y tantos le desprecian, donde tan pocos le sirven y tantos le desobedecen. .

Allí tú le alabarás, le amarás... con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas.

Hermanita, he ahí en resumen, tu fin en la tierra.

II. Meditación de la tarde: MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

PUNTO PRIMERO: **El Verbo en el seno de su Padre.**

El ciclo de los divinos misterios, que la Iglesia conmemora anualmente, comienza con el mes de Diciembre; y el Adviento o Advenimiento del Hijo de Dios, su Encarnación y Nacimiento, son los misterios que en este mes se celebran. .

«El Verbo se hizo carne» ha dicho el Evangelista San Juan. «En el principio era el Verbo -sigue diciendo-y el Verbo estaba en el Padre y el Verbo era Dios. Por El fueron hechas todas las cosas y sin Él nada se ha hecho de todo lo que está hecho »

Mira, hermanita amada, con qué solemnidad y grandeza comienza a hablarnos en su Evangelio el discípulo virgen.

Principio eterno del Verbo, Hijo es de Dios Padre, y es Dios como el Padre y Criador con el Padre de todas las Cosas.

Puedo trasladarme con la fe a la eternidad y contemplar allí naciendo eternamente el Verbo en el seno del Padre, Hijo perfectísimo e infinitamente amantísimo del Padre Eterno. En ese día, que no tiene ni mañana ni tarde, ni vicisitudes, escucho al Padre, que dice con infinita complacencia: «Hijo mío eres Tú. Yo te engendrado hoy». En la inmutable eternidad, en ese hoy que no tiene ayer ni mañana el Padre se complace con gozo infinito en la contemplación de su Hijo, porque es su Hijo, propio de tal Padre, igual al mismo,

infinitamente perfecto, infinitamente hermoso, infinitamente santo, infinitamente amante. El Padre goza extasiado, a la manera que una madre goza y se recrea ante la cuna de su recién nacido, a quien ama porque es su hijo.

Él es la luz increada, el sol del cielo, « luz de luz»; Él es la ciencia viviente y sustancial del Padre, que dirige las obras de la creación.

El Verbo es la vida. El Verbo es la expansión del ser, de la santidad, del amor, de la belleza del Padre. Por eso, Él ha dicho: «Yo soy la vida». ¡La vida...! La vemos en la naturaleza, la vemos en los hombres, en los poetas genios; la veríamos más en los ángeles, si fuese posible abarcarla. Esa vida elevada al infinito es el Verbo.

El Verbo: luz, vida, inteligencia, belleza, amor, perfección, santidad, todo infinito y eterno en el seno del Padre y en la unidad del Espíritu Santo.

¡Oh hermanita! Cuando entres en la contemplación de las intimidades de Jesús, no olvides esta primera verdad fundamental de su origen, eterno, de su filiación divina, de su grandeza, de su majestad...

Y sea tu primer acto, al dar comienzo a estas meditaciones, el de una profunda y respetuosa adoración.

PUNTO SEGUNDO: El Verbo en la tierra.

Comienza, hermanita amada, a considerar esta encantadora verdad, saboreando estas preciosas palabras de San Juan: «Os anunciamos...»

Jesús es, pues, el Verbo en la tierra; Jesús, según este apóstol, es la palabra de vida, la vida eterna, el Verbo de Dios, el Hijo natural de Dios hecho visible por la humanidad que ha tomado, hecho capaz de ser visto, oído, tocado, tan real y verdaderamente, como cuando decimos que hemos visto y tocado a alguno con quien hemos hablado. Jesús es la misma segunda persona de la Santísima Trinidad;

es la persona del Verbo, en la cual se han unido su propia naturaleza divina y la naturaleza humana.

Contempla, hermanita amada, este gran misterio y esta fundamental verdad. En Jesús no hay una mezcla, una fusión de dos naturalezas. En Jesús hay verdadera naturaleza divina y verdadera naturaleza humana; naturaleza divina perfecta, completa, en la cual son uno el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y naturaleza humana perfecta, completa, exactamente como la nuestra, con su alma, cuerpo, entendimiento, voluntad y demás propiedades. Pero estas dos naturalezas no forman una nueva persona en Dios, sino que ambas radican en la misma persona del Verbo, aquella segunda persona de la beatísima Trinidad, con su divina naturaleza, única en las tres personas, que se ha abrazado sustancialmente con la naturaleza humana y que es hombre sin dejar de ser Dios.

La primera consecuencia de esta verdad la de la divina intimidad con nosotros El Verbo de Dios se ha abrazado con los hombres en la más íntima unión que puede darse. Jesús es el Dios, que ha juntado en perpetuo e indisoluble abrazo de amor «*imma summis*» lo más alto con lo más bajo ¡y ese abrazo me ha abarcado a mí!

¡Oh, hermanita! El Verbo se ha hecho uno como yo, hombre como yo, hermano mío, de mi ser, de mi sangre, de mi linaje... ¡y ese es Jesús!

De aquí brota la segunda consecuencia, que es la de una tierna amistad y confianza. Jesús es el Verbo Divino, el Hijo del Altísimo; pero al mismo tiempo es hombre como yo; ni siquiera es un ángel, que desconoce nuestro, ser, nuestra naturaleza; es de aquí, más vecino, más humano, más hermano... es ¡Jesús!

¡Hermanita! ¿Por qué temes tanto a Jesús? ¿Por qué huyes de Él? ¿por qué desconfías?

Y tú ¿por qué le buscas tan lejos si tan cerca le tienes? ¿Por qué le buscas sólo en el Cielo, a quien el Padre envió a la tierra para ser tú, vecino, tu amigo, tu hermano, tu esposo?

¡Oh, Jesús! Ya que tu amor te ha acercado a mí, haz que por el mismo amor yo me acerque a Ti. Y así como en tu divina persona asumiste sin personalidad nuestra naturaleza así úneme contigo como en una sola persona, y esa seas *Tú*, desapareciendo *yo*.

PUNTO TERCERO: **La Virgen en la Encarnación.**

En esta maravillosa obra de la Encarnación, entran como agente principal primario el Espíritu Santo; como mensajero celestial, un arcángel y, como agente secundario, pero también principal, la Virgen María.

María, hija de Adán, pero con privilegios especialísimos desde su Concepción sin mancha, viene al mundo con un altísimo y sublime destino.

Dios pudo haber creado un nuevo paraíso, y allí «del lodo de la tierra» formar el cuerpo de un nuevo Adán, Jesucristo.

El nuevo paraíso es María, místico jardín de todas las flores imaginables; en su virginal corazón ha puesto su morada el Dios de amor; el Esposo de las vírgenes, el Espíritu Santo.

Suena de nuevo la voz de Dios: «Faciamus hominem», hagamos al hombre. El mensajero del Padre baja al paraíso de María: «Dios te salve... He aquí que concebirás un hijo y le llamarás Jesús». Sin que ninguna de las flores que embellecen el jardín de tu alma se aje, serás Madre de Dios.

«Ecce ancilla... » ¡He aquí la esclava! y Dios toma no el barro, sino la purísima sangre de la Virgen; forma un cuerpo, le inspira el aliento de la vida, el alma racional, únase la Divinidad... «Et Verbum caro factum est» y el Verbo se hizo carne. Hermanita amada, ¿cuál es tu destino en el mundo?

En el fondo del Sagrario vive aquel Verbo encarnado, queriendo encarnarse de nuevo para dar nueva vida divina al hombre, que huye de Él. ¿Quién alarga esas distancias sino tú? María unió dos naturalezas en la persona divina. Allí se abrazaron lo más alto y lo

más bajo... Entre el Sagrario y el hombre pecador estáis las vírgenes de la Alianza, subiendo con vuelo de ángel en carne humana a las alturas del amor de serafín y bajando unidas al Esposo Divino a las oscuridades de un taller, de una fábrica, de una escuela, a llevar, a los que allí yacen en las tinieblas del error y del pecado, la luz, el calor, la vida, el amor del Verbo encarnado.

III. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada, ¿sabes que Dios, cuando todavía tú estabas en el abismo de la nada, te veía, te distinguía, te prefería, te amaba?

¿Sabes que, a impulsos de aquel amor distinguido, dijo Dios: «Hagamos al hombre, hagamos a esta hermanita» y la mano divina se ha ocupado en ti?

¿Sabes que, al crear de la nada tu alma espiritual e inmortal y verla purificada y santificada por una nueva gracia, se recreó contemplándola... vio que era bella, buena? ...

¿Has agradecido alguna vez este inmenso beneficio de tu creación?

¿Ponderas esta amorosa predilección?

¿Das gracias al Señor, primero, porque eres; segundo, porque eres su hija; tercero, porque eres su amiga; cuarto, porque eres su esposa amada?..

Y ¿de quién eres, hermanita amada?

¿Sabes que eres pertenencia de Dios, propiedad exclusiva de Dios, toda y exclusiva de Dios?

¿Creíste alguna vez que eras muy tuya, tuyo el cuerpo, tuya la juventud, tuya la belleza; tuyo el talento, tuya la voluntad, tuyo el corazón?

¿Negaste a Dios lo suyo, su propiedad, su dominio, y te alzaste en rebelión para disponer de ti a tu capricho, a tu querer, a tu instinto?..

Y ¿para quién eres? ¿Sabes que perteneces a Dios en todo, y en nada a ti?

¿Buscas tu bien, o buscas el bien de Dios? ¿Buscas la gloria de Dios, pues para su gloria te crió, o buscas tu gloria vana? ¿Buscas tu propio interés, o los intereses de Jesús y de las almas? ¿Te sacrificas tal vez más por tu provecho, por tus gustos, por tus satisfacciones, por tu comodidad, que por dar gusto, por servir y por amar a Dios?..

Mira si, al consagrarte a Jesús de veras y con generosidad, ya sólo miras su gloria, su reino, su justicia, su servicio, su amor, y, eso, aun a costa de sacrificios...

Al decir, como María: «He aquí la esclava del Señor», ¿has pensado y ponderado bien lo que con ello sacrificas y a lo que con ello te ofreces y te comprometes? ¡Sierva de Dios! ¡Esclava de Dios! ¡Toda de Dios y para Dios ...

Aún es más: ¿Sabes lo que es una hermanita de la Alianza?

¿Has considerado bien los designios de Dios sobre ti, desde el momento en que te ha distinguido y separado del mundo vano sensual, para ser su preferida, su amada, su prometida?

¿A qué viniste a la Alianza? ¿Qué cosa te movió para ingresar en ella? ¿Qué sentiste? ¿Meditas sobre los fines de la Alianza? ¿Sabes bien cuál es tu fin como hermanita?

¿Tal vez te contentas con ser una buena joven, una regular Hija de María, un alma piadosa?

¿Llevas y lo recuerdas en tu mente y abrazas en tu corazón el triple lema de la Obra?

¿Lo descifras bien? ¿desentrañas su significado? ¿te lo aplicas? ¿lo vives con fervor, con perfección, con amor?

Detente, hermanita, en lo que más se refiere a tu actual estado; mírate allí, oye la voz que te habla en el fondo de tu conciencia, y con Dios y con su gracia haz la resolución conveniente.



MES DE ENERO

Meditación de la mañana: MI FIN ES JESÚS

PUNTO PRIMERO: **La Alianza en Jesús...**

« ¡Oh Señor!, ha dicho admirablemente San Agustín, nos has criado para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». Dios, al creamos, nos ha creado para Él y nos ha dado una capacidad para darle cabida; nuestro corazón sólo puede hallar su plena satisfacción, su plena felicidad en la posesión de Dios.

Así nos lo ha dicho sabiamente el angélico Doctor Santo Tomás: que Aquél que es nuestro principio es también nuestro fin.

Jesús ha venido al mundo y nos ha llamado a El: «Venid a Mí»: es el grito de amor de Jesús. «El que tenga sed, venga a Mí y beba». «Yo soy la vida... yo soy la resurrección y la vida... permaneced en Mí». «Yo he venido a comunicar la vida y darla abundantemente»... y no es una cosa distinta de Sí mismo; no, es Él mismo, Él es la vida, la «vida viviente» que nos hace vivir en Él y por Él.

Todo esto, más o menos vagamente, conoce el pueblo cristiano; pero, ¡oh desgracia! no le interesa, no lo busca, no lo ama.

La Alianza, es una legión de almas unidas, aliadas entre sí con Jesús, para vivir esta su divina y sobrenatural vida.

La Alianza tiene una vida divina, la vida de Jesús, sólo de Jesús, totalmente de Jesús, para Jesús, para su alabanza, para su mayor gloria; vive de su amor, porque su vida es su amor y este es su

don para armarle, como su ley manda, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

¡Oh, hermanita! Si el fin supremo de la Alianza es Jesús; es su vida, su amor; el mismo Jesús, su vida, su amor será también el fin de la hermanita. La hermanita no tiene otra aspiración, no tiene otra vida, no tiene otro amor.

La hermanita va a Jesús, tiende a Jesús, es de Jesús, toda de Jesús y para Jesús. Jesús ha creado, ha separado y ha colocado con vocación especial a la hermanita en la Alianza con el FIN de que sea suya, de que sea para El, solo para El en medio del mundo.

El ideal sublime de la hermanita, es Jesús. ¡Con cuánta más razón debes, pues, decir hermanita amada, con San Agustín: «Fecisti nos ad Te...» me has hecho para Ti, Jesús mío! ¡Qué indignación! ¡Qué distinción! ¡Qué vocación! ¡Qué fin tan alto, tan sublime!

No son mi fin las riquezas, ni los palacios de los nobles; no son mi fin el oro y la plata, la fama y los honores, las bellezas y los encantos todos de la tierra, que Tú has creado, Jesús mío, ¡Tú mismo eres mi fin...!

¡Oh! ¡Soy para Jesús y Jesús es para mí! ¡Jesús es mi fin!

PUNTO SEGUNDO: **Por María**

¡Entre los gloriosos títulos, que ostenta nuestra Madre Virgen, uno es el de Medianera universal!.. .

María está entre Jesús y los hombres y Ella es el lazo estrecho de unión entre Él y nosotros. Jesús viene a nosotros por María, y nosotros vamos a Jesús por Ella.

En el mundo sobrenatural bien puede afirmarse que entre el Sol (Jesús) y la tierra (nosotros) se halla la suave claridad de la Luna, que es María, reflejando sobre nosotros los rayos divinos del Sol, que maravillosamente le alumbran.

María es la puerta del cielo; por ella desciende todo a la tierra. «A la manera que toda gracia o indulto que otorga el rey pasa por la puerta de su palacio, dice San Bernardo, de la misma suerte ninguna gracia desciende del cielo a la tierra, sin pasar por las manos de María». Por eso, es Ella la llena de gracia.

«Esta plenitud de la gracia, dice Santo Tomás de Aquino, está en el alma de María con tal superabundancia, que tuvo para santificar su persona y para derramarla sobre todos los *hombres*». «Gran cosa es, dice el mismo Doctor, que algún santo tenga tanta gracia cuanta sea suficiente para salvación de *muchos*; pero máxima cosa sería, si poseyese tanta cuanta fuese necesaria para la salvación de todos los hombres del mundo. Y esto ocurre en Cristo y en la Bienaventurada Virgen».

El mismo Hijo de Dios ha venido al mundo por María; en María se ha abrazado Dios con el hombre, Jesús es nuestro por María.

De la misma manera, por María vamos todos a Jesús. Ella di al Verbo de Dios nuestra naturaleza, nuestra carne, nuestra sangre. Por Ella el hombre se acerca a Dios; por Ella el pecador llega a la fuente de la misericordia; por Ella y en Ella el justo estrecha el lazo de sus francas y dulces intimidades con Jesús.

En María encontramos a Jesús; allí se renuevan las amistades perdidas de Dios y del hombre; allí se estrecha más y más el lazo de amorosas intimidades entre Jesús y el amado.

María es Madre de Jesús y nuestra madre; en Ella, en su corazón, en su virginidad, Jesús y nosotros somos hermanos, ¡Su virginidad! He ahí el secreto de María; he ahí el imán misterioso, que ha hecho descender al Verbo a la tierra: «Santa e inmaculada virginidad, canta la Iglesia, no sé cómo alabar y engrandecer tus encantos, pues a Aquel que no cabe en los cielos lo has encerrado en el seno de una doncella».

Por María, pues, por su virginidad, vamos a Jesús.

Hermanita amada, por María Virgen, por tu pureza virginal, vas a Jesús... Este es el camino especial de la Alianza para ir a Jesús.

Tu fin supremo es Jesús; tu fin inmediato, tu camino para el fin supremo es tu pureza virginal. Tu vocación es ser purísima y por la pureza llegar y descansar en Jesús.

PUNTO TERCERO: **Sacrificio-Mártir.**

Vives en el mundo, hermanita amada, y el mundo te rodea, te cerca de obstáculos, que te impiden el cumplimiento de tu último fin.

Ni serás pura, ni serás de Jesús y para solo Jesús, si no te haces continua violencia. Tu corazón sensible, impresionable, afectuoso, fácilmente se ve arrastrado por mil criaturas que lo rondan con atracciones sugestivas, y tienes que sacrificarlas, poniéndolas a lo más como escabel de tus pies, para remontarte hacia tu supremo fin, Jesús.

La vida de los sentidos nos vela y oscurece las claridades de la vida interior sobrenatural. Hay que cerrar los ojos a las bellezas del mundo visible, para ver con la luz de la fe las divinas perfecciones del Esposo amado; hay que cerrar los oídos a las armonías terrenas, para oír las melodías divinas en el secreto de la oración. Hay que mortificar las muchas curiosidades que nos distraen y nos turban, para sentir en paz la intimidad de Dios. Hay que apagar con severa y rigurosa austeridad los ardores de la sensualidad, para crear en nuestro espíritu y hasta en nuestro cuerpo las suaves fragancias de una pureza de ángel.

Esto exige un martirio lento del corazón; una vida de continuo sacrificio.

Hermanita, es tu lema: **Mártir en el sacrificio.**

II.- Meditación de la tarde: LA VISITACIÓN DE MARÍA

PUNTO PRIMERO: **Viaje de María**

«Levantándose (María), dice San Lucas, en aquellos días, se encaminó apresuradamente a la montaña, a la ciudad de Judá».

Contempla, hermanita amada, a los pocos días del gran misterio de la Encarnación a la Virgen María preparando su largo viaje (1). Es la primera vez que va a salir, desde que en su purísimo seno vive encarnado el Hijo de Dios.

A pie o tal vez en un jumentillo, sola o acompañada por alguna criadita, ataviada modestamente con el tradicional vestido, túnica, azul y manto encarnado o túnica encarnada y manto azul, y un gran velo blanco, que cubría casi todo el cuerpo; jovencita de quince a dieciséis años, silenciosa, recogida, encantadora, atraviesa la llanura de Esdrelón, escala las montañas de Sanaría y parte considerable de las de Judea.

Camina por jornadas, deteniéndose en posadas, haciendo noche en lo que hoy llamaríamos ventas o refugios. Humilde, modesta, elevada, unida al Hijo de sus entrañas, disimulando los secretos que lleva en su corazón.

¡Qué discreta! ¡qué atenta! ¡qué sencilla! ¡qué oculta! ¡qué pequeña! ¡cómo se esconde! ¡Ella, confundida con los huéspedes...! Ella, la Inmaculada, la Madre de Dios, llevando en el cielo de su corazón virginal a Jesús, al Verbo encarnado, al Redentor del mundo.

¡Oh hermanita! mírate en ese espejo, mírate en María; es la primera hermanita del mundo, que cruza en silencio, calles, caminos y montañas.

Tú, como ella (salvadas las distancias), eres la virgencita de la ciudad, de la aldea, de la montaña...

(1) Según Josefo, no duró menos de tres o cuatro días el viaje de la Virgen.

Consagrada a Dios, tu alma es un pequeño cielo, y en trono de pureza y de amor llevas escondido a Aquel mismo Jesús, que místicamente se ha encarnado en tu virginidad.

Cruzas las calles, los caminos, las montañas, desapercibida, desconocida, ocultando el misterio que *vive* en tu corazón virginal.

Mírate en María en su visitación; mírate en esa tu hermanita de Nazaret... ¿Vistes, andas, hablas, como Ella, con humildad, modestia, discreción, sencillez? ¿Vives elevada, recogida, unida a Jesús? ¿Vives elevada, recogida, unida a tu Jesús?

Confundida con las gentes del mundo, entre los obreros de una fábrica, de un taller. .. tú, la virgencita del hogar, la predilecta del Señor, la prometida de su amor...

¡Oh hermanita! ¡qué dichosa eres...!

María parece habría de preferir durante aquellos primeros días en que sintió en sí la presencia de Dios, hecho hijo suyo, las dulzuras de la soledad y unión íntima en su casita de Nazaret; pero... era esclava del Señor y estaba obediente a las más pequeñas inspiraciones de la gracia. Y, luego que conoció que aquella era la voluntad de Dios, salió de su soledad.

¡Oh hermanita! Es tu misión. Después que por la mañana has sentido viva la presencia real de Jesús en tu corazón, has de salir de tu soledad para derramar en el mundo las fragancias de tu pureza y los ardores de tu amor divino... Es tu misión, es tu apostolado.

PUNTO SEGUNDO: El encuentro de María y de Isabel.

María, pasando el umbral de la casa de su prima, «saludóla». y, en cuanto Isabel oyó la voz de María, estremecióse su hijo en su ser, y ella, llena de Espíritu Santo, exclamó: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre».

María, la virgencita humilde de Nazaret, ocultando con discreción y prudencia el gran secreto de su divina maternidad, saluda con cariño y sencillez a su querida prima, y Jesús, oculto en su seno, se revela prodigiosamente a Isabel y al hijo de seis meses que está en sus entrañas.

Allí, el acto externo es sencillo, insignificante: un saludo, tal vez un abrazo... Y Dios espera este acto pequeñísimo de María, para obrar dos grandes milagros.

De un seno al otro, Jesús, humanado y anonadado, se revela a su Precursor Juan.

La divina luz del Espíritu Santo ilumina el alma de Isabel y por ella la de su hijo, y ambos reconocen, en aquella jovencita que los saluda, a la Madre de Dios, y al Mesías Redentor. Y en aquel instante, según opinión general de los teólogos, Juan recibe del Salvador, que mora en el Corazón de María, la singularísima gracia de quedar purificado de la mancha del pecado original.

Insignificante es aquí la obra de María. Jesús es el autor de este prodigio y de los que se seguirán.

María ha llevado a Jesús de Nazaret a Hebrón; Jesús ha obrado allí los prodigios de su gracia.

Hermanita ¿ves ahí tu misión? Jesús está en Nazaret. Jesús está en el Sagrario. Hay que llevarle a las montañas, a Judea, al hogar, a la escuela, a la oficina, al obrador... Allí hay madres, hombres mudos que yacen en las tinieblas del error, de la ignorancia, del pecado... Basta muchas veces su presencia, oculta en el corazón de una virgencita, para obrar prodigios de gracia singular.

¡Hermanita! ¡Si siempre llevaras en tu corazón a Jesús, como María! ¡Si vivieras unida íntimamente, amorosamente a Jesús, transformada en Jesús, *enjesusada*...! Bastaría entonces un saludo cariñoso, porque tu voz, como la voz de María, sería la voz de Jesús; tu mirada, la mirada de Jesús; tu saludo, el saludo de Jesús... Y Jesús, al través de tu voz, de tu mirada, de tu saludo, obraría portentos en la escuela, en el taller, en el tren o en la calle.

¡Oh, el apostolado! Muy poco nos pide el Señor: un saludo, una nadería. No está el secreto en hacer mucho; el secreto está en llevar a Jesús, en comunicar a otros la intimidad con Jesús, la unión con Jesús por la pureza y por el amor.

¡Hermanita! ¿Quién no pudo hacer lo que hizo María?

PUNTO TERCERO: El «Magnificat»

María, sorprendida por los prodigios que acaba de ver y conmovida hondamente por las palabras de alabanza que su prima le dirige, entra en el abismo de su humildad, vuélvese toda al Señor y prorrumpe en aquel sublime cántico, llamado por San Bernardo «el éxtasis de su humildad»: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu, está transportado de gozo en el Dios salvador mío.

➤ Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

➤ Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso, cuyo nombre es santo; y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.

➤ Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios: derribó del solio a los poderosos, y ensalzó a los humildes.

➤ Colmó de bienes a los hambrientos: y a los ricos los despidió sin nada.

➤ Acordándose de su misericordia, acogió a Israel su siervo; según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abrahán y a su descendencia por los siglos de los siglos

¡Sublime lección para ti, hermanita amada!

Los amadores del aplauso, en cuanto en sus obras aparece el éxito, pavoneándose de sus dotes y habilidades, se presentan ante las gentes a recibir sus vanas alabanzas...

La hermanita, que distingue perfectamente la obra de Dios y la obra del hombre, se replegará en sí misma y, después de la jornada del día, huyendo de vanas exhibiciones, se postrará a la noche a las puertas del Sagrario y entonará el «Magnificat» de acción de gracias por las que Jesús le ha hecho a ella y por ella a las almas.

¡Oh hermanita! ¡Qué bien se completa el día, terminándolo con acción de gracias al Señor, allí donde se comenzó pidiéndolas!

I. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: Dijo un día Jesús a sus discípulos: «Si creéis en Dios, creed también en Mí».

Comienza este examen por este mandato divino. ¿Cómo está tu fe? Crees en Jesús, ya lo sé; pero ¿crees en la presencia de Jesús en medio del mundo? ¿Crees que Jesús vive muy cerca de ti? ¿Crees y vives la vida de íntima presencia divina en medio de tu alma? ¿Es acaso tu fe como la de muchos cristianos, que creen lo suficiente para distinguirse de los incrédulos? ¿de esos que creen porque no niegan la fe? Los tales no se dan cuenta de esta amorosa presencia de nuestro Amigo divino en medio de nosotros, entre nosotros y cerca de nosotros. Y tú, hermanita ¿te das cuenta de esta consoladora verdad? ¿La vives? ¿la piensas, reflexionas sobre ella, la saboreas? ¡Jesús aquí! ¡Yo en Jesús! (Pausa).

¿Sabes que la Alianza es una legión de almas muy unidas entre sí, que viven en Jesús, unidas a Él, y que viven de su vida y de su amor? ¿Sabes que el fin principal de la Alianza es éste, es Jesús, es su vida, es su amor? ¿Sabes que cada hermanita debe aspirar, desde que es aliada, a una perfecta unión con Jesús por una fe viva, activa, profunda, reflexiva y por un amor encendido, ardiente y probado? (Pausa).

¿Meditas en el gran prodigio de María? ¡Ella, el lazo de unión de Dios y del hombre! ¿Sabes que su virginidad es a manera

de un misterioso tálamo, donde Dios y el hombre se han dado su abrazo reconciliador? ¿Crees que por María Virgen vamos a Jesús y que por Ella viene Jesús a nosotros? ¿Sabes que en miniatura esta es tu misión como aliada? ¿Sabes que el mundo anda lejos de Jesús? ¿Sabes que en el mundo hacen falta verdaderas medianeras? ¿Y que lo es una hermanita virgen? (Pausa).

¿Repasas en tu Reglamento aquel artículo, donde dice que en la Alianza el camino a Jesús, y el lazo de unión seguro, el gran secreto, es la castidad virginal? ¿Vas a Jesús por tu pureza virginal? ¿Y va Jesús a las almas por tu corazón virginal? ¿Recuerdas cómo María, con Jesús en su purísimo seno, caminó presurosa a visitar a su prima Isabel? ¿Te miras en ese maravilloso espejo? ¿Sabes que la hermanita va presurosa a su oficina, taller, fábrica, escuela... con Jesús en su corazón? ¿Cómo vas? (Pausa).

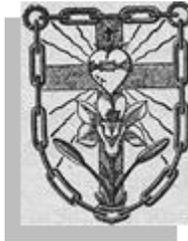
¿Ves cómo camina María? ¿Te fijas en su modestia... su sencillez... su recogimiento... su ocultamiento? ¿La imitas siempre, y más cuando cruzas las calles, entras en el taller, montas en un tren, tranvía, auto, o caminas por los montes... ¿cuando miras, hablas, trabajas? ¿y llevas entonces a Jesús contigo? ¿Te das cuenta? ¿Lo adviertes? ¿Y le llevas bien, dignamente, devotamente amorosamente, como María? (Pausa).

¿Sabes los prodigios que Jesús obró en aquella casa por María al través de su corazón virginal? ¿Sabes los que Jesús puede obrar al través de una hermanita en un taller en el hogar...; entre los hombres, entre los niños? ¿Sabes que, si llevas a Jesús como María, harás prodigios en las almas como María? ¿Te esfuerzas en llevarle como María? ¿Eres, como María, discreta, humilde, sencilla, recogida, pura, modesta, callada, hacendosa, trabajadora, caritativa? (Pausa).

¿Sabes que el secreto para hacer bien en las almas no está en hablar mucho y bien, hacer cosas de mucho brillo y llamar la atención? ¿Qué hizo María en casa de Isabel? ¿Llevar y dar a Jesús! ¿Qué debe hacer una hermanita? ¿Llevar y dar a Jesús a las almas al través de su modestia, de su mirada, de sus servicios...; al través

de una palabra! ¿Este tu apostolado? ¿das a Jesús a las almas o alejas a las almas de Jesús?

¡Oh, si las almas, delante de una hermanita de la Alianza, sintieran la impresión y la emoción que sintieron, en presencia de María, su prima y el niño de sus entrañas! ¡hermanita piénsalo bien!



MES DE FEBRERO

I. Meditación de la mañana: FIN DE LAS CRIATURAS

PUNTO PRIMERO: **Las criaturas son medios**

No estamos solos en el mundo. Dios nos ha rodeado de innumerables seres y criaturas; y hemos de preguntarnos: Si el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, las demás cosas, ¿para qué son?

Responde San Ignacio: «y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre... »

Son para el hombre... y ¿con qué fin? Añade San Ignacio: «Para que le ayuden en la prosecución del fin para el cual es criado».

Ahora bien, yo hermanita de la Alianza, he visto en otra meditación, que he sido criada y puesta en esta Obra para alabar y servir a Dios, en el grado más perfecto y elevado que sea posible, y para amarle y servirle en medio de un mundo perdido y apartado de Dios como el más perfecto cristiano en su hogar, la religiosa más fervorosa en su celda y el Sacerdote más perfecto en el Altar.

Y el Señor me ha rodeado de las criaturas para que a mí, hermanita, que vivo en mi hogar, en mi oficio, en mi carrera, allí donde vivo, me *ayuden* a cumplir exactamente mi fin.

Luego todas las cosas sobre la haz de la tierra tienen por fin ayudarme a conseguir el mío.

Padres, hermanos, amigas, riquezas, objetos, prendas, instituciones, asociaciones, oficios, carreras, salud, bienestar, expansiones, recreos, cruces, enfermedades, tribulaciones,

persecuciones, han sido ordenados por Dios todos a *mi fin*; y con relación a éste ellas son simples *medios*, de los cuales yo he de valerme para conseguir mi fin.

Hermanita, vives en el mundo rodeada y cercada de criaturas; no son ellas tu fin; tu fin está por encima de todas ellas. Si en ellas se detiene y descansa tu corazón, como en el snspirado objeto de sus ensueños, te has equivocado, erraste el camino, te saliste de tu fin. Tu fin es Jesús amado en el mundo; todos los demás son medios, que usarás para llegar al fin único de tu vocación.

Ahí está el error de los mundanos; ellos han trocado los medios en fin, apartándose del verdadero y único fin para el cual vinieron a este mundo.

El dinero es el fin de los avaros; el aplauso, el de los soberbios; el placer sensual e de los lujuriosos...

¡Pobres ilusos! no buscan más que lo que sus sentidos alcanzan; en lo caduco ponen fin y su felicidad, y todo ello pasa con la velocidad de la vida, quedándose a la postre chasqueados y fuera de su fin. ¡Sin fin!

No te equivoques, hermanita; no te deslumbren las criaturas por bellas que sean; son peldaños en la escalera divina, y debes pasar por encima de ellas pisándolas; no las ponga en el corazón; todo lo más debajo de tus pies.

PUNTO SEGUNDO: **Desprendimiento.**

De lo dicho se deduce que yo debo usar sólo de aquellas criaturas que sean medios para conseguir mi fin. Y aquí viene la elección de estas criaturas-medios; para lo cual dice San Ignacio: «De donde se sigue que hombre tanto ha de usar de ellos cuanto e ayuden para su fin; y tanto debe quitarse de ellos cuanto para ello le impidan».

De tres maneras pueden las criaturas ser medios para nuestro fin: primera, usando de ellas para la conservación de la salud, vida,

obligaciones, relaciones, etc.; segunda, contemplándolas y elevándonos por medio de ellas al conocimiento de las perfecciones y atributos de *Dios*; tercera, sacrificándolas al Señor, consagrándolas, ofreciéndolas en holocausto y renunciando nosotros a su uso.

Viene en rigor la necesidad de un examen de las cosas que nos rodean, aplicando concienzudamente la anterior regla de San Ignacio: *Tanto cuanto*; y el resultado será: Que tomadas las cosas necesarias e indispensables para nuestro sustento, vestido, vida privada y social, y puestas a otro lado las criaturas donde Dios nos revela sus maravillas y cuya contemplación nos lleva al conocimiento, siquiera imperfecto, de sus atributos, todo lo demás hemos de sacrificar.

Con pocas cosas nos basta; de ordinario andamos excesivamente cargados; es que las amamos demasiado y no en cuanto son medios que nos ayudan; sino en sí mismas. Muchas de las criaturas que nos rodean, nos desvían tal vez el corazón, muchas de las que amamos no son escaleras que pisamos, sino cargamento inútil que llevamos a costas sobre nuestro pobre corazón.

Una perfecta aliada debe aligerar mucho el peso de las criaturas que le rodean. Su consagración al Señor y sus votos son una solemne renuncia él las cosas vanas del mundo. El lema de «Mártir en el sacrificio» tiene aquí rigurosa aplicación.

Lo más difícil de la Alianza, no es ciertamente el *tomar*, el *hacer*; lo más costoso de la Alianza es el dejar.

«Tanto cuanto». Tanto hemos de tomar de las criaturas, cuanto nos ayuden, y tanto hemos de dejar, cuanto nos estorben. Y hay en el mundo en que vivimos, para vivir como debe vivir una hermanita, muchas, muchísimas criaturas que nos estorban grandemente.

La actividad más heroica de una hermanita, que vive su vida de aliada en el mundo, es el sacrificio continuo que hace, desde la mañana hasta la noche, de mil criaturas inútiles y a veces perjudiciales, que le dificultan sus pasos hacia el fin.

El heroísmo de la Alianza comienza en el *desprendimiento*, pasa por la pureza inmaculada y se consuma en el amor.

Hermanita, despréndete; aprende a dejar; quédate con aquello que sea medio seguro y eficaz para su fin, y deja lo demás; aligera el peso de tanto que te estorba y se te hará fácil el, camino; correrás y volarás tras tu Amado hacia tu fin.

PUNTO TERCERO: **Indiferencia.**

«Para lo cual, dice el Santo de Loyola, es menester hacemos indiferentes a todas las cosas criadas... »

Puesto el blanco de nuestro único fin y los medios que a conseguirlo nos llevan, viene imperiosamente la necesidad de una completa igualdad de disposición respecto de las criaturas. Un espíritu libre y sin apego a ninguna criatura, un corazón completamente desembarazado, un ánimo igual, que ni se adelanta por las atracciones de la criatura ni se atemoriza o se atrasa por las repugnancias de ella.

No mire jamás la hermanita a las criaturas en sí y por lo que naturalmente tengan de agradable o desagradable.

Muchas almas quisieran ir a su fin por medios suaves y agradables, usando y abusando de criaturas de su gusto y regalo. No así la hermanita, que quiere ir a su fin eficazmente y a toda costa; ésta debe mirar las criaturas, como se miran las medicinas, a las cuales, si de veras queremos curamos, nos hacemos indiferentes, ya sean agradables, ya amargas, mirándolas solamente por el lado de la mayor o menor eficacia que tienen para curamos de la enfermedad.

A las criaturas en sí no debemos ni aceptar ni rechazar, hasta conocer la voluntad de Dios acerca de ellas, si son mandadas o prohibidas y si son medios eficaces o perjudiciales para nuestro fin, obrando después con libertad e indiferencia y en conformidad con esa norma.

Buena es la riqueza y también la pobreza, el honor y el deshonor, la salud y la enfermedad la vida larga y la corta, etc.

Hagámonos (no es que lo seamos, ni que sintamos igual lo uno que lo otro), hagámonos indiferentes, pongamos un esfuerzo de nuestra voluntad, y, aunque nos cueste, digamos a Jesús: «Lo que Tú quieras». Lo que sea medio más eficaz, más seguro, «deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que fuimos criados».

I. Meditación de la tarde: EL NACIMIENTO

PUNTO PRIMERO: **Sacrificio.**

Mi fin es Jesús.

Así lo hemos considerado en la segunda meditación del mes pasado. Jesús es el último fin de mi vida.

¿Y cuál es el fin de Jesús en la tierra? El fin de Jesús en su Encarnación, en su Evangelio, en su Eucaristía soy yo.

Jesús en el mundo, aparte de la gloria de su Padre, que es un fin principal, no ha tenido otro ideal, otra aspiración, otro fin que yo, mi bien, mi felicidad, mi amor. Puesta su mirada en mí, desde el seno purísimo de su Madre, ha comenzado por desprender su corazón de todo lo demás.

Jesús no ha venido al mundo por las otras criaturas ... Ha venido sólo por mí; y en tanto se valdrá de las criaturas, en cuanto le ayuden para el fin a que ha venido ...

Tan sólo hará uso de aquellas criaturas, que le ayuden en la realización completa y perfecta de su divino plan.

Y comienza por desligarse de todas aquellas que le han de estorbar en su obra.

El primer ejemplo, que en su cuna nos ha querido dar, es el del desprendimiento de todo lo inútil y ¡hasta qué extremos!

La casita de Nazaret estaba modestamente, aparejada, ataviada, aseada, arreglada, dentro de la pobreza en que vivían sus padres. José ha hecho una cuna, María las ropas, lo mejor que podía... Sabía que era para el Mesías... y basta. ¡Con qué solicitud lo dispondría todo! ...

Jesús, desde el seno de su Madre, hace al Padre la renuncia de todo aquello... «Padre, no vengo a los regalos de mi casa, ni a los agasajos de mis vecinos; vengo en busca de una ovejita».

Y deja Nazaret, la cuna... la intimidad y confianza de los vecinos... y va a Belén... José trata de poner remedio a aquello, que él creía una desgracia.

Una casa de confianza, los parientes, conocidos, siquiera un hospedaje decoroso, con cierta comodidad.

Jesús vuelve su corazón al Padre: «Padre, también esto sobra...; no vengo al mundo por las criaturas; para la obra, que he de realizar, la mayoría de ellas me sobran »

¿Siquiera el público mesón?

Tampoco; aún todavía menos... Basta una cueva al pie del monte y allí un pesebre de bestias y un poco de paja... A Jesús eso le basta, sacrifica lo demás.

Y a ti, hermanita, tal vez no te basta lo que la generosa providencia de Dios te ha proporcionado en la clase de tu vida... ¿Te quejas de la pobreza? ¿Cómo haces la elección de las criaturas? ¿Las que son necesarias, las que te sobran? ¿Andas cargada de criaturas y con el corazón enredado en ellas?

PUNTO SEGUNDO: **Pureza.**

En cambio, antes de venir al mundo, Jesús busca una perla. Es su gran tesoro, su único tesoro. Ni Nazaret, ni Belén, ni siquiera Egipto le importa elegir para vivir, con tal que allí le acompañe un varón justo y una Madre Virgen.

El, que tan radicalmente ha sabido desasir su corazón de todo lo terreno, ha querido poner en juego todo su poder y sabiduría para hacer que su Madre sea *Virgen*, trastornando para ello las leyes más inmutables de la naturaleza.

Sobran palacios y princesas con sus riquezas y sus faustos y regalos; pudo allí haber nacido, pero son criaturas inútiles, le estorban. Todavía es demasiado Nazaret, Belén..., basta una cueva... un pesebre... unas pajas. Pero, en cambio, son indispensables dos corazones *vírgenes*.

Jesús ha nacido, rebajándose a la categoría de un pobre vagabundo. Ni pueblo, ni casa, ni cama; nace pobrísimo, en la miseria...; pero no ha querido privarse de la dulce compañía de dos seres angelicales.

Sus ojos divinos, al abrirse por vez primera a la vida mortal, tropiezan con esos dos ángeles; lo primero que toca Jesús no son ricas holandas, son los brazos de una virgen; el primer abrazo, el primer beso que recibe, es el abrazo, es el beso purísimo de una virgen; las primeras caricias, que sus manecitas divinas prodigan, son para una virgen; la primera frente que besa aquel Niño, es la frente de una virgen; el primer alimento que recibe, es el pecho de una virgen...

Y, en oscura noche, los únicos testigos de este acontecimiento son los ángeles del cielo que cantan *Gloria*...

De modo que Jesús, naciendo en medio del mundo, con absoluto desprecio de él y de sus criaturas, es acompañado de los ángeles del cielo y de los ángeles de la tierra.

¡Oh, hermanita! En medio del vacío de las criaturas, en noche tenebrosa, en el recinto de un desmantelado chamizo ¡cómo brilla, con esplendores de cielo, la angélica virtud de María y de José!

Jesús en la cueva de Belén, despojado de todo, pobre y miserable, puesto en los brazos de su Madre, hecho hermano mío, aparece despreciándolo todo, desasido de todo, para poner todo su corazón' en mí y amarme con infinita ternura.

El, que desde la eternidad me amaba con amor increado e infinito, ha querido amarme ahora a la manera que amo yo, con un amor creado como el mío, con un alma como la mía y con un corazón como el mío, con un cariño y con una ternura como los que yo siento cuando amo.

Antes, Dios nos amaba como a distancia, y apenas los hombres conocíamos su amor. Ahora, Dios se ha acercado a nosotros; se ha hecho hermano mío, pequeñito, igual a mí, amiguito mío y dándome un abrazo estrechísimo-tan estrecho, que me ha convertido en miembro suyo-me dice que me ama y me manda que le ame; me invita a entablar con Él y a estrechar con Él una grande e íntima amistad.

En el seno, en el corazón, en los brazos de una Virgen, el Hijo de Dios se ha abrazado con la humanidad y después con cada uno de nosotros. Y con ello, Jesús, revelando su amor especial a esta virtud, nos enseña que, para guardarla en su encantadora belleza, es necesario cultivarla lejos del bullicio del mundo. ¡Oh hermanita! La pureza angélica exige un gran desprendimiento del mundo, porque el mundo está contaminado por el vicio de la carne. ¡Hermanita! ¿Quieres hallar a Jesús? Haz que brille en tu alma la pureza angélica. ¿Quieres hallar la pureza angélica? Deja las criaturas, huye del bullicio, busca la soledad y no tengas más compañía que los ángeles del cielo y los ángeles de la tierra.

PUNTO TERCERO: **Amor.**

Si el fin de Jesús-Dios hecho hombre es el hombre, soy yo, es con el fin de amarme.

«Así Dios amó al hombre, que para su salvación entregó a su Hijo santísimo»; a lo cual podemos añadir: y así el Hijo amó al hombre, que libre y generosamente se entregó a él y se entregó a la muerte por él.

Y es tan ardiente, tan fuerte, tan profundo este amor con que nos ama, que nos ha dejado deificados en la hoguera de su amor.

¡Oh! Jesús se ha colocado tan bajito en esas pajas, mudo e impotente, para decirme, con el lenguaje sublime y elocuente de las lágrimas y de la sonrisa, que me ama y que *por favor* yo le ame.

Hermanita, baja del pedestal de la vanidad y del orgullo; deja las excesivas comodidades de un Nazaret, de un hogar demasiado regalado y muelle; despréndete de criaturas inútiles que aprisionan el corazón; huye del ruido, de la algazara, del vértigo de un mundo que se agita hambriento de felicidad; busca tu «retiro», que debe siempre parecerse a aquel portal cuya riqueza y belleza debe ser preferentemente la virginidad...; y allí ama a Jesús, como Jesús te ama.

II. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: Devotamente recogida en tu interior y en la presencia de Dios, después de invocar la luz del Divino y Santo Espíritu, comienza este examen viéndote y contemplándote en medio de un mundo peligroso y enemigo de tu alma, rodeada de innumerables criaturas, que o te atraen y te convidan, o te repelen y te repugnan.

Siendo Dios nuestro Señor tu único fin y estando consagrada total y exclusivamente a su Divino Amor ¿en qué relación y en qué disposición está tu corazón en orden a todas las demás cosas que te rodean?

¿Es esclavo de ellas tu corazón? ¿Es libre y desembarazado para darse al Señor, tu Amado, con la máxima generosidad y fervor (Pausa).

¿Has pensado bien que tu fin está muy por encima de todas las criaturas y que en ninguna de ellas debe descansar tu corazón; ¿Sabes que tu fin es uno solo y que todo lo demás es medio con que Dios te facilita el acceso a tu fin?

¿Sabes la diferencia que hay entre una buena y perfecta hermanita y una joven mundana ¿ qué aquella, con plena libertad y dominio de sí y de sus pasiones, vive desembarazada y desprendida de las criaturas; esta en cambio, ha puesto su fin en las cosas del mundo y es esclava de todas o de alguna de ellas? ... (Pausa).

¿Comprendes, hermanita aliada, que la grande obra de una hermanita es llegar a un perfecto y total desprendimiento de las criaturas?

Fíjate que a una religiosa le es más fácil este desprendimiento, ya que de hecho sale ella (al menos en gran parte) del roce y contacto de las criaturas y le es más fácil olvidarse de ellas. Tú en cambio, hermanita amada, vives rodeada y solicitada a cada instante de mil de estas criaturas, las cuales fácilmente hacen violencia a tu pobre y sensible corazón; y, por eso, para llegar a su plena y perfecta libertad hay que practicar la virtud del desprendimiento en grado muchas veces heroico.

¿Te esfuerzas cada día y meditas en ello? ... (Pausa).

¿Tomas y miras las criaturas en sí mismas? o tal vez en orden a tu bien temporal, de bienestar material, de comodidad, de recreo, de vanidad...? ¿o más bien, las miras tan sólo en orden a tu fin único, como perfecta cristiana y como perfecta hermanita?

¿Recuerdas a menudo y te aplicas inexorablemente la admirable y sabia regla de San Ignacio de Loyola, de que «el hombre tanto debe usar de las criaturas, cuanto le ayuden a su fin y tanto debe apartarse de ellas cuanto le impidan?»

Y según esta regla ¿sabes y tienes fuerza de voluntad para poner debajo de tus pies todas aquellas criaturas, por caras y amadas que te sean: personas, cosas, objetos... que te son grave obstáculo para tender con rapidez y seguridad a tu fin?

Y al contrario, ¿echas mano, con ánimo y fervor, de aquellas otras que te ayudan a conseguir tu fin, y te abrazas a ellas por difíciles, costosas y repugnantes que sean? (Pausa).

¿Estás convencida de que con pocas cosas nos basta en este mundo? ¿y que, de ordinario, andamos excesivamente cargados de criaturas que, más que ayudar, nos estorban en el camino de nuestro fin?

¿Comprendes que tu consagración a Jesús, tu voto de castidad y tal vez el de pobreza y obediencia no tienen otro objeto que a aligerarte del peso de las criaturas inútiles y acaso perjudiciales? (Pausa).

¿Tienes demasiada afición a tu casa a tus padres, a tu familia, a tus amistades? ¿Te sobran prendas, alhajas, libros, adornos y mil otros objetos inútiles en tu persona, en tu aposento; en tus muebles? ¿Sabes que te estorban?

Y caso de tener que poseerlos, por exigencias de familia, posición, cargo ¿guardas por lo menos tu corazón despegado de todos ellos? ¿Los miras con absoluta indiferencia y aún con desprecio? ¿Está de ellos libre completamente tu espíritu? ¿Los dejarías fácilmente, si a ello se te obligara?.. (Pausa).

¿Te fijas en el sublime ejemplo de desprendimiento, que en el uso de las criaturas te da Jesús en su nacimiento ¿Lo estudias detenidamente?

El que vino por ti, cuyo fin fuiste tú, ¿ves cómo despreció todo lo demás hasta el extremo de nacer y quedarse desnudo de todo, sin nada, en la miseria, en una cuadra? (Pausa).

¿Sabes que Jesús no amó nada en este mundo por amarte a ti?

¿Es así como tú amas a Jesús, no poniendo tu corazón en ninguna criatura por mejor y más amar a Él? ¿Sabes lo que fueron sus preferencias? ¿Has pensado bien en todo lo que dejó y en lo único que eligió?

¿Dos criaturas angelicales y purísimas y nada más! ...

Mira pues, hermanita amada, el sublime cuadro del portal de Belén. Mira aquel vacío, aquel desprendimiento... aquella

indiferencia y desprecio de las cosas... y mira aquella elección... aquella preferencia... aquella compañía.

Y allí resuelve con firme propósito no cargar tu corazón con criaturas inútiles y perjudiciales, y poner tus preferencias en lo único que a ti te conviene, que es desprenderte de todas ellas por agradar solamente a Jesús.



MES DE MARZO

I. Meditación de la mañana: EL PECADO

PUNTO PRIMERO: **El pecado mal de Dios.**

Hermanita amada, no puedo suponer en tu purísima alma la existencia del pecado mortal; trato solamente de llevar a tu mente y a tu corazón la más grande detestación y la más firme resolución de mantenerte muy alejada de él y de sus causas.

Para lo cual piensa primero que el pecado es un descarado grito de rebeldía y protesta contra la Majestad y Santidad de Dios El que peca se descara contra su Amor y le dice: « ¿Quién es Dios que pretende que yo oiga su voz? (Éxodo. V, 2).

Por eso, el Señor se queja diciendo: «Has sacudido mi yugo, has roto mis ligaduras y has dicho: no serviré» (Jerem. II, 2). «Han pisoteado mis juicios y a Mí mismo me han despreciado (Isaías, 1, 2).

Y el desprecio está en que el pecador, como lo describe el profeta Oseas, lleva en la mano una balanza, en uno de cuyos platillos pone a Dios y en otro su pecado, y termina por arrojar a su Dios «por un puñado de cebada y por un pedazo de pan» (Ezech. XIII, 19).

Por eso, amargamente se queja Dios por su profeta: «Pasmaos ¡oh, cielos! Dos males hizo mi pueblo: me dejaron a Mí, que soy fuente de agua viva, y cavaron para sí aljibes, aljibes rotos que no pueden contener las aguas (Jerem. II, 12, 13).

Pero es más. No termina aquí el ultraje que hace el hombre a Dios. Dice el Santo Job: «El pecador levanta la mano contra Dios y toma las armas contra el Omnipotente... » (Job, XV, 25).

Si Dios fuese capaz de dolor, por su parte el pecador se lo causaría, y, de hecho, cada vez que peca, hace, cuanto es capaz, para quitarle la vida... El pecador tiende a destruir a Dios. Y, en efecto, el pecado es lo único que repugna a Dios.

Dios es infinitamente, justo infinitamente santo, infinitamente puro. En Dios no cabe la más insignificante imperfección y a su lado el pecado es el monstruo más horrible. Por eso, Dios aborrece el pecado con odio sempiterno y con ira eterna.

Dios ha creado al ángel y, al verlo manchado de un solo pecado, ha sentido tal horror que no lo ha sufrido a su lado un instante, y su ira ha creado un abismo de horrores sempiternos, para sepultarle allí.

Dios ha creado con sumo cariño al hombre y, al verlo manchado, se ha arrepentido de haberlo creado y lo ha barrido del mundo para no verlo más.

Dios tiene un hijo muy amado en quien tiene todas sus complacencias... Un día le ha mirado al través de los pecados ajenos, de los míos, y casi lo ha aborrecido. El que no «tuvo ni pudo tener pecado, por nosotros tomó el pecado...» y su Padre, con ira divina, cae sobre Él y sin compasión ni miramiento alguno, a pesar de los ruegos de Él, «lo entrega al *poder de las tinieblas*». (Ni a su Hijo perdona... »

Dios quiso una Madre, y tal es el horror que tiene al pecado, que, por un prodigio, le preservó hasta de la mancha original. .. y si por un imposible (perdóname, Madre mía, esta suposición), si por un imposible María hubiera muerto en pecado, Dios la hubiera aborrecido eternamente en el infierno.

Dios ha creado un infierno de horrores sempiternos, para mostrarnos el horror y el odio que tiene al pecado.

¡Oh, hermanita! Dios te ha elegido para Sí, eres su predilecta, su amada; pero, si un día caes en pecado mortal, su ira se encenderá contra ti, bramará y te aborrecerá... «Pecadores odibiles Deo». Los pecadores son dignos del odio de Dios.

PUNTO SEGUNDO: Dios y el pecador.

El pecador se levanta contra su Padre. Padre que le ha creado y conservado con amor y le prepara una herencia eterna, después, de elevarle a un estado sobre natural... «Talern patrem offendere, quam crudele est» Qué cosa más cruel es ofender a tal padre. (San Agustín).

El pecador se levanta contra Jesucristo, su Salvador y «le vuelve a crucificar de nuevo en sí mismo y lo expone al escarnio». (Hebreos, VI, 5). El pecador renueva la pasión de Jesús, le corona con sus pensamientos malos, le azota con sus deshonestidades e impurezas, le taladra las manos con sus injusticias, le clava los pies con sus pasos por el camino del pecado y le atraviesa el corazón con sus afectos, deseos y amores criminales.

El pecador se ríe de su Dios-Amigo; le escarnece y le desprecia, como Herodes; le insulta y le blasfema, como los fariseos y soldados; huella y profana su Sangre divina, como los verdugos y los sacrílegos judíos.

Hermanita, si un día tienes la desventura de cometer un pecado mortal, mira lo que haces...

PUNTO TERCERO: El pecado y el pecador.

Tal es el delirio y la insensatez del pecador, que, arrogante y soberbio, se atreve a decir «Peccavi et quid mihi accidit trister» (Eccle, V, 4). Pequé ¿y por ventura me acaeció algún suceso triste?

Observa, hermanita, primero esta verdad sublime: El primer mal del pecado en el pecador es la pérdida de la vida sobrenatural.

Y la vida sobrenatural supone la adopción divina, la regeneración, el nuevo nacimiento y la formación del hombre nuevo con la dignidad y título de hijo de Dios, con derecho a la herencia eterna, añadiendo la habitación de Dios en el corazón del hombre, la presencia íntima de las tres Personas divinas, la sociedad con el Padre y el Hijo, la participación de la naturaleza divina y la posesión, unión y transformación en El.

Este es el resumen de la vida sobrenatural. Después de meditar despacio todo ese proceso de la vida sobrenatural, concluye: un solo pecado mortal acaba con todo eso.

Antes de caer, era *hijo de Dios*. La gracia santificante le elevó a la noble filiación. Dios le amaba tiernamente como a hija, en ella tenía sus delicias, habitaba en ella como en su templo, Jesús la consideraba, como a esposa muy amada; San Agustín: «Eras templum Dei, eras sponsa Christi, eras habitaculum Spiritus Sancti,.. Sed non es quod fuisti». «Eras templo de Dios, eras esposa de Cristo, eras tabernáculo del Espíritu Santo... Pero ya no eres lo que fuiste».

II. Meditación de la tarde. PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

PUNTO PRIMERO: **María se purifica - María se ofrece a Dios-
La Aliada se purifica -la Aliada se ofrece.**

Todo varón primogénito debía ser consagrado al servicio de Dios... Pero, cuando Dios confió el servicio del culto sólo a la tribu de Levi esta ofrenda era compensada por cinco siclos (unas 15 pesetas). En virtud de otra ley la madre contraía la impureza legal, de la cual debía ser purificada, presentándose al sacerdote en el templo y ofreciendo una tórtola, como sacrificio por el pecado, y otra tórtola, como holocausto o víctima exigida por la ley.

Ni Jesús, ni María estaban obligados a estas leyes; pero, por obediencia y humildad, se sometieron a ellas.

María, confundida con otras madres *no* vírgenes, con su niño en brazos, penetrando en el atrio llamado de las Mujeres, se coloca en fila con las demás en la grada más alta de la escalinata, para ser rociada con agua lustral por el sacerdote, el cual rezaba las preces prescritas para aquel caso, ofreciendo al mismo tiempo «sacrificio por el pecado» y el holocausto.

María, la más pura de las criaturas, confundida con las impuras, antes de acercarse al altar, quiere aún purificarse más. No piensa en la impureza de las demás, piensa en la ley y ama extraordinariamente su pureza.

¡Oh, hermanita! Ahí te veo confundida con todas las demás mujeres en el atrio de tu iglesia, junto a un confesonario, recogido y humilde...

No eres tan pura como María y Ella te invita a que te purifiques. Si, como Ella, amas la pureza de tu corazón, debes una y cien veces acercarte a la fuente de la gracia divina, para más purificarte.

No pienses en la impureza de las demás que ves a tu lado, haciéndote mejor que ellas. Piensa en tus miserias, cómo estará tu alma a los ojos de la divina santidad y con suma humildad y recogimiento lávate en la divina fuente.

María sube las gradas del Atrio y entra en el Templo.

No se contenta con ofrecer las dos tórtolas, a una de las cuales el sacerdote corta el cuello, derramando su sangre al pie del altar, mientras la otra es quemada íntegra en las brasas del altar de bronce; María, purísima tórtola, valiosísimo holocausto, se ofrece al Dios de la Santidad infinita, como víctima que irá unida a la de su Divino Hijo, no por su impureza, que no la tenía, sino por las impurezas del mundo.

¡Hermanita amada! ¿Sabes que escasean estas tórtolas blancas en nuestras parroquias; que apenas hay víctimas puras para unirse a la Divina Víctima, que se está día y noche inmolado, solo, siempre solo, en nuestros altares?

¿No has caído en la cuenta de que la Alianza vino al mundo en este señalado día (2 de Febrero) y que uno de sus fines es crear blancas palomas, imágenes de María, para ofrecerlas como holocausto en las parroquias por los pecados del pueblo? ¿Lo eres tú?

PUNTO SEGUNDO: María ofrece y Jesús se ofrece por manos de María.-La Alianza ofrece y Jesús se ofrece por manos de ella.

a) María es el primer sacerdote de la nueva Ley.

Extendidos sus dos brazos virginales ¡preciosísimo altar!... y colocado en ellos el Hijo de sus entrañas, levanta sus ojos al cielo y, como un día en aquel mismo lugar la piadosa Ana ofreció para toda su vida a su primogénito Samuel, así María hace la ofrenda de Jesús por la redención del mundo; y la ofrenda de la Virgen-Madre no pudo ser otra que la de su Dios-Hijo. Si la ofrenda era valiosa, parecía así avalorarse más, presentada y ofrecida por María. Y al mismo tiempo Jesús, estremeciéndose en los brazos de su Madre, al entrar por vez primera en aquel suntuoso templo tal vez las soledades y abandonos de tantos templos que en aquel momento se representarían a su mente y apoyándose en el regazo materno, diría a su Padre:

« ¡Oh, Padre mío, heme aquí..., vengo a cumplir tu voluntad ... No quisiste sacrificio ni ofrenda, más me formaste un cuerpo» (Salmo 39) y Jesús se entregaba desde aquel instante sin reserva a su Padre, para sustituir las víctimas sangrientas y groseras, suprimiéndolas por completo con el Sacrificio que Él había de consumir en el Calvario.

b) No basta, hermanita amada, que el Sacerdote levante la divina Víctima en el Santo Sacrificio de la Misa. Todo cristiano es oferente en este augusto sacrificio, todo cristiano tiene a su mano esta Santísima Víctima, para satisfacer con ella por sus pecados y por los pecados de los demás.

Pero, como María en el templo, son llamadas eficazmente a este oficio semi-sacerdotal a vírgenes de la parroquia. Ellas, sobre el altar inmaculado de sus virginales corazones, cada vez que comulgan deben ofrecer al Padre Eterno el gran sacrificio de su Hijo divino.

¿Cabe en esta tierra de maldición, manchada de crímenes, ofrenda más rica, más hermosa más saludable, más grata a Dios que la del mismo Jesús presentada al Padre Eterno bandeja de oro puro, como es el corazón de una virgen?

¿Cuándo mejor que entonces podrá recitar fervorosamente la hermanita aliada aquella inspirada *ofrenda* del Amor Misericordioso: «Padre Santo, por el Corazón inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, vuestro muy amado Hijo y me ofrezco yo misma en El, con El y por El a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas?»

Hermanita ¿sabes lo que eres cuando Jesús está en ti y tú estás en Jesús?

Pero no es esto solo; si cabe aún es más admirable el que Jesús, sobre el altar viviente de tu corazón, se inmole y se ofrezca al Eterno Padre por ti misma y por los pecadores.

Si bien es verdad que el sacrificio propiamente dicho, repetición y continuación de aquel del Calvario, se consuma en la Santa Misa, es muy consolador ver a Jesús en medio de mi corazón, lo mismo que en el seno de su Madre y en la gruta de Getsemaní, con los brazos en alto, orando e inmolándose como víctima sacrificada por todos los hombres.

Hermanita, cada uno de vuestros corazones es un altar viviente donde se sacrifica y se ofrece una ofrenda pura e inmaculada. ¡Oh, si cada parroquia tuviera un centenar de estos altares adornados y blanqueados de pureza y cubiertos de divinas brasas de amor. .. ! ¡Cómo allí Jesús se inmolaría y se dejaría consumir!

PUNTO TERCERO: María paga los cinco siclos de rescate por Jesús y Éste vuelve a los brazos de su Madre.

Hasta que llegue la hora de la inmolación en el Calvario y de quedarse sacrificado en el fondo de los SAGRARIOS, Jesús vivirá al lado de María, sustentado, defendido, cuidado, acariciado, amado por Ella. Y María, por tener a su lado a Jesús, no sólo cinco siclos, sino todo lo que posee y todo lo que Ella es y fuere, dará con generosidad.

¡Oh, hermanita! Por *cinco* siclos, por una nonada, Jesús es tuyo...

¡Qué barato se nos da Jesús! Unos pequeños vencimientos, la guarda de los cinco sentidos la mortificación interior, el desprendimiento del corazón, la renuncia a las vanidades del mundo, un generoso adiós a ciertas amistades peligrosas, la guarda de tu lema en la Alianza y otras mil cositas bastan para que Jesús sea tuyo y viva contento contigo, como con María.

Jesús sea tuyo y viva contento contigo, como con María.

Rescátale, hermanita, lo desea El y te lo suplica; sí, para eso cabalmente te ha elegido. Rescátale y llévatele contigo, en tu regazo, en tu corazón; ¿no ves que está tan solo, tan abandonado, tan desconocido, tan despreciado, tan arrinconado, tan olvidado, tan profanado, tan perseguido, tan aborrecido? Rescátale, ¿qué son cinco siclos?

Jesús, rescatado por las vírgenes de la parroquia, debe vivir en su corazón, como en Nazaret vivió en el regazo de María.

III. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: ¿Tienes la desventura de vivir en pecado mortal? ¡Qué desgraciada eres! No eres hermanita verdadera de la Alianza; ¡eres un monstruo!

¿Has tenido alguna vez esta desventura? ¿fue antes de que pertenecieras a la Alianza? ¿Fue acaso después de que eras hermanita? ¿ya te has confesado bien? ¿estás tranquila?(Pausa).

¿Por qué caíste en pecado? ¿Cuál fue la causa, el origen, la ocasión, el motivo de tus caídas?

Al examinar los pecados, examinaste también las causas del pecado? ¿las temes? ¿ las evitas? ¿huyes de ellas? ¿o las desprecias, tal vez? (Pausa).

¿Miras acaso con excesiva satisfacción el estado actual de gracia y amistad divina en que crees y te sientes vivir? ¿vives un tanto despreocupada y descuidada? ¿Acaso, por ser hoy hermanita, te consideras casi inmune de pecado mortal? ¿vives en una temeraria seguridad? ¿te crees ya muy lejos de pecado ... ? (Pausa).

Pero, hija mía, ¿no sabes que llevas en tus miembros un peligroso fermento de malicia y de pecado? ¿no conoces, tal vez, por triste experiencia, tu gran fragilidad? ¿no ves que, como un vestido, te envuelven mil enveteradas pasiones? ¿no conoces bien tus perversas inclinaciones al mal? ¿no sorprendes muchas veces a tu pensamiento, a tu corazón, a tus ojos, a tu lengua, desviándose, casi sin darte cuenta, de la recta senda de la ley y de la ley y de la virtud? (Pausa).

Y más aún, hermanita amada, ¿te das exacta cuenta de cómo vives y dónde vives? ¿no ves que un mundo empecatado y puesto en maldad te rodea, te cerca y casi te envuelve? ¿recuerdas cómo San Pedro decía: «Hermanos, vigilad, porque los enemigos, como rugientes leones, os cercan hambrientos para devoraros?» ¿No sabes que la Alianza, por su especial condición de Alianza, vive en medio del mundo? Tal vez en tu propia casa, en la oficina, en el taller, en la fábrica... en la calle, en el tranvía... ¿qué ves, qué oyes, qué sientes? (Pausa).

¿Qué precauciones tomas para evitar nuevas caídas? ¿qué medios empleas para prevenir hasta los más remotos peligros de pecado? ¿desconfías siquiera de ti misma? ¿recuerdas a menudo tu

gran fragilidad? ¿huyes las ocasiones, personas, lugares, casas, reuniones, corrillos ... ? (Pausa).

¿Te apoyas en Dios? ¿Oras con fervor y con humildad? ¿te refugias en María, que es refugio de los pecadores? ¿La invocas a menudo, especialmente en los peligros? (Pausa). ¿Te mortificas en todo momento? ¿refrenas tu lengua? ¿guardas tus oídos? ¿castigas tu carne? ¿vigilas los movimientos de tu sensible corazón? (Pausa).

*¿Vives demasiado olvidada de tu vida pasada? Supuesto el perdón por la divina misericordia, ¿procuras vengar con rigor tus pecados confesados? ¿haces penitencia verdadera de ellos? ¿ofreces condignas satisfacciones a tu Dios ofendido? ¿no sabes que con El tienes muchas deudas contraídas? ¿reconoces y confiesas lo que a ese
Buen.
Padre le debes? ¿qué haces para pagárselo? (Pausa).*

¿Aceptas, siquiera, con buena voluntad, con amor, las pruebas que el Señor te envía, ofreciéndolas a su divina justicia, en satisfacción de tus muchos atrasos? ¿te quejas, al contrario, de las enfermedades, de los infortunios, de la pobreza y demás cruces que te visitan? ¿No dices con San Agustín: «Aquí quema, Señor, aquí corta, aquí no perdones, para que en la eternidad me perdones»? (Pausa).

¿Te pena el haber sido mala? ¿lloras aquella vida? ¿te amargan las alegrías pasadas? ¿vives hoy compungida, arrepentida? ¿pides una y mil veces misericordia y perdón con el corazón contrito y humillado? ¿tratas, por todos los medios que te sugiere tu piedad, de purificarte cada día? ¿pides a Dios que te lave de todas las reliquias de la pasada vida, que te dé un corazón nuevo, que te dé un espíritu recto y elevado? (Pausa).

Contéplate en el purísimo espejo de María en el misterio de su Purificación.

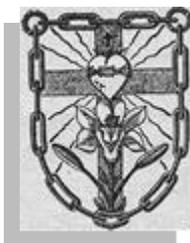
¡Ella, purísima e inmaculada desde el primer instante de su ser, confundida con las demás mujeres impuras en el pórtico del templo, deseando y pidiendo purificarse más y más, para subir

dignamente las gradas del templo y ofrecerse y consagrarse a su Dios con su Divino Hijo!

Hermanita ¿cómo harás tú la ofrenda de todo tu ser al Sagrado Corazón, si primero no tratas de purificarte de las culpas pasadas y de las miserias presentes? ¿cómo tu ofrenda agradará a Jesús, si a sus divinos ojos no estás toda purificada y santificada? ¿y cómo contigo misma ofrecerás a Jesús Hostia en la Santa Comunión y en la Santa Misa junto con el Sacerdote, como lo hizo María en este misterio , si, como Ella, no eres una brillante bandeja de oro? ¿y si tu corazón es un altar donde se inmola a su Eterno Padre la Hostia Santa, Cristo Jesús, ¿cómo deberá estar de puro y limpio y sin arruga?

¡Oh hermanita! tu especial misión, como aliada, te exige un alma santa, un corazón purísimo y un cuerpo casto!

Purificate, pues, con la penitencia, con la oración, con lágrimas de compunción, con suspiros con amor.



MES DE ABRIL

I. Meditación de la mañana: EL INFIERNO. AUSENCIA DE DIOS

PUNTO PRIMERO: **La pérdida del fin**

¡Oh, hermanita! No es para ti el infierno, no lo ha creado Dios para ti; «el fuego eterno, dice San Mateo (Cap. XXV, 41), está aparejado para el diablo y sus ángeles»; pero puedes caer en él. «Dejar de ver a Dios y condenarme, triste cosa será, pero *posible*». ¡Posible: Tu fin es Dios. «Fecisti nos ad te», dice San Agustín; nos criaste para ti, Dios mío, pero puedo perderme y condenarme. Tu fin aquí es Dios y allí también; si le pierdes aquí y vives sin Dios, también le perderás allí.

Si te dejas arrastrar del mundo, fácilmente puedes perder tu fin, y, si largo tiempo vivieras fuera de tu fin, muy en peligro estarás de morir fuera de tu fin sin fin.

He ahí uno de los mayores tormentos infierno.

El alma condenada ha de conocer con suma claridad la grandeza de su destino ; cómo Dios en su infinita liberalidad y amor preparó para sus fieles siervos la *Cena magna* en la que, con su Hijo Redentor, habían de participar todos los convidados que asistiesen con vestidos nupciales. Y los expulsados de la cena, porque entraron sin vestido nupcial, daránse cuenta de la pérdida de aquel festín sin fin, al que fueron convidados por el Padre de familia, entre cuyos

convidados la hermanita fue la primera y la elegida a ocupar un puesto de preferencia.

La hermanita, expulsada de la Cena Magna a las tinieblas exteriores, verá y conocerá, con terrible amargura de su corazón, lo que fue su fin y lo que perdió por satisfacer la pasión de su avaricia o de su vanidad o de su sensualidad.

Tu fin, hermanita amada, no puede trocarse por, ningún fin de este mundo; no lo pierdas por tu insensatez, para que no tengas que llorar su pérdida con lágrimas eternas.

PUNTO SEGUNDO: No os conozco.

Para, ti, hermanita amada, son cabalmente las enseñanzas gráficamente dadas por Jesús en la parábola de las vírgenes prudentes y fatuas.

Las infelices que no se cuidaron de asegurar su elevado estado de virginidad con una vida intensa de virtud y de amor, sino que, ostentando falsamente la aureola de esposas de Jesús, vivieron alimentando en sus lámparas la llama artificial de la adulación y de la vanidad, al encontrarse a la llegada del Esposo sin aceite y sin luz, habrán de quedarse fuera verán con terrible pesadumbre al Esposo acompañado del coro glorioso de las vírgenes prudentes, entrar al festín de sus bodas.

Eternamente en su desventura, pulsarán en vano la puerta del palacio de su menospreciado Esposo, y eternamente habrán de oír de sus labios la más atormentadora expresión de Aquel que quiso ser su eterna felicidad: «En verdad os digo que no os conozco».

Para una virgen condenada no habrá espada que le hiera tan dolorosamente, como estas palabras del que fue un día su Amado Esposo: «Ya no te conozco», y, como no te conozco, tampoco te

compadezco. La infeliz condenada, a donde quiera que vaya, hallará ante sus ojos esta terrible inscripción: «No te conozco».

Y gritará la infeliz: «Domine, Domine, aperi nobis», ¡Señor, Señor, ábreme! Y Jesús se hará el sordo o insensible: “No te conozco»

¡Oh, Jesús! ¿conoces a esta pobrecita aliada? A pesar de que me ves tan desfigurada por mis miserias sin cuento, sé que me conoces, pues eres el Pastor bueno que conoce a sus ovejas. Soy tu ovejita, ábreme la puerta de tu aprisco; hazme vivir sosteniendo la lámpara encendida con aceite legítimo de caridad, para que el día que llegue al festín sea admitida en las bodas eternas. Amén.

PUNTO TERCERO: «**Apártate de Mí...**»

La quinta esencia de todos los tormentos del infierno es esto: *ser apartado de Dios.*

Dios es el sumo bien, el absoluto bien, y el infierno es el sumo mal, mal sin mezcla de bien alguno. Ni una gota de agua para alivio tendrá el condenado; es afirmación terrible de Jesús. Por eso, el apartamiento de Dios en el infierno es absoluto.

Hermanita de la Alianza, la que lo dejó todo por Jesús, la que consagró a Él todos sus amores, la que conoció y, tal vez más o menos en los tiempos de fervor, experimentó su íntima felicidad ¡apartada de El!

Jesús, belleza, hermosura perfectísima; Jesús, bondad sin sombra alguna; Jesús, amor sin límites; Jesús, amigo el más entrañable; Jesús, esposo el más amante; Jesús, océano de todas las riquezas; Jesús, ideal de la vida a quien la hermanita juró amor y fidelidad constante, Jesús... ¡Jesús, perdido para siempre!

La hermanita condenada, virgen infiel en el inmenso vacío de su desgraciado corazón reconocerá la terrible necesidad de su Jesús, medirá la capacidad de su alma y verá que sólo Jesús pudo llenarla perfectamente y a la medida, y una sed devoradora de poseerle le lanzará hacia el objeto amado. Y Jesús el amigo traicionado, el Esposo ultrajado, volverá su rostro y le dirá: «Apártate de mí»... Ya no soy tu amigo, ya no eres mi esposa; te amé como nunca me amaste tú, fui tuyo, te escogí para Mí y me entregué a tu amor; fuiste infiel, me olvidaste; Yo también me he olvidado de ti, ya no soy tu felicidad, soy tu juez y tu tormento; ya no te quiero; apártate de Mí...

Y la infeliz hermanita eternamente e estará oyendo esta sentencia de Aquél que fue su ideal, su puro y virginal amor: «Apártate de Mí».

Hermanita, apártate del mundo, apártate de las malas amigas, apártate de los peligros y ocasiones, apártate de ti misma, de tus caprichos, egoísmos, vanidades, etc. ¡Apártate, apártate, apártate! Pero no te apartes de la Alianza a fin de que un día no seas apartada de Jesús.

II. Meditación de la tarde: NAZARET.

INTIMIDAD CON JESÚS

PUNTO PRIMERO: **Nazaret y la Alianza.**

La Alianza es un diseño de Nazaret, debe parecerse mucho a la vida de Nazaret.

Esencialmente puede decirse que la vida de la Alianza es la vida de Nazaret, con todas sus fases y todas sus manifestaciones. No hay apenas pormenor en Nazaret que no pueda copiar la Alianza. .

Hermanita, mira aquel primer «retiro» de la Alianza en Jesús por María y la hermosa y divina vida que allí se vive.

Fíjate y medita atentamente los rasgos siguientes:

a) *Vida oculta.*- ¡Qué hermoso y admirable es este detalle de la vida de Jesús y de María en Nazaret!

Jesús es Dios, infinitamente perfecto e infinitamente santo, y tanto oculta los resplandores de su Divinidad y de su Santidad, que a los treinta años de convivencia con los vecinos, no mereció de ellos otro calificativo elogioso que el de «Hijo del carpintero».

María, la Madre de Dios, la Inmaculada la llena de gracia, la Santísima, la que no tuvo ni tendrá otra igual ni semejante entre las mujeres, pasa por una de tantas mujercitas de Nazaret. En nada le han distinguido de demás los vecinos. «Toda la gloria de la Hija del Rey estuvo dentro... »

Así es, así deberá ser siempre la Alianza en el mundo. Y tú, Hermanita, en tu casa; en tu taller, en tu oficina oculta, así será, desconocida, desapercibida, oculta a los ojos del mundo: Sólo Jesús será testigo de los secretos íntimos que llevas en tu corazón,

b) *Vida sencilla.*- ¿En qué se han ocupado esos seres tan admirables y prodigiosos?

La vida doméstica, sin nada extraordinario. Las ocupaciones de un artesano muy modesto santificadas con elevación sobrenatural y rectísima intención y nada más.

Fuera de ratos íntimos que dedicarían a la oración, una vez cumplidas las obligaciones domésticas, nada hay de grande vida. Vida al compás de la vida que viven los demás en el pueblo; de suerte que nadie se da cuenta de ninguna otra cosa especial.

Vida sin complicaciones y sistemas excesivamente estudiados; nada de violencias, todo en ella es sencillo, natural,

corriente, propio del rango humilde de unos trabajadores que ganan su pan con el sudor de su frente.

¡Oh, hermanita! ¡Qué fácilmente podemos ser santos y perfectos! Para ello no se requieren sistemas complicados, cuyo estudio tal vez no entra en nuestra cabeza. En el hogar, en el taller, en la oficina, en la escuela, sin cambiar de postura, puedes ser santa. Como en el «retiro» de Nazaret: Jesús en el taller, María en la cocina, fueron santísimos. ..

c) *Vida retirada.*-Fuera de las pequeñas e ineludibles expansiones que habían de tener con los buenos vecinos, es retirada y silenciosa la vida de Nazaret.

María no sale, tampoco Jesús; su vida es vida de hogar. Cumplidos los deberes de su oficio, están deseosos de reunirse en el santuario de su casita; allí reina el silencio, el recogimiento, la paz.

¡Qué rasgo para una hermanita! Vivimos agitación vertiginosa; no sufrimos un momento de reposo y quietud, todo es movimiento y desplazamiento. Y, en medio de este nerviosismo, la aliada debe buscar con preferencia suma el silencio y la paz del retiro.

Cumpla sus deberes sociales, atienda a los compromisos de su oficio, carrera y apostolado, no se haga antipática por el demasiado retraimiento; pero corte rigurosamente todo exceso de agitación, movimiento externo, salidas sin motivo ni finalidad. Ame la hermanita recogimiento, la suavísima armonía del hogar de su «retiro».

d) *Vida de honestidad.*- ¡Qué atmósfera tan pura se respira en Nazaret!

Jesús, que se apacienta entre lirios hallado en la casita de aquel santo retiro el cielo en la tierra. Pobre en todo lo demás, es riquísimo en bienes sobrenaturales. No ha existido jamás en la tierra,

ni existirá en esta providencia, mansión ni hogar tan puro el de Nazaret. La virginidad puso allí su trono y en ese trono vive Dios.

¡Oh, hermanita! Sabe que el mundo es un inmenso lago, donde se bañan los lujuriosos y la Alianza es el arca donde la pureza virginal campea radiante; en ella se salvan las azucenas vivientes, entre las cuales vive y reina Jesús...

Hermanita, huye, aléjate del lago, entra y escóndete en el arca, y florece en gracia y pureza para regalar a tu Amado.

PUNTO SEGUNDO: **Intimidad con Jesús.**

El gran secreto de Nazaret es Jesús. Anonadado, disfrazado de obrero, vive en la más sublime intimidad, bajo un mismo techo, con una misma mesa, un mismo amor, ¡Jesús, el gran Emmanuel! ¡Soberano y sublime acercamiento de Jesús al hombre, para vivir una misma vida, en el mismo hogar!

Jesús y María viven la misma vida; José y Dios viven una misma vida, vida de un solo hogar, José y María trabajan al lado de Dios, junto a Dios, con Dios, en su misma labor se ocupan las manos del hombre y las manos de Dios. He ahí el secreto de Nazaret; la proximidad de Dios. Todo falta y todo sobra, porque Jesús lo llena todo, la riqueza divina suple con creces la pobreza humana, nada falta, porque allí está Jesús; en Él viven absortos María y José.

Jesús se da a María, María cuida a Jesús; así pasan los primeros años.

Jesús en todo necesita de María, en sus manos está, en su regazo purísimo, en su virginal pecho vive; escondido está Jesús, sólo vive María; ella trabaja, ella lava, ella cose ella guisa, ella da calor y sosiego.

María hará con Jesús los oficios de madre, de esclava y de esposa; Jesús nada hace, en todo deja hacer a María.

Así Jesús se da a la hermanita, se entrega a ella. En medio de la indiferencia y frialdad del mundo, quiere Jesús que la hermanita se ocupe de Él y haga, como María en Nazaret, los oficios de madre, con igual ternura; los oficios de *ancilla*, criada, con la misma solicitud y obediencia, los oficios de esposa, con la misma ternura, amor y fidelidad.

¡Oh, hermanita! Jesús se ha entregado a Alianza; en la Alianza quiere vivir como en la casita de Nazaret. Quiere que la Alianza le cuide, que la Alianza le defienda que a Alianza le consuele, que la Alianza le dé sus trabajos, sus ganancias, sus sudores, sus amores:

Y tú, ¿qué haces? .

Jesús cuida de María, María se ha entregado a Jesús. En el oscuro taller, trabaja Jesús para sustentar a su Madre; su jornal íntegro va a las manos de su Madre, Jesús paga a su Madre los servicios de su niñez y de su infancia. María todo lo espera y todo lo recibe de su Hijo.

Él la cuida, Él la defiende, Ella consuela, la asiste y la sustenta.

¡Qué bien está María a la sombra de Jesús! ¡Qué feliz se siente en la intimidad de su Hijo Dios! ¡qué unión, qué vida, qué cielo en la tierra!

Jesús cuida de la Alianza. La Alianza está en manos de Jesús. Jesús la protege, Jesús la sustenta, Jesús la dirige. La Alianza es la Obra amada de Jesús, inspirada por El; vive la vida que brota de su divino costado. Nada tiene de mundo, es de Jesús, es divina.

Hermanita amada, desde que ingresaste en la Obra, Jesús te mira con solicitud; al acercarte a la Obra, te acercaste a Jesús; Jesús te ha tomado a su cuidado, a su vigilancia. Su amor, su gracia, sus

méritos, sus predilecciones, su vida, su Eucaristía, su cuerpo, su alma, todo su ser son para ti.

La Alianza es su jardín regalado, que Él mismo cuida, riega, poda, y cultiva; tú eres una de sus flores regaladas, amada y preferida.

Déjate cuidar, entrégate a su acción bienhechora, ponte a su divina sombra, eres su escogida, y, si terrible ha de ser el oír «Apártate de Mí»... dulcísimo será oír su amorosa invitación a las bodas eternas con que un día en el cielo ha de consumir la intimidad que inició contigo en la Alianza su enamorado Corazón.

III. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada, ¿te asusta el infierno? ¿dejas, por miedo, de meditar en sus tormentos? Por miedo al infierno deja de pecar, pero no dejes de meditar...

O, tal vez, viceversa: ¿eres una de esas almas despreocupadas que vive, tranquila caminando al borde del abismo? ¿sabes que en el mundo, por desgracia, más almas caminan hoy para el infierno que para el cielo? ¿Sabes que son más las que van camino de su perdición que camino de su salvación? ¿por ventura eres del número de los escarmentados? ¿seguiste alguna vez el camino del infierno? ¿lo dejaste ya para siempre? ¿dejaste de veras? ¿te alejaste bien? ¿radicalmente? Y, con todo, ¿sabes y piensas que el condenarte es cosa posible? (Pausa).

¿Crees en el infierno, tal como nos lo describe la divina Escritura? ¿crees en toda su realidad? ¿sabes lo que es el infierno? ¿te has fijado en estos tres extremos del infierno: perder para siempre tu fin, ser expulsada de las bodas eternas, ser apartada de Jesús? ¿recuerdas que tu fin es Jesús? ¿recuerdas que Dios te crió para Sí y que a tu corazón no le sacia nada ni nadie fuera de tu Dios? ¿sabes

que tu corazón es un abismo que sólo puede llenar otro abismo de bien u otro abismo de mal? (Pausa).

¿Has meditado bien alguna vez la admirable parábola de las vírgenes prudentes y vírgenes fatuas? ¿Sabes que existen allí pinceladas divinas? ¿a cuál de los dos grupos perteneces? ¿a cuál te pareces? ¿has ponderado la gran insensatez de las vírgenes fatuas? ¿ves qué despreocupadas vivían y dormían? Crees que hay hoy muchas que siguen su conducta? ¿verdad que fue justísimo el divino Esposo al reprobarlas y dejarlas fuera del festín de las bodas al que estaban invitadas? (Pausa).

Hermanita, ¿te pareces en algo a estas vírgenes fatuas? ¿luce tu lámpara? ¿cuál es su luz? ¿llevas aceite de obras, de virtud, de amor? ¿es aceite refinado en el filtro de sacrificio, de la mortificación, de la rectitud e intención...? ¿o te contentas con la lámpara de la virginidad vacía sin luz ni aceite? ¿sabes que eso no te basta? ¿quieres seguir la suerte de aquellas infelices? ¿quieres verte fuera y con la puerta cerrada para siempre? ¿quieres oír aquella voz lejana del que fue tu Amado? No te conozco? (Pausa).

¿Ves ahí una imagen del infierno? ¡«Es tan horrible la figura de una virgen condenada que ya su Esposo no la conoce! ¡«En verdad que no te conozco!» Hermanita, ¿te conoce hoy Jesús? ¿estás como para ser conocida reconocida por Él? ¿te conoces tú misma: ¿estás satisfecha de ti?.. ¿eres virgen prudente? (Pausa).

¡Apártate de Mí! ¿será para ti está palabra? ¿la mereces hoy? ¿te apartas acaso de Jesús? ¿te alejas tú de Él? Al contrario, ¿te apartas de veras del mundo? ¿te acercas Jesús? ¿vives unida a Él? ¿sabes que Jesús no te apartará de Sí y de su amor, si primero tú no te apartas de Él y de su amor?

Y ¿qué haces, hermanita, para evitar infierno? ¿cuál es tu vida de hermanita?

¿Huyes de los caminos que llevan a perdición? Y, para ello, ¿es oculta tu vida? ¿vives desapercibida del mundo, como Jesús y María en Nazaret!

¿Haces que toda tu gloria radique en tu interior, de suerte que ni el demonio se dé cuenta de tu santidad? ¿es sencilla y sin aparato de exterioridad tu vida de hermanita? ¿eres humilde y sin ostentación, aun en las prácticas y ejercicios de piedad y de virtud?

¿Amas el retiro? ¿huyes del bullicio? ¿imitas la vida retirada y solitaria de María en Nazaret? ¿reina en torno tuyo el silencio, el recogimiento, la paz? ¿o es, acaso, agitada tu vida? ¿te mueves excesivamente y sin justo motivo? ¿eres aficionada a ruidosas exhibiciones, manifestaciones (aunque sean piadosas) y a inútiles desplazamientos? ¿te gusta exhibirte, aparecer, brillar? ¿quieres que el mundo te vea y vea tus obras de aparato, pero tal vez estériles y sin alma? (Pausa).

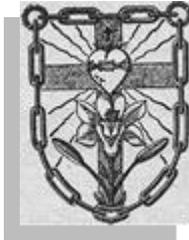
¿Es honesta tu vida? ¿sabes que el infierno está lleno de deshonestos? ¿sabes que aquel es, especialmente, morada de impuros, lugar de todas las impurezas? ¿amas tu pureza? ¿la guardas? ¿la defiendes? ¿la preservas? ¿la ocultas? ¿la cuidas, como la más bella y amada flor de tu ameno jardín? ¿huyes de los peligros de mancharla? ¿evitas hasta las más remotas ocasiones? ¿la pides a tu amado Esposo? ¿te escondes bajo purísimo manto de María? ¿tratas de imitarla?

Y, si el infierno es la ausencia, el apartamiento de Jesús, ¿procuras vivir ahora en la mayor intimidad con su Divino Corazón? ¿es sincera tu consagración a su amor? ¿es sin reservas e incondicional tu entrega?... ¿es su divina voluntad tu única ley en este mundo? (Pausa).

¿Estás y vives unida a Jesús? ¿es el amor sobrenatural el lazo de esta unión? ¿piensas en El? ¿recuerdas, miras, ves, sigues en todas partes a tu Amado, como María casa de Nazaret? ¿estás

dispuesta a perderlo todo, a dejarlo todo, a renunciar a todo, aun a lo más caro, lo más amado; antes que perderle?

Mira bien, hermanita amada, estos extremos, examínalos detenidamente con rigor al través de la oscura luz que dan las llamas del infierno... y resuelve.



MES DE MAYO

I. Meditación de la mañana: PECADO VENIAL

PUNTO PRIMERO: **El pecado de la aliada.**

¿No eres fervorosa acaso, hermanita amada? ,

Las almas piadosas que se dejan un tanto arrastrar de la flojedad y tibieza fácilmente sé dejan caer en frecuentes faltas veniales.

Si bien les asusta el pecado mortal, siquiera por las terribles consecuencias que acarrea, en cambio, casi se familiarizan con el pecado venial, cuya gravedad no la ven ni la meditan jamás.

La hermanita que no sigue a Jesús por amor, sino por egoísmo, no por ser Él quien es, sino porque Él es bueno para con ella, que se contenta con evitar las faltas graves, cuyo plan y disposición es no perder la amistad divina, a fin de poder gozar de sus bienes sobrenaturales, pero sin tratar de corresponder con generosidad y fineza a las finezas y generosidades de su amante Corazón, fácilmente irá cayendo en faltas voluntarias y deliberadas.

No detesta ella estas faltas, porque no am a Jesús intensamente, pues el amor nos obliga evitar aun las más insignificantes infidelidades para con el Amado.

La hermanita, en este plan, luego se deja arrastrar del ambiente, se derrama al exterior, porque es escasa su vida interior. Su pensamiento, al no estar unida a Dios, vuela, como la mariposa, se entretiene en cosas terrenas, sueña con bagatelas, se ocupa de

grandezas humanas, de bellezas fugaces, de empresas irrealizables, inverosímiles, incongruentes.

Le cuesta el silencio y habla lo que piensa, habla mucho, y será milagro que hable mucho y hable rectamente. Brotan de su lengua un sin fin de críticas, murmuraciones, quejas juicios, vanas conversaciones, ligerezas, chocarrerías...

Es un corazón derramado, y el corazón derramado se derrama por los ojos; su vista es inmortificada, lo curioseosa todo, mira a todo, sin medida y sin freno, de nada se priva...y ésta es otra fuente de faltas de recato, de modestia, de honestidad, hasta el extremo de ponerse alguna vez en gran peligro de empañar la bellísima flor de su angelical pureza. Y su enmienda es difícil, porque no admite la corrección fraterna, por caritativa que sea; el amor propio es vivo en ella, fácilmente se impacienta, su egoísmo nada sufre...

¡Qué triste y lamentable es el estado de esta hermanita! ¿Eres acaso tú como ella?

PUNTO SEGUNDO: La hermanita en público.

Si la aliada vive lejos del mundo, sus faltas e imperfecciones pasan desapercibidas a las Miradas de los hombres.

Si gana, para sí sola gana, y si pierde, nadie tomará cuenta de sus pérdidas. Ella responderá ante el Señor, pero la Obra de la Alianza no sufre menoscabo alguno en su alta estima y respeto, ante el público que la quisiera criticar.

Pero si la hermanita, al modo como viven inmensa mayoría de ellas, vive en público, actúa en público, ejerce su oficio y carrera o simple labor en público, al través de ella es mirada y examinada la Obra de la Alianza.

Una hermanita fervorosa, recogida, silenciosa, trabajadora, modesta, caritativa, servicial, cariñosa, delicada, a quien en nada malo ni imperfecto se le sorprende, a quien nadie puede argüir de pecado o de falta..., qué alta estima se conquista entre sus compañeras y vecinas! ¡cuánto edifica con su conducta! ¡cuánto convence y arrastra con su vida y ejemplo! ¡cuánto enaltece y sublima y acredita la Obra a que pertenece!

¡Qué bella, qué hermosa, qué grande, qué divina aparece la Alianza al través de su encantadora alma!...

Pero al contrario, una hermanita imperfecta, descuidada, floja, derramada, distraída, mundana, vanidosa, egoísta, impaciente, curiosa, ligera, locuaz, inmodesta,... a quien a cada instante se la sorprende en mil faltas... ¡qué pobre y ruin es la estima que se merece delante de los que la ven y la conocen! ¡cuán poco edifica con su vida y con su conducta! ¡qué poco favorece a la Alianza de que es miembro! Al contrario, ¡cuánto la rebaja y cómo, por ella, la critican y la desprecian, al través de su vida tan poco edificante, aquellos que tienen empeño en desacreditarla y humillarla!

¡Oh! ¡Pobre hermanita! El daño que con tu vida disipada y frívola te haces a ti redundando en desprestigio y daño de la Alianza a que perteneces. ¿Te has dado cuenta de ello?

PUNTO TERCERO: **Espinas entre lirios.**

El altar de María se ve este mes cuajado de bellas y fragantes flores. A nadie, por disida y frívola que sea, le ocurre mezclar punzantes espinas con las blancas azucenas en los ramilletes que ofrenda a María.

La Alianza no va a la zaga en estas sinceras y afectuosas ofrendas. Todas las hermanitas tejen ricos ramilletes de espirituales flores sus puros corazones.

¡Oh, Y qué bello es el lirio, aun entre las espinas! ¡Pero, cómo contrasta la espina en un ramillete de lirios!

La Alianza es llamada con razón jardín de lirios entre las espinas del mundo.

Una hermanita-lirio perfuma y embellece taller, su oficina, su hogar, su escuela, aun cuando la rodee un zarzal de espinas.

Pero una hermanita-espina..., que ni hermanita es, ni aliada de verdad, espina es muy punzante entre otras espinas, espina fea, aunque la rodeen mil azucenas, espina que afea el jardín de lirios fragantes donde se halla plantada, espina que desedifica y mortifica a los que a ella se acercan.

¡Oh, hermanita! En este florido mes de Mayo ¿eres tú, en el altar de María, lirio que perfuma y adorna y obsequia... o eres, al contrario quizá, espina que punza, que hierre, que afea y que ofende?

¿Eres, como edificante hermanita, lirio blanquísimo entre las espinas del mundo, o eres, más bien, antipática y repugnante espina entre los lirios de la Alianza?

Recógete, hermanita; entra en el puerto de tu corazón, medita bien estos contrastes, examina todos los repliegues de tu alma... y quiera Dios que no sorprendas largas y agudas espinas allí donde un día sembraste lirios...

¡Oh, mi Madre piadosa! Hazme la gracia de conocer y aborrecer todo pecado, por pequeño que sea, a fin de que mi corazón sea para Ti y para Jesús delicioso huerto de lirios y de azucenas. Amén.

II. Meditación de la tarde: UNA BELLA FLOR

PUNTO PRIMERO: **María, huerto cerrado.**

Desde el primer instante de su concepción, Dios ha preservado a María de toda mancha original. Creó el Señor un huerto misterioso y lo cercó, para que nunca jamás el enemigo pudiese sembrar cizaña en él.

Huerto cerrado es María Y. su tierra fertilísima es limpia e inmaculada desde el principio de su ser.

Esta tierra ha sido abonada sin tasa ni medida con la divina y santificante gracia tierra santa, llena de gracia, en la cual trabaja, como divino y celestial Hortelano, el mismo Espíritu Santo.

Huerto fecundo, huerto abonado prodigiosamente, huerto labrado por el divino Hortelano, huerto cerrado y defendido de toda clase de enemigos es, pues, María.

Hermanita amada; tal vez desde el bautismo, acaso más tarde, Dios ha preparado en ti otro huerto regalado.

Por lo menos, desde que entraste en la Alianza, eres también tú un pequeño huerto cerrado, abonado con gracias celestiales, con lluvias del cielo, y cultivado y defendido, como María, por aquel divino Huésped de las vírgenes, el Santo Espíritu.

Vocación única y maravillosa fue la de María. El Hijo de Dios, bella flor del campo y lirio de los valles, había de nacer en los desiertos arenales del mundo; y era menester que el Creador preparara un pequeño oasis de tierra fecunda; eso fue María.

Bien pudo saludar el Ángel en el instante de fecundar el divino Espíritu aquella tierra virginal: *Ave, gratia plena*. Salve, la llena de gracia.

¡Oh, hermanita amada! Si la Alianza es un jardín en los arenales secos y estériles de este mundo baldío y agotado, ¿no es cierto que tú eres una partecita de esa tierra, oasis fresco, regado por el rocío de la gracia divina, y fecundada por el divino Hortelano con la virtud del Altísimo?

¿Te das cuenta de esta divina predilección? ¿Has pensado y meditado detenidamente en esta rara, especial y altísima vocación?

El mundo es un desierto seco y estéril... y tú, hermanita amada, eres un pequeño oasis de tierra fecunda, limpia y rica.

¿Sabes que, con las debidas salvedades, puedes tú aplicarte las celestiales palabras del Ángel: «*Ave, gratia plena... Dominus tecum... benedicta tu...?*»

PUNTO SEGUNDO: **Planta virginal.**

Lo mismo que *huerto cerrado*, llamase también a María *planta virginal...*

En la inmensa espesura de zarzas y malezas en que se ha convertido la tierra entera, Dios puso una planta, traída de los viveros del Cielo.

En esta planta todo era extraordinario; rodeada de maravillas en su concepción, nacida en tierra estéril, por virtud especialísima de Dios, regada desde el primer instante de su ser por lluvias sobrenaturales, cultivada con soberana exquisitez por el divino Hortelano.

Esta planta en su admirable desarrollo nunca tuvo retroceso, creció con magnífica lozanía, nunca fue azotada por vientos ni

huracanes, ni deshojada por hielos y escarchas, ni picada por malos insectos, ni maltratada por las bestias de la selva ni golpeada o tronchada por hombres enemigos.

Siempre, en todos los tiempos y en todas las épocas, igual en invierno que en verano, en Nazaret que en el templo, en Belén que en Egipto, en Betania que en el Calvario, fue bella, frondosa, vistosa y exuberante.

Su vida procede de una savia divina que circula por todo su ser y exhala en torno la más pura esencia de virginidad.

Hermanita amada; en el místico huerto de la Alianza, tú eres una planta virginal que Dios, por un nuevo prodigio de su amor, ha querido plantar.

En el espeso zarzal inmundo, guarida e sierpes venenosas, que no otra cosa es el mundo de nuestros días, el divino Hortelano hace brotar prodigiosamente, ahí, en tierra estéril, tiernas plantas, cuya lozanía es un verdadero prodigio.

Azotadas, sí, por el huracán de las pasiones malas, rodeadas por la escarcha y el hielo de almas frías, tentadas y molestadas por las fieras del infierno y perseguidas, tal vez, por hombres enemigos de su vida... viven, no obstante, y crecen y se desarrollan con admirable exuberancia espiritual.

Lo cual sólo se explica, porque en ellas, la savia vital que circula es abundantísima y divina, y es el mismo Espíritu Santo el misterioso Hortelano que las cuida y cultiva.

¿Has caído en la cuenta, Hermanita amada, de esta sublime predilección? ...

PUNTO TERCERO: Bella flor.

De una tierra tan privilegiada, fértil y fecunda y de una planta tan escogida y lozana, había de brotar necesariamente una bella flor.

Esta flor no ha tenido ni tendrá otra igual a ella; no es brote de los jardines de este mundo; en los pensiles del Cielo tiene su origen, y es tanta su blancura, su fragancia y su belleza, que, a su lado, las más peregrinas azucenas y lirios ni tienen blancura, ni fragancia, ni hermosura.

Tan luciente es su blancura que, en noche cerrada y oscura del mes de Diciembre, brilla y resplandece, como el sol, y su fragancia es tanta que deja perfumada y embalsamada una miserable estancia de bestias, y tal es su belleza que sólo ella basta para trocar en encantado paraíso la más dismantelada choza.

Flor maravillosa que nace en Belén, que crece escondida en Nazaret, que, aromatiza y embalsama los valles y las montañas de Judea y que, al ser tronchada en la cima del Calvario, derrama su esencia divina en el cáliz de la redención.

¡Es Jesús! ¡Flor de María! ¡Fruto de la santa virginidad!

También es Jesús la bella flor de la hermanita de la Alianza, fruto de su angelical virginidad,

Cierto, hermanita amada; si tú eres, como has meditado, el pequeño oasis de los arenales de este desierto, si eres la escogida planta virginal, cultivada con tanto esmero y cariño por el divino jardinero, el Santo Espíritu, es evidente que la bella flor que ella produce debe ser Jesús y sólo Jesús.

Un alma terrena sólo da tierra; un alma sensual crea la corrupción; del corazón avaro y ambicioso brotan punzantes espinas; de la inocencia sin mancha nacen fragantes azucenas, y su amor puro y virginal produce a Jesús.

¡Oh, sí! Jesús es, Jesús debe ser siempre la bella flor de la Aliada; Jesús, el único fruto adorado de su virginal y amante corazón.

Hermanita amada, entra dentro de ti, reflexiona, medita seriamente y ve los frutos que produce tu alma.

Por los frutos que das conocerás si eres o no una verdadera y perfecta hermanita de la Alianza.

III. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada, he aquí una pregunta de la que dependen todas las demás de este examen: ¿eres o no un alma fervorosa? Si no eres alma fervorosa, fácilmente caerás en faltas veniales.

Fíjate bien; ¿eres, en efecto, una de esas almas que, si bien se asustan del pecado mortal fácilmente, se familiarizan con faltas leves? ¿es ya costumbre en ti? ¿y tal vez más que una costumbre? (Pausa).

¿Te detienes, siquiera alguna vez, en considerar la gravedad del pecado venial? ¿vives en la creencia de que el pecado venial es cosa muy ligera y leve y, por tanto, de muy poca importancia? ¿sabes que el pecado, aunque sea venial, es decir, perdonable y hasta, en orden al pecado mortal, cosa leve, no lo es considerado en sí mismo y en orden a Dios: ¿crees que el pecado venial no ofende Dios? Te equivocas, hermanita, y máximo cuando quien lo comete es un alma consagrada a su amor. (Pausa).

¿Te contentas con evitar las faltas graves y, a lo más, aquellas faltas veniales, cuya malicia es manifiesta y cuya gravedad anda tal vez cerca de la falta grave? ¿conoces acaso, el límite de las unas y de las otras? ¿por ventura tu plan se reduce a no perder la amistad divina? ¿eres tan ruin? O, más bien, ¿te empeñas en corresponder con fineza y generosidad a la generosidad y fineza de Jesús? (Pausa).

¿Sabes que la hermanita nunca será buena hermanita, si no trata con todo su interés de evitar toda falta deliberada, por venial: y leve que sea? ¿Sabes que esto te lo exige fin, tu condición y misión especial de aliada?

Si así no fuera ¿en qué te distinguirías de esa legión de almas vulgares, frívolas, imperfectas y de piedad falsificada? ¿qué gloria recibirá Jesús de una hermanita cargada de agraces y afeada cada día con miserias deliberadas? (Pausa).

¿Te examinas con seriedad, con severidad, con rigor? ¿tomas cuenta a tu alma todos los días, de tus pensamientos, de tus juicios, de tus afectos, de tus palabras, de tus acciones? ¿estudias con detención tus obras? ¿miras cómo las haces, con qué intención, con qué fin? ¿cómo andan tus sentidos? ¿examinas bien lo que ven esos ojos, lo que escuchan esos oídos, lo que habla esa lengua, lo que discurre esa cabeza, lo que ama ese corazón? ¿sabes que eres una máquina, que siempre está en movimiento y siempre produce? ¿Qué produce? (Pausa)

Fíjate, hermanita amada, en un detalle, en el que tal vez no has reparado hasta ahora.

Ya sabes que la hermanita, casi siempre, vive en público. Una religiosa, en general, no es mirada tanto por el mundo como lo es una aliada. Ahora bien, ¿cuál es tu vida, tu conducta ante las miradas del mundo? ¿sabes que la Alianza en Jesús por María, a los ojos del mundo que la censura y la crítica, no es lo que es su Reglamento, sino lo que son las aliadas? ¿cuál es la Alianza al través de tu vida? ¿qué concepto formarán de la Obra los que te conocen a ti y conocen tus obras ¿sabes que una hermanita imperfecta desacredita a la Alianza y una hermanita edificante la sublima y enaltece?

Con tu conducta, ¿gana o pierde la Alianza? ¿ves en este detalle cómo hasta los pecados veniales son trascendentales para la Alianza? (Pausa).

Y mira otro detalle. La Alianza es un jardín de azucenas; azucenas entre espinas las hermanitas entre las almas frívolas, azucenas son la mayor gloria de María en su mes de Mayo. Pues bien, hermanita amado, cargada tu de pecados veniales, ¿serás azucena o, más bien, serás espina? Adornarás el altar de María o lo afejarás?

Míralo, bien: ¡Oh hermanita-azucena o hermanita-espina! Una u otra, no hay otro término.

Vuelvo a preguntarte: ¿eres tú en el altar de María lirio que perfuma o eres espina que punza? ¿eres azucena entre las espinas de este corrompido mundo... o eres espina entre los lirios de la Alianza en Jesús por María? (pausa)

Ponte al lado de María y vuelve a examinar tus pequeños pecados y defectos.

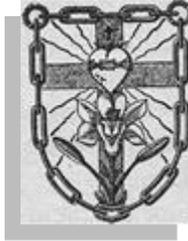
María es la Inmaculada, la preservada de toda mancha desde su concepción. Dios crió una maravilla y tenía que ser sin mancilla; vocación de esta Criatura era: ser Madre de Jesús; su corazón, oasis virginal en los arenales del mundo. También tu vocación, hermanita amada, es oasis virginal en los arenales de este mundo sensual, para ser relicario de Dios... ¿Cabe ahí mancha alguna? ¿cabe ahí pacto con el pecado, por pequeño y leve que sea? ¿tú, hermanita amada, huerto cerrado y cuidado con exquisitez por el divino jardinero, y, ahí dentro, espinas y cardos?(Pausa).

Más aún. Lo mismo que María, en el místico jardín de la Alianza eres bella planta virginal... ¿te esmeras en cuidarla? ¿la defiendes de todo peligro? ¿la proteges contra el viento, contra el frío, contra las aguas, hasta contra los insectos, contra los gusanos? (Pausa).

Y ¿sabes que esa planta tiene una flor, como la tuvo María? ¿sabes que esa flor, que se fruto de María, fue Jesús? ¿sabes que la

flor de una aliada es Jesús? ¿Jesús el fruto de su angelical virginidad?

*¿Es así tu flor? ¿es así tu fruto? ¿produces a Jesús?
¿produces espinas?*



MES DE JUNIO

I. Meditación de la mañana: SOBRE LA MUERTE

PUNTO PRIMERO: **Muerte de una que «fue» hermanita.**

Por desgracia, no todas las que ingresaron en la Alianza perseveran en ella. Muchas, que abrazaron con entusiasmo la vida completa de esta Obra, sin más razón ni motivo que el peso de su reglamento, le volvieron las espaldas y se fueron.

Algunas de éstas han fallecido y otras fallecerán también.

Fíjate, hermanita amada, en una cualquiera de ellas, horas antes de expirar, postrada en su lecho, revolviendo en su mente los pormenores de toda su vida.

Fue hermanita. Esto sólo basta para creer que esta alma tuvo un momento feliz en que Jesús la escogió, la llamó y la colmó de gracias especiales, que acompañaron a esta vocación o llamamiento.

Ella conoció esta predilección, escuchó el llamamiento divino, sintió la fuerza del influjo de aquellas gracias y, a su impulso y correspondiendo con generosidad a ellas, abrazó entonces una vida nueva y santa.

Y discurriendo sobre ello dirá, poco más o menos, lo siguiente: «Aquella vida era *mi* vida, vida que yo bebía sin que nunca se agotase su fuente divina; vida que nunca hubiera podido ser destruida por la muerte, porque mi vida era Jesús. Pero la inconstancia se apoderó de mi alma, me cansé en el camino estrecho que me marcaba el reglamento de la Obra, vivía muy atada... ¿por qué no ser un poco más indulgente con las exigencias de la edad...? Vino la tentación junto con la primera ocasión, escuché la voz halagadora del enemigo que me ofrecía caminos fáciles y ventajosos para mí y... *me fui con él*. ¡Oh, locura de mis años! ¡Oh, insensatez de mi cabeza ligera!

«Ya de espaldas a la Alianza, a la que no quería recordar , y muy de cara al mundo, en el que disfrutaba de sus encantos, he vivido contenta y despreocupada hasta que, cuando menos lo pensaba, me ha sorprendido mi última hora»

«Desde este lecho mortal, luchando con mi enfermedad, miro y veo de muy distinta manera el panorama de mi vida fugaz .Veo los años (pocos por desgracia) en que fui hermanita de la Alianza... ¡Era buena, fervorosa, piadosa...; era modesta, recatada, pura...; era sencilla, recogida, humilde...; era fiel, observante, amante de Jesús...

¡Oh, si hubiera perseverado hasta hoy, qué distinta fuera mi muerte y mi cuenta!»

«Pero en hora mala lo dejé todo... ¿por qué? ¡por una nada...! Desde entonces, viví los años estériles y vacíos. Sin fervor, sin piedad sólida, indulgente con mis pasiones y con las libertades del mundo, manchada de liviandades, sin amor, con un corazón agotado en locas y vanas atracciones del siglo... ¡Oh, infeliz de mí! Lo que dejé está muy lejos de mí; lo que abracé se me acaba con la vida.»

«¡Fui hermanita y de nada me ha valido el serlo!;He sido mundana; nada me sirve para esta hora!...»

¡Oh, hermanita amada! Eres hoy hermanita por una especial gracia del Señor; ¡que lo seas también de verdad a la hora de la muerte.

**PUNTO SEGUNDO: Muerte de una hermanita
que no debiera serlo.**

También hay en la Alianza (no muchas por la gran misericordia de Dios) hermanitas, que sería mucho mejor no lo fueran. Son aquéllas que han tomado la Alianza, muy superficialmente, por una de tantas cofradías o asociaciones; y cogen de la Obra lo que a su comodidad y gusto cuadra, dejando lo demás como cosa impertinente o excesiva.

Mira, hermanita amada, la muerte de una de estas hermanitas de solo nombre.

Suponiendo que el Señor en su misericordia le otorgue tiempo y hora, en su lecho de muerte pensará y juzgará con rigor, a la luz de esa vela que arde a su cabecera, lo que tantas veces pensó, juzgó y rechazó como cosa liviana o exagerada. ¡Qué distinto es el juicio de ahora! ¡Qué distinta es la Alianza al través de esa vela bendita que luce!

«Aquellas hermanitas, que antes me parecían ridículas y excesivamente rígidas, ahora las veo perfectas y... las envidio...»

«Comparo, con amargura de mi corazón, la piedad de ellas y la mía... la modestia, el candor, la pureza de ellas y la mía..., el fervor, el celo, el amor de ellas y el mío. ¡Oh, qué confusión!...»

«¡Ellas son las verdaderas aliadas!... ¡Yo, en cambio, he sido aliada de nombre! ¿qué me aprovecha el nombre ante aquel Juez que ha dicho: «No todo el que dice: «Señor, Señor», entrará en el reino de los Cielos?»»

«En el registro de la Obra está mi nombre; pero yo no he escrito ni grabado en mi corazón su reglamento; yo no he vivido la vida de la Alianza... ; ¿para qué me sirve el nombre?»

«Conocí el triple lema: pureza, amor, sacrificio; pero lo miré siempre como una bonita poesía, como una pura fantasía, como un adorno de la Obra, que la embellece y la acredita... nunca pensé en llevarlo a la práctica. ¡Era tan difícil! ¡Soy aliada; pero nada de aliada veo en mí-¡oh dolor!-y vaya morir!...»

«Mientras he vivido con las verdaderas hermanitas, he disimulado mi vida de hermanita, lo mismo que disimulaban la suya aquellas vírgenes fatuas, viviendo entre las prudentes, trampeando, llenando los boletines con verdades a medias, si ya no con verdaderas mentiras, excusando mi asistencia a los retiros sin motivo justificado... ¡La muerte nos arranca y nos separa! Ellas no me acompañan, voy sola y quedo en descubierto ante el Divino Esposo. ¡Qué vergüenza, qué confusión!»

«Y no hay remedio; pues ya no hay tiempo para mí. .. ¡Oh, sí me fuera dado comenzar de nuevo! ¡Oh muerte! ¿por qué vienes tan pronto?»

«Déjame vivir... y seré hermanita de verdad».

¡Oh, hermanita amada! Ese tiempo lo tienes tú; no lo dejes perder, ahora que lo tienes a mano.

PUNTO TERCERO: Muerte de una hermanita de verdad.

Gracias a Dios, hermanitas de verdad son la inmensa mayoría de las que hoy figuran en la Obra de la Alianza.

Hermanita de verdad eres (así lo creo y quiero) tú que me lees y meditas esta tremenda verdad.

A ti misma, pues, hermanita amada, te y vas contemplar en este tercer punto, puesta en el último trance de tu vida.

Imagínate aquel modesto cuarto que, según tu posición social y como ejemplar aliada, te corresponde y ocupas en tu casa, aquellos muebles, aquella cama, aquellos objetos de tu uso, etc.

Postrada en aquel lecho, grave, pero resignada y tranquila, esperando la hora marcada en los eternos designios de tu Dios; asistida con solicitud por los tuyos y visitada de tu confesor y de tus hermanitas. ¡Oh, las hermanitas! ¡ahora si que son para ti hermanitas de verdad!

En los ratos en que te dejan sola, te recoges, entras dentro de ti y miras tu vida: «Mi niñez, acaso en la Escuela de Jesús..., mi juventud... ¡Feliz el día en que ingresé en la Alianza! ¡tantos años en esta bendita Obra, jardín de azucenas! ¡tantos años alejada del mundo y de espaldas a él!

«La Alianza me ha defendido del mal, la Alianza me ha librado de los peligros y ocasiones; la Alianza me ha arrancado de las seducciones de un mundo engañoso. ¡Oh, cuánto debo a la Alianza!»

«La Alianza me ha enseñado a recogerme, a orar, a tratar con mi Dios; a conocer a Jesús, a sentir y a gozar las dulzuras de su amor. La Alianza ha defendido mi honestidad, mi modestia, mi pureza. He pasado la vida en medio de un siglo corrompido, y no me he manchado; en el desierto ha sido mi vida y soy lirio. ¡Oh! ¡gracias a la Alianza, soy casta, soy virgen, soy esposa de mi Jesús!»

«El fervor y el ejemplo de mis hermanitas, la solicitud y los cuidados de mis Directores, la senda trazada por mi reglamento, el ambiente respirado en aquel rincón de mi «retiro»... todo, todo me ha ayudado, protegido y guiado por el camino de mi salvación...

»Dejo al mundo, pero nada me cuesta, pues no soy de él. Voy a Jesús, pero no le temo, pues soy suya. De hermanita ha sido mi

vida, hermanita soy al fin de mi jornada, hermanita seré eternamente con mis hermanitas en el cielo. ¡Oh, qué dicha!...»

Así han hablado en su lecho de muerte las hermanitas, que, siendo hermanitas de verdad, han dado su último paso a la eternidad.

Así hablarás tú, hermanita amada, no lo dudes, así hablarás, si, al sorprenderte la muerte; tienes la dicha de llevar *dignamente* entonces el nombre de verdadera y perfecta hermanita.

Sea esta la gracia especialísima que el Sagrado Corazón te conceda en este su devoto mes.

II. Meditación de la tarde: JESÚS ANUNCIA LA EUCARISTÍA

PUNTO PRIMERO: **Acto supremo de amor.**

La prueba de amor más grande, más sublime, la prueba única y exclusiva de Jesús, es la institución de la Eucaristía. La Eucaristía, dice Santo Tomás, es el más grande de todos los Misterios del

Salvador. La Eucaristía, dice en otra parte, es el supremo don de su amor, en ella se da todo cuanto tiene y todo cuanto es. En la Eucaristía, dice el Concilio de Trento, Jesucristo agotó todas las riquezas de su amor a los hombres. Es el último límite de su omnipotencia y de su bondad, repite Santo Tomás.

Veamos, hermanita amada, la sublime escena en que Jesús, bastante antes de realizarlo anuncia y revela a su pueblo este acto supremo de su amor.

Es una Sinagoga de Cafarnaúm, en donde se ha congregado una gran muchedumbre de gentes, que el día anterior habían comido el pan milagroso en el desierto, y que, tal vez, buscaban de nuevo

aquel milagroso pan. Jesús aprovecha esta ocasión para revelar el Pan Eucarístico, con que iba a nutrir a sus hijos en los siglos venideros.

«Pan de Dios, comenzó diciendo, es aquél que ha descendido del cielo y da la vida al mundo. Dijéronle ellos: Señor, danos siempre ese pan. Jesús respondió: Yo soy el pan de vida; el que viene a Mí no tendrá hambre... Los judíos comenzaron a murmurar, porque había dicho: Yo soy el pan vivo, que he venido del cielo... Jesús insistió: Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, a fin de que quien comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo; quien comiere de esté pan vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi misma carne, para la vida del mundo... En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del hijo del hombre no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora y yo en él. Así como el Padre, que me ha enviado, vive y yo vivo por el Padre: así quien me come, también él vivirá por Mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. No como vuestros padres, que comieron el maná y no obstante murieron. Quien come este pan vivirá eternamente. Estas cosas dijo Jesús...» (S. Juan, VI).

Hermanita amada, repasa y admira esta doctrina. Jesús ha hablado aquí como verdadero Maestro, que quiere a todo trance grabar su lección en el corazón de sus discípulos.

Repite las palabras, las vuelve a repetir; las cambia de forma y modo, a fin de hacerlas más inteligibles; no sale de ellas para que no se confundan sus ideas. La verdad que explica, el secreto que revela es grande, sublime, insólito, estupendo...; y lo explica con insistencia casi *machacona*. Nada de bonitas formas, nada de elegantes maneras, con la mayor sencillez, casi *ramplona*; así era el auditorio, (aquél y nosotros); lo que quiere es que entendamos lo que dice.

¿Lo entiendes tú, hermanita amada?

PUNTO SEGUNDO: Cuatro verdades sublimes.

Fíjate, hermanita amada, en cuatro verdades, que de manera especial se dejan ver en esta sublime *expansión de Jesús*.

1ª *Yo soy pan*. He aquí el primer paso portentoso en este gran portento de su amor: Convertirse El en pan. ¡Yo soy pan!

Saborea, hermanita, estas palabras. ¡Yo soy pan! ¡Jesús es pan! Ya no se contenta con hacerse hombre, para que le veamos, le adoremos, le oigamos. Tampoco con hacerse niño pequeño, para que se le coja en los brazos, se le estreche, se le abrace, se le bese. Es mucho más, se nos acerca más, se une más, se nos entra, se hace pan para ser comido, para transformarse El en nosotros y nosotros en El. «Exinanivit». Aquí sí que viene casi a aniquilarse, se derrite, se deshace, haciéndose pan. «Yo soy pan».

2ª *Yo soy pan vivo; pan de vida...*

Jesús es pan; pero ese pan es Jesús; no deja de ser Jesús para ser pan, y ese pan no es pan de trigo; es pan-Jesús; Jesús hecho comida; pero Jesús real, Jesús vivo, Jesús fuente de vida, de vida divina, vida de Dios ; quien come ese pan, come a Jesús, come a vida, recibe la vida, recibe en su misma fuente la vida divina, vida del alma, alma del alma: Jesús; Jesús mora en ella y ella en El y *ella vive de Él*.

3ª *El que come este pan vivirá eternamente.*

Los que comieron el maná, murieron... El que come este maná celestial no morirá eternamente; porque «quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día», Nuestra vida eterna está en Jesús y nuestra vida eterna es la vida eterna de Jesús; «Así como yo vivo por mi Padre... así quien me come vivirá por Mí de mi propia vida...»

¡Oh, hermanita! Aunque la muerte te arrebatase la vida mortal, si tu alma come este pan de vida, Jesús, vivirás eternamente.

4ª *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.*

Para vivir hay que comer, y para vivir vida divina hay que tomar alimento divino; para vivir de Jesús hay que comer a Jesús; así lo quiere El, a eso ha llegado su infinita caridad.

La única muerte, muerte que alcanza al alma, la que a todo trance debemos de evitar, es la que proviene de no comer este pan de Vida. Por eso, hay en nuestros días tantos espiritualmente muertos, que no se dan cuenta de su desgracia, por sentir ellos muy lozana la otra vida, la vida corporal, la vida mortal.

¡Oh, hermanita! Siendo tú toda de Jesús, tu vida debe ser la que emana de Jesús, hasta transformarte en El. ¡Con cuánto esmero, diligencia y afán deberás acercarte a esta única fuente de vida, que es el mismo Jesús, pan de vida! ¿Lo haces? ¿cómo lo haces?

PUNTO TERCERO: La ingratitud de los oyentes.

Había revelado Jesús el secreto más grandioso e inefable de su amor que guardaba en su amoroso Corazón, para realizarlo a su tiempo.

Parece que ya no le cabía en su pecho divino y, antes de que llegara la hora de verificarlo, se adelantó a descubrirlo, en cuanto para ello se le presentó una oportunidad. Y lo hizo con ternura de padre, que muestra su amor a sus hijos.

Una explosión de alegría, de gozo, de agradecimiento, de gratitud, de amor, salidos del fondo de aquellos corazones que le escuchaban atónitos, debiera en justicia coronar aquella divina escena verdaderamente grande, magnífica; ¡tan extraordinaria era la gracia que Jesús prometía a aquellas gentes!

Pues ¡qué desengaño, qué desilusión tan amarga se llevaría el divino Maestro, cuan vio que de la muchedumbre fría e insensible unos comenzaban a murmurar, otros se escandalizaban, aquéllos, volviéndole las espaldas comenzaban a desfilar, dejándole con la palabra en la boca, *solo* con sus doce amigos! ¡Con cuánta razón repetiría entonces las palabras que en otra ocasión dirigió a la Samaritana «¡Si conocieras el don de Dios!» (S. Juan, IV)

Demasiado carnales eran aquellas gentes para poder comprender el secreto maravilloso de aquel su divino misterio, que por vez primera se les revelaba.

Y lo mismo que ellos, al través de los siglos, han sido y son hoy la inmensa mayoría de los que se dicen seguidores de Cristo y de su Evangelio, demasiado aficionados a la piedad sensible y poco dispuestos a entender el *espíritu* y la *vida* de las divinas palabras.

¡Oh, si éstos conocieran en su grandeza este sublime don de Dios! ¡No viéramos tan solitarios los Sagrarios y tan vacías las Sagradas Mesas, donde generoso y hasta pródigo sigue distribuyendo su divino pan de Vida aquel celestial Maestro!

¡Qué dolor, hermanita amada! ¡Jesús loco de amor! «¿Estás loco, Señor?», dice un santo, porque Jesús sigue en las sinagogas del Nuevo Testamento, revelando su secreto a los hambrientos del pan milagroso, y ellos, demasiado materiales y *carnales*, no entienden las palabras de espíritu y de vida eterna que salen de la doca del Señor, y, volviéndole las espaldas, se van en busca de bellotas entre las bestias que apacientan en su incomprensible ceguera.

¡Qué nuevo desengaño para el amante Corazón de Jesús!

«Pero hay entre vosotros, decíales Jesús, algunos que no creen. Ya sabía Jesús, advierte San Juan, desde un principio, quiénes eran los que no creían». (S. Juan, VI).

La falta de fe principalmente era, pues, el pecado de aquellas gentes. Y la falta de fe es hoy también el gran pecado de los

creyentes. Esta terrible paradoja, unida a la vida de carne y de sensualidad, es la causa de que estén solitarios los Sagrarios y vacías las mesas de Comunión y hambrientos los corazones de las muchedumbres.

Llora, hermanita amada, la desventura de tantas almas indiferentes y de tan escasa fe; pide al Señor con vehemencia por ellos y trabaja con celo para que vuelvan todas a alimentarse del divino pan de Vida.

PUNTO CUARTO: Jesús en busca de consuelo.

Al verse in comprendido y despreciado de la muchedumbre, que se iba alejando de Él, Jesús, con el corazón terriblemente amargado y como buscando algún alivio a su dolor, volvióse a sus amados discípulos, que entristecidos le miraban, y les dijo: «¿También vosotros queréis marchar?»

¡Qué amargura revelan estas palabras mi amada hermanita. Mi amada hermanita! Repítelas en silencio en el fondo de tu alma: ¡¡También vosotros...!!

¿Y acaso no se repiten, por desgracia miles de veces hoy, en el fondo de nuestros Sagrarios solitarios y abandonados?

Jesús, fracasado en sus planes y en sus amores, despreciado y abandonado de sus hijos, que, dándole las espaldas, se alejaron de Él, se vuelve otras tantas veces a sus amados discípulos y, en su falta, a sus hijas regaladas y predilectas, diciéndoles: «¿También vosotras os queréis marchar?»

Hermanita amada: cuando solita oras y lloras junto a tu solitario Sagrario, cuando sola o con escasa compañía te arrodillas en el comulgatorio, ¿no sientes acaso en el fondo de tu alma esa angustiada voz de tu Maestro, que te dice con dolor: ¿También tú te quieres marchar?

Simón Pedro, testigo de aquel desprecio con que el pueblo acababa de rechazar la grandiosa revelación de su Maestro, penetrando, por otra parte, el alcance de las palabras que Jesús les dirigía y herido en lo más íntimo de su noble y ardiente corazón, respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna: y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios». (S. Juan, VI).

¡Magnífica confesión! ¡Sublime acto de desagravio! ¡Qué consuelo para Jesús! Ante la ruindad de aquellas gentes, Pedro ofrece a su amado Maestro su gran acto de amor y de fidelidad. ¡Cómo endulzaría esto al Corazón de Jesús!

¡Oh, hermanita amada! ¿Y no habrá en cada puerta de nuestros Sagrarios y en cada grada de los comulgatorios un alma fervorosa y noble, como Simón Pedro, para responder con el mismo fervor a la amarga queja del Señor?

¿Tardará en llegar, Señor, el día suspirado en que la Alianza en Jesús. por María, extendida y derramada por todo el mundo y presente ante los miles de Tabernáculos solitarios y comulgatorios vacíos, pueda recoger, con el mismo sentimiento que Pedro, las angustiosas quejas de tu corazón y responder con amor: «Señor, nosotras hemos *creído* y *conocido* que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios; que Tú estás aquí en cada Sagrario, convertido en pan de Vida, para comunicarnos tu vida divina y eterna, de la que sólo queremos nosotras vivir ... Señor, ¿a quién iremos?... Váyanse en hora mala los que ni creen ni conocen el misterio amoroso de tu presencia real... Tú, Señor, tienes palabras de vida eterna; nosotras las queremos cumplir.

Hermanita amada: ¿ves ahí tu especial misión? ¿es ésta la disposición de tu alma virginal? ¿eres como Simón Pedro? ¿*conoces*...? ¿*Amas*...? ¿te quedas...?

III. Punto de examen especial para este mes

Hermanita amada: ¿Conoces a fondo el gran misterio de la Eucaristía? ¿has estudiado bien las diferentes y determinadas verdades que se refieren a este dogma consolador? ¿tienes ideas claras, concisas, concretas sobre la real presencia, sobre el modo, sobre los efectos, sobre la vida, sobre la influencia, etc., de Jesús en la Eucaristía?

¿Meditas sobre las tiernísimas escenas de la revelación e institución de este misterio en Cafarnaúm y en el Cenáculo? ¿sabes medir los contrastes enormes entre el amor de Jesús y la ingratitud de los hombres, desde entonces, al través de los siglos, hasta hoy? (Pausa).

¿Asistes con piedad, devoción y recogimiento al Santo Sacrificio de la Misa? ¿Sabes que allí el centro de la Eucaristía-Víctima? ¿Te abismas en el momento soberano en que el sacerdote, replegándose sobre sí y tomando una hostia de pan, con cuatro breves palabras abre los cielos y obliga al Hijo de Dios a descender a sus manos y a tu corazón? ¿Sabes que esto, en expresión de muchos Padres de la Iglesia, es una nueva Encarnación, que renueva Jesús para ti con la misma ternura y amor que la primera? ¿sabes que Jesús viene a buscarte en tu pueblo, por pequeño que sea, en tu parroquia, por reducida y pobre que sea, en tu capilla, por pequeña y escondida que sea; ¿le buscas tú? ¿le sales al encuentro? (Pausa).

¿Sabes lo que es una Sagrario ocupado? ¿crees que aquella celda humilde está ocupada por tu Jesús? ¿te das cuenta de esta inefable verdad? ¿Jesús trocando, en cierto sentido, su trono de gloria por una pequeña y oscura celda en el altar, por tu amo! ¿lo comprendes?

¿Jesús en el Sagrario! ¿lo piensas bien? ¿te recuerdas de Él? ¿está siempre en tu mente, en tu corazón? ¿corres a Él? ¿estás con Él? ¿absorta en El? ¿le quieres allí) ¿le amas? (Pausa).

¿Conoces sus tristes soledades? ¿no se parece a un amante frustrado? ¿cómo las oyes? ¿qué impresión te causan; ¿vives en su compañía? ¿le consuelas; ¿le desagravias? ¿sabes que esa es tu misión en tu pueblo, en tu parroquia? ¿sabes que para eso eres hermanita virgen aliada? ¿sabes que la Alianza se ha fraguado junto a un Sagrario abandonado? ¿sabes que en la Alianza todo se dirige a Él, todo termina en El? (Pausa).

¿Sabes que Jesús es pan vivo, pan de vida? ¿has escuchado su amorosa invitación a su mesa divina? ¿sabes que en esa mesa su Carne verdaderamente es comida su Sangre verdaderamente es bebida? ¿sabes que la hermanita no puede vivir sin esa comida y sin esa bebida? ¿no ves cómo muchas almas viven muertas, porque se han olvidado de comer este pan de vida? ¿cómo vivirá la Alianza y la hermanita su vida dioxina, si no come este pan que ha bajado del Cielo? ¿lo comes tú? ¿comulgas? (Pausa).

¿Cómo comulgas? ¿te has fijado en que Roma no ha querido que sea de obligación la santa Comunión en la Alianza? ¿sabes por qué? ¿no será, entre otras razones, para que tu Comunión sea más espontanea, más libre, de intención más elevada, es decir, para que comulgues, no por fuerza y por deber, sino a impulsos del corazón, sólo por amor? ¿comulgas así? ¿te empuja el amor? ¿por ventura comulgas por rutina, por costumbre, casi por moda, por ser bien vista, porque digan bien de ti, por interés, por egoísmo? ¿eres tan ruin? (Pausa).

¿Sabes que eres hermanita y que la hermanita debe comulgar bien? ¿qué disposiciones llevas? ¿tienes fe? ¿la avivas? ¿la ejercitas? ¿la sientes? ¿oras con fervor? ¿llamas a tu Madre la Virgen Purísima? ¿te recoges? ¿te abstraes de todo lo exterior? ¿entras dentro de ti y dentro de Él? ¿te preparas así? ¿dedicas a ello tiempo especial, aunque sea breve? ¿Vas) como el ciervo a la fuente,

piadosa, ansiosa, pura, ardiendo en llamas, modesta, recatada, ejemplar, como una virgen, como un ángel? (Pausa).

¡Has comulgado! ¡Jesús y tú sois uno! ¡qué maravilla! ¿y después? ¿qué haces después hermanita amada? ¿qué pasa en ti? ¿que sientes? ¿se cumple en realidad la palabra de Jesús: «¿En Mí mora y yo en El?» ¿te das cuenta de que Jesús está en ti, en tu en tu corazón, en tu ser? ¿y estás tú en El? ¿toda en El? ¿sólo en El? ¿te esfuerzas, te unes, te abismas, te abrazas, con, con piedad, con amor? (Pausa).

¿Das las gracias? ¿cómo las das? ¿dedicas un buen rato, según el tiempo de que dispones? ¿sabes agradecer tanto bien? ¿aprovechas esa hora para hablar íntimamente con Jesús? ¿le hablas, no sólo con la lengua, sino con el corazón? ¿qué le dices? ¿formulismos rutinarios nada más? ¿por qué no algo tuyo, muy tuyo, como tú lo sientes y como tú lo sabes decir? ¿cómo a un padre, cómo al amigo, cómo al esposo...? (Pausa).

¿Qué le das? ¿eres ruin? ¿te guardas algo? ¿te das generosa tú misma? ¿te das toda e incondicionalmente? ¿te consagras a su Corazón? ¿qué le pides? ¿cómo pides? ¿pides por tu alma, por otras almas, por tus hermanitas, por la Alianza? (Pausa).

¿Sabes que también Él tiene que hablar? ¿conoces las íntimas hablas de Jesús? ¿sabes callar a tiempo? ¿eres demasiado charlatana y no le das tiempo a Él? ¿le escuchas? ¿oyes su voz? ¿le distingues? ¿qué te dice? ¿te asusta su voz? ¿te acobarda? ¿temes su llamamiento? ¿lo sigues? ¿te haces sorda? ¿huyes, como Jonás? (Pausa).

¿Te consume el celo por la Eucaristía? ¿eres su incansable apóstol? ¿lo eres primero con tu ejemplo? ¿influyes entre tus compañeras de taller, de oficina, de escuela? ¿Instruyes a los niños? ¿te ofreces a los sacerdotes? ¿preparas a los niños a la Primera Comunión? ¿los acompañas a comulgar? ¿los llevas a la bendición, a la visita de la tarde? ¿les hablas de Jesús-Hostia, de sus ternuras, e

sus caricias, de sus amores? ¿haces esta labor muy especialmente con las niñas de la Escuela de Jesús? ¿Estará Jesús satisfecho de ti? ¿estás tú satisfecha y tranquila, cuando estás en su presencia? ¿qué te dice tu corazón?



MES DE JULIO

I. Meditación de la mañana: JUICIO PARTICULAR

PUNTO PRIMERO: **La hermanita ante sí misma.**

El paso terrible, que ha hecho temblar hasta a los más grandes santos, ha sido siempre el paso del tiempo a la eternidad. Toda alma que tiene conciencia de haber ofendido a Dios, tiene que ser torturada con la incertidumbre de su salvación.

El pensamiento consolador de la infinita misericordia y bondad del Señor suele quedar nublado y velado con el otro pensamiento de la grandeza y terribilidad de su inexorable justicia. Los dos atributos son igualmente sin medida, eternos en el Señor. Si a un ladrón le alcanza la misericordia y se salva, al otro le alcanza la justicia y se pierde.

Pero esta hora, principalmente, es la hora de la justicia, y la justicia rodeará y envolverá entonces a la pobre hermanita. Este será su más apurado trance.

Considera, pues, hermanita amada, el instante aquel en que, apagada la luz de tus ojos a la vida presente, una nueva luz, el resplandor de la divina santidad, te sorprenda; pasaste las fronteras de la vida, ya estás en la eternidad, e iluminada con aquella divina luz, la primera cosa que has de ver será tu propia alma. ¡Oh! ¡cómo la verás!

Si en la vida fuiste del número de esas hermanitas, que, por condescender con sus habituales caprichos y pasioncillas, nunca quisieron sondear los íntimos secretos de ella y la miraron más bien de pasada y superficialmente... ¡qué susto! ¡qué estupor! ¡qué sorpresa!

La verás al través de aquella claridad divina, sin sombras ni nubes; y verás en ella tu vida toda; verás todo el bien y todo el mal, lo grande y lo pequeño; lo que pudiste y debiste hacer, y lo dejaste pasar como cosa de poca monta.

Verás los detalles más insignificantes; verás acciones, palabras, pensamientos, intenciones... Verás lo que hiciste en oculto y lo que hiciste en público... Lo que hiciste cuando niña, lo que hiciste cuando joven, lo que hiciste antes de ser hermanita y lo que hiciste después... Verás, ponderarás, considerarás, examinarás sin errar un ápice, con criterio cierto, seguro, divino.

Verás y juzgarás... El primer juicio lo tendrás tú misma con tu alma; y juzgarás con verdad, rectamente, ¡¡¡exactamente!!! ... Y, en conformidad con ese juicio, tú misma te dictarás tu misma sentencia sin equivocación alguna: «¡Me he salvado... !» « ¡Me he perdido!»

¡Oh, hermanita amada! júzgate ahora con severidad; no admitas condescendencias con tus pasiones; no seas indulgente con cosas al parecer pequeñas; sé rigurosa...

Examina a menudo tus obras y haz juicio verdadero, sin recurrir a paliativos, excusas y salvo-conductos, que no han de valerte allí.

Tú eres el primer juez aquí y allí; tú dictarás la primera sentencia.

Hazte ahora justicia inexorable... y te salvarás allí...

PUNTO SEGUNDO: La hermanita ante Jesús.

En aquel mismo instante y en medio de aquel resplandor divino, aparecerá la silueta de tu divino juez. ¡Qué espanto para la hermanita descuidada! ¡qué vergüenza, si por desdicha, lleva manchada la blanca vestidura que de Él recibió, en sus amorosos desposorios, en el día de su consagración! ¡Oh! ¡cómo entonces destacará aún más su gran miseria ante la infinita santidad de Jesús-juez! ¡Qué contrastes ha de ver la pobre hermanita!

Lo que en su alma creyó era virtud de modestia, no lo será, puesta al lado de la exquisita y delicada modestia de Jesús.

La misma pureza, de la que hizo profesión e día solemne, no será *pura* ante la infinita pureza del Señor. Su humildad, su caridad, su paciencia, su mansedumbre pasarán, como si no fueran, al lado de las que resplandecen en su Dios y Señor. Su amor será una mentira, una ficción, un fuego fatuo, ante las llamas en que ha de ver envuelto aquel divino Corazón.

En una palabra; ante los resplandores e santidad de Jesús-Juez, ¿dónde irá a parar la suya que ella, en su insensatez, creyó tal vez la mayor y la primera entre las hermanitas?

¡Pobre hermanita! La infeliz, mirándose en aquel espejo soberano del divino rostro iluminada de su Dios, sentirá como asco y repugnancia de sí misma; y, en expresión de San Bernardo: preferirá estar en el infierno; que sufrir la presencia de la divina Santidad.

Ella, pues, volverá contra sí misma el juicio y la sentencia, que su propia conciencia se los ha de grabar con caracteres indelebles.

Y tú, hermanita, que esto meditas, ¿Qué dirás entonces? ¿qué dirías hoy, si hoy fuese contigo este trance?

Frente a ese divino espejo, ¿cómo aparecen tu pureza, tu amor, tu sacrificio, tu humildad, tu paciencia, tu caridad, tu mansedumbre...?

¿En qué espejo te miras? ¿te contentas, por ventura, con mirarte y seguir la conducta de las más imperfectas, o, por el contrario, procuras mirarte siempre en las hermanitas más edificantes y observantes ? ¿en María-Virgen ...? ¿en el mismo Jesús ?

PUNTO TERCERO: **Jesús ante la hermanita.**

Aquél será, hermanita amada, el momento que reinará la sola y plena justicia de Dios Para justificar tu sentencia, Jesús es constituido juez. Pero vendrá revestido de su justicia sin misericordia. Recto y justo es su juicio y no hay obsequios que aminoren su rigor. El grabará en tu alma su acusación, contra la que no queda apelación alguna.

«En aquel día escrudinaré Jerusalén con la lámpara de mi juicio» dice por Job; purgará a los hijos de Leví y los colocará en su cedazo», dice por el profeta Malaquías; «cuando yo tome mi tiempo, juzgaré las justicias», añade David. Y por fin, dice San Anselmo que de una simple mirada se nos pedirá cuenta...

Allí, ante la hermanita, Jesús hará oír su voz acusadora; ¿qué dirá?

«Desde el principio he tenido contigo una especial predilección... Cuando todavía no existías, fuiste elegida por mi divino Corazón. Continué dedicándote mis predilecciones, cuando todavía tú no sabías lo que era fidelidad y amor...»

«Te seguí con incomprensible bondad, cuando tu comenzabas a distraerte y entretenerte con las criaturas, a las que te ibas cada vez aficionando más...»

«A pesar de verte inclinada y entregada a locas vanidades y corriendo por la senda de la disipación y de peligrosos pasatiempos, no aparté de ti mi Corazón, antes, al contrario, como Buen Pastor, te salí al encuentro, te llamé con insistentes silbidos, te arrojé el manto de mi misericordia, te arranqué del abismo a que, ciega y engañada, corrías; y, por pura bondad de mi Corazón, sin más mérito tuyo que tus grandes ingratitudes, te traje a mi amoroso redil»

«Más aún; yo hice que me conocieras en circunstancias providenciales, que ahora debes recordar; sentiste la paz de mi amistad, los encantos de la piedad, las dulzuras de mi amor; y entonces, fervorosa y generosa... me juraste fidelidad.»

«Y más todavía; Yo, en el exceso de mi divina caridad, inspiré, para ti y para otras como tú, una obra que te protegiera en el mundo. ¡La Alianza!... Sí, la Alianza vino al mundo y te abrió sus puertas. Allí renunciaste al mundo y a todas sus vanidades, .dándote del todo a Mí, a mi servicio, a mi amor.»

«Y Yo, cada vez más generoso contigo, lavé tus manchas pasadas, he bañado con mi sangre y regado con el rocío de mi gracia tu pobrecita alma; te la he enriquecido con dotes sobrenaturales y gratuitos, y, ataviándola con las preseas y ricas joyas de mi tesoro, te he desposado conmigo.»

«¿Qué más'? Esposa mía has sido hasta la muerte y como a esposa amada y regalada te he tratado. He volcado sobre el tuyo mi divino Corazón, magnánimo siempre, y de sus infinitas riquezas has participado hasta el presente.»

«Mira, hija y esposa mía, mira bien lo que fui, cuando tú todavía no eras, y lo que he sido después que fuiste y durante todos los años de tu vida. Mira, si puedes, los torrentes de mis misericordias, de mis auxilios, de mis luces, de mis bondades, de mis amores... que se desbordaron de mi Corazón sobre el tuyo. Y,

entrando dentro de ti misma, examina bien tu correspondencia y tu aprovechamiento... Júzgalo todo serenamente y manda a tu conciencia iluminada y libre que dicte la sentencia que en justicia merezcas».

¡Oh, hermanita amada! He ahí un pequeño bosquejo de lo que será tu juicio en el instante de tu muerte. No es un sueño, es un paso real que has de dar. Dime, ¿cuál sería hoy tu suerte? ¿Qué juicio y qué sentencia te dictaría hoy tu conciencia?

Toma para rumiarla durante el día de hoy esta divina sentencia (Eccle. XV): «Antes, del Juicio hazte justicia», o aquello, de San Bernardo: «Quiero ir al juicio después de juzgado, y no para ser juzgado ».

II. Meditación de la tarde: EL HIJO PRÓDIGO

PUNTO PRIMERO: **Alegre salida del hijo.**

Soledad dolorosa del padre.

Hermanita amada: En la primera meditación de este día de retiro has considerado el *juicio sin misericordia*, severo y riguroso, del Señor.

Conviene que en esta segunda meditación veas los rasgos sublimes de su dulcísima misericordia, sobreponiéndose, en cierto modo, a la justicia; a fin de que veas claro lo que es tu Jesús-aquí y lo que será allí y sepas conquistar ahora a tiempo su divino Corazón.

Es el mismo Jesús quien en esta parábola describe, con divinas pinceladas, las inagotables magnificencias y ternuras de su corazón de Padre.

a) Un padre, dice (y es Él este padre) tenía dos hijos y el más joven se cansó de estar bajo la amorosa tutela de tan buen padre y queriendo vivir muy independiente y por su propia cuenta, exigióle un día la parte de su herencia con descaro inaudito.

¡Gran disgusto y dolor amargo fue aquello para tan buen Padre!

«¿Qué locura es esta, hijo mío? ¿Qué te falta en casa de tu padre? ¿acaso no son para ti todos los mimos del hogar? ¿dónde mejor y más seguro y tranquilo, que bajo la tutela de tu padre?»

El hijo, sordo a las dulces amonestaciones del padre, sigue firme en su descabellada resolución: «Dame la parte de la herencia que me toca».

Después de agotar todos los recursos que su corazón supo sugerirle, el padre tuvo que resignarse a cumplir la loca pretensión del hijo y dividió su hacienda.

Satisfecho el hijo, insensible a las lágrimas de su padre que lloraba de dolor, despreocupado y arrogante, abandona en mala hora la pacífica casa paterna. «Profectus est...» Se fue...

Época es ésta, hermanita amada, en que estas escenas se repiten, con contrastes quizás más fuertes entre el dolor del padre y la insensibilidad de los hijos.

Hijas mimadas en la casa paterna son esas almas piadosas, regaladas dulcemente en el divino pecho, que, a la voz de las engañosas atracciones del mundo, vuelven sus espaldas a Jesús y se van a gozar de independencia y libertad.

¡Cuántas hermanitas, en mala hora, abandonan la casa paterna de la Alianza, dejando sumido en dolor al más amoroso de los Padres, Cristo Jesús...!

b) El hijo, distanciándose cada día más y huyendo de las miradas y hasta de los recuerdos de su padre, llegó a parar por fin en una región muy lejana y allí comenzó una vida de alegrías, de placeres, de libertad. Y resultado de esta lejanía y de esta vida de aturdimiento, fue el olvidarse pronto de su casa y de sus santas costumbres y hasta de su propio padre.

El dinero fácilmente pudo granjearle amigos y diversiones, y en este plan para nada echó de menos las ternuras paternas del hogar.

Al contrario, vivía tranquilo, despreocupado y muy satisfecho en el festín de todas las alegrías.

Así son, hermanita amada, los principios de la vida alegre del mundo, lejos de Dios.

c) Pero ¿y el padre del hijo pródigo? ¡Pobre anciano!

La casa quedó triste y tristísimo su dueño. En el pueblo se notó la ausencia del joven, que los suyos disimularon en un principio con cualquier excusa: un viaje, una visita a parientes, etc.

Pero ya luego se hablaría de una salida violenta, de una calaverada, de una fuga escandalosa del hijo... y un poco más tarde el dardo de la deshonra vino a herir mortalmente el corazón de aquel honrado y venerable padre, que lloraba desconsolado tanta desgracia en la soledad de su casa.

¡Qué contraste! El hijo gozaba, el padre lloraba: el hijo vivía derrochando su herencia lejos olvida de su amoroso padre; el padre, ocultando su humillación...vergüenza en la soledad, sufría terrible martirio en su corazón, recordando día y noche la suerte desventurada de su hijo. ¡Qué padre! ¡qué corazón!

¡Oh, hermanita! ¡Cuántas almas pródigas viven alegres en el olvido de Jesús! ¡Jesús, desde el Sagrario, sigue sus culpables pisadas, compadeciéndolas y ofreciendo a su Padre Eterno por ellas la sangre redentora de sus venas! ¡Qué Padre! ¡Qué Jesús...!

PUNTO SEGUNDO: **En la desgracia, despierta el hijo.-
El padre sueña con la vuelta del hijo.**

a) Llegó a su fin la felicidad del hijo.

Derrochada su hacienda y manchada su honra, pronto le abandonaron sus camaradas. Perdió todo, quedó solo, cubierto de miseria y de hambre.

Faltóle el pan y se puso a guardar vil ganado a las órdenes de un duro señor. Allí disputaba con los puercos unas despreciables mondaduras, él que fue hijo de una opulenta casa.

Su infeliz corazón, en vergonzoso descenso, agotado y marchito, tocó el fondo del abismo... y despertó; abrió los ojos a la realidad que palpaba, miróse, vio su terrible miseria y se asustó de sí mismo y, en los repliegues vacíos de su corazón, buscó un recuerdo, el recuerdo del hogar perdido, el recuerdo de un padre ofendido, deshonrado, martirizado. Y herido de un dardo-¡dardo divino!-y sintiendo sacudirse bruscamente sus últimas fibras, exclamó: «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre viven con pan de sobra y yo aquí me muero de hambre!-

¡Oh, hermanita amada! Verdadera y real historia de muchas almas que, después de perderlo todo: Dios, cielo, hogar, alma, virtud, fama y hasta el nombre, atormentadas por el hambre de nuevas alegrías y nuevos goces, han llegado a descender hasta llegar al abismo. En la más abyecta esclavitud del demonio y de sus fieras pasiones, han abierto los ojos, han mirado su miseria, han sentido horror y vergüenza de sí mismas y, heridas por el dardo del remordimiento y el toque de la divina misericordia, han buscado un recuerdo, el recuerdo del bien perdido, el recuerdo, tal vez, de la Alianza perdida ...

b) Entre tanto, el venerable padre, agotado por las penas, vivía bajo la tortura de su humillante deshonra por el continuo pensamiento de su desdichado hijo perdido.

Tal vez los vecinos trataban de aliviárselas, aconsejándole echase en olvido a aquel mal hijo, ya que, después de todo, su indignísima conducta no merecía otra cosa que olvido y desprecio.

Pero el padre no podrá dejar de serlo, tenía corazón de padre bueno y bondadoso; soñaba con el hijo, soñaba en su vuelta, y todos los días salía a un lugar alto, desde donde su mirada alcanzaba a ver de lejos los caminos que su hijo llevó y por los que creía había de volver.

¡Qué padre, hermanita amada...! ¡Qué Jesús...! ¡El verdadero y auténtico Padre, que, así espera día y noche en el fondo de los Sagrarios a tantos hijos e hijas, que se fueron de la casa paterna...!

¿Será posible que te haya esperado a ti alguna vez? ¿Por ventura sabes que todavía te espera? ¿Es cierto que no has vuelto aún del todo y decididamente a tu casa paterna de la Alianza, a los brazos de tu padre? ¿Cuándo lo vas a hacer?

**PUNTO TERCERO: Confesión del hijo.-Perdón del Padre.-
Fiesta del regreso.**

En la desgracia ha comprendido el hijo pródigo su propia desventura. Ve un inmenso caos entre su vida y la de los jornaleros de su casa. No es fácil tomar la determinación que su miserable estado le sugiere: ¿Volver a casa? ¿pero cómo? ¿Qué cuenta dará de la herencia que dilapidó, si no tiene apenas más que unos harapos, que no le llegan a cubrir su vergonzosa desnudez? ¡Qué horror! ¿así, a su casa?...

Pero... ¡mi padre! ¡mi padre era bueno! ¡yo sé que era bueno, que me quería, que me amaba, que me mimaba...! ¿Habrá cambiado?...»

«Surgam» ¡Arriba! ... Y se levanta; alza su mirada lánguida, y rompe a llorar con el corazón oprimido, al contemplar allá, muy lejos, la región dulce y pacífica que abandonó un día fatal,.. ¡Maldito sea aquel día...!

El recuerdo de la bondad de su padre le reanima... ¡Iré a mi padre...! ¡a mi padre... ! ¡mi padre es bueno! ¡Oh, sí, es bueno! ¡Yo soy un hijo miserable! ¡mi padre tendrá misericordia! y abandonó el ganado y dejó aquella región, teatro de sus locas aventuras y tristes desventuras. Y por jornadas, mendigando, maldecido de la gentes, desfigurado, macilento, más muerto que vivo... llegó hasta muy cerca de su casa. Alzó su mirada, repasó su confesión humilde y contrita y esperó, porque su padre...

¡Oh! ¡el padre! El padre, que en su triste atalaya le esperaba todos los días, «viole cuando todavía estaba lejos», y, al través de aquella harapienta figura de mendigo, reconoció al hijo,.. ¡mi hijo! «y se conmovió» y se enterneció de misericordia y de amor y de gozo, y, con los brazos abiertos, anticipándole el perdón, corrió a su encuentro y cayó sobre su cuello y le dio mil besos, al tiempo que doblaba sus rodillas el hijo arrepentido: «Padre mío ... yo he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo ... »

Pero el padre, estrechándole contra su corazón y no dejándole acabar su humilde confesión, dio esta orden a sus criados: «Pronto, aquí, el mejor vestido, el calzado, el anillo, coged un ternero bien cebado, matadlo enseguida; y hagamos fiesta todos, porque este mi hijo está muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado.

¡Oh, hermanita amada! He aquí un padre ideal, un padre bueno, un padre todo misericordioso y todo amor.

Y este padre es Jesús, Jesús bueno, Jesús misericordia, Jesús Amor. El, El mismo nos representado, en esta imagen, las entrañas compasivas de su amante Corazón.

Pero, hermanita, tú tal vez recordarás otra escena; escena histórica, real, más cercana a ti, más tuya. Tú estás, acaso, viendo en tu propia historia algo... algo, que tú misma... ¡ay!

Y ¡qué bueno fue allí tu Jesús para ti! quitó los harapos con que llegaste a sus pies, te lavó y te bañó con su sangre redentora, te vistió de blanco y de púrpura, te calzó y llegó en su inmensa misericordia a poner en tus dedos un nuevo anillo de esposa ..

« ¡Oh, Jesús! ¡qué ingrata fui yo contigo! ¡qué bueno fuiste conmigo!»

Mira, hermanita, míralo bien y termina este día de retiro, poniendo juntos a aquel Jesús, que un día ha de ser tu severo juez, y a este Jesús, que hoy es tu buen padre y esposo amado.

Y para que entonces aquel juez sea al mismo tiempo Esposo y Padre, sé tú ahora su buena hija y su esposa fiel.

III. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: ¡Oh, si todos los días examinaras como te examinarán un día, iluminada por los resplandores de la divina Santidad, cuando estés en su soberana presencia, al lado de tu propio cadáver, todavía caliente!

Oh, si vieras ahora todo lo que verás entonces, en el espejo reluciente del iluminado rostro de Jesús, tu juez!

Siquiera te detuvieras un rato cada día. Con la diligencia, empeño, atención, profundidad, con que se examinó el hijo pródigo al despertar en el fondo de aquella sima tan baja y tan profunda, a donde vino a caer ciegamente!

Veamos, hermanita amada, la diligencia con que procedes en este importante ejercicio, que, como hermanita aliada, es uno de los principales de tu boletín.

Dime, pues: ¿te examinas todos los días? ¿sabes distinguir el examen particular y el general? ¿los tomas por mero formulismo? ¿sabes cómo se practican estos dos exámenes? ¿lo preguntas si no lo sabes? ¿consultas las anotaciones de San Ignacio de Loyola u otros autores? (Pausa)

¿Practicas el examen particular, aun cuando tal vez no se te exija como acto obligatorio? ¿propones a la mañana, como fruto de tu oración, el punto especial sobre el que debes llevar tu examen particular? ¿consultas con tu confesor o director espiritual la materia que debe ser preferida en cada tiempo y circunstancias?

¿propones el debido empeño en esto? ¿conoces para ello tus flacos, que merecen vigilancia especial y examen constante? ¿tomas cuenta a tu alma al mediodía y a la noche sobre esta materia particular? (Pausa).

¿Haces tu examen general todas las noches? ¿Cómo te examinas? ¿examinas tu interior, que necesita tanto o más que tu exterior? ¿examinas tus pensamientos, tus intenciones, tus juicios, tus cabildeos, opiniones o meras sospechas, los movimientos íntimos de tu alma, los afectos más secretos y profundos de tu corazón? ¿sabes cómo andan tus sentidos? ¿los vigilas? ¿les pides cuentas, uno por uno? ¿examinas lo que ven tus ojos, lo que oyen tus oídos, lo que habla tu lengua, lo que gustas y lo que palpas? (Pausa).

¿Cuáles son tus obras? ¿conoces tus deberes? ¿sabes a lo que te obliga tu oficio, tu carrera, tu empleo? ¿examinas cada una de tus acciones? ¿sabes que también hay faltas por omisión? ¿dejas o descuidas fácilmente alguna de tus obligaciones? ¿Pasas de ligero todo esto? (Pausa).

¿Te vuelves con humildad a tu Dios? ¿muestras arrepentimiento? ¿te dueles? ¿detestas tus faltas? ¿las lloras de veras? ¿quieres sinceramente corregirte? ¿propones con seriedad la enmienda? ¿es sólo un golpe de pecho estéril y sin resolución? (Pausa).

¿Cómo opinas de ti? ¿qué juicio formas de ti y de tu vida? ¿te juzgas ahora, como te juzgarás un día en la presencia de tu Juez? ¿Eres rigurosa y severa contigo te perdonas fácilmente? ¿buscas razones en tu propia defensa? ¿te miras con preferencia por el lado bueno que tienes? ¿cubres a tu propia conciencia tal vez faltas culpables? ¿te formas a una conciencia ancha, floja y de conveniencia? (Pausa).

¿Eres sincera con tu confesor? ¿le abres bien, francamente, tu alma? ¿le pones tus cosas llanas y sin distinguos, claras y sin rodeos, ni subterfugios, ni vanas excusas? (Pausa).

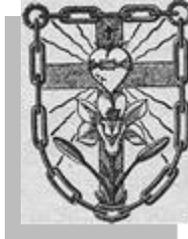
¿Es verdadera, íntegra, sincera tu confesión? ¿dices con humildad u sencillez? ¿cómo son todas tus faltas? ¿quieres y procuras a todo, trance que te entienda tu confesor? ¿por el contrario, andas trampeando con él? ¿quieres que te tenga por buena y santa y no tal como eres? ¿te dejas llevar del amor propio y no te abres cuando es menester? ¿Eres suficiente en tus confesiones, tímida, tal vez vergonzosa? ¿se parecen o no tus confesiones a la del hijo pródigo con su padre? ¿son tan humildes, tan francas, tan sinceras, tan arrepentidas, tan confiadas? (Pausa).

¿Eres excesivamente confiada? ¿Abusas de la bondad divina, para aflojar en su servicio? ¿sabes que no es razón que Él sea bueno, para que tú seas tibia o mala? ¿Eres, por el contrario, desconfiada? ¿Temes demasiado a Dios? ¿te fijas excesivamente en su severidad? ¿andas siempre de miedo, con temores infundados, preocupada y escrupulosa? ¿sabes que el remedio está en la total sumisión y obediencia a tu confesor? (Pausa).

¿Por qué no tomas a Jesús, tal como Él es y cómo Él quiere que le consideres, a saber un Jesús completo? ¿Sabes que Jesús es Jesús-Dios y que, como Dios, es grande, de Majestad infinita, perfectísimo, Santísimo, Justísimo, que es tu Soberano, tu Dueño, tu Señor, tu Rey, tu Juez? ¿Pero, al mismo tiempo, sabes que es Dios-Jesús Y que, como Jesús, es muy humano, muy pequeño, muy asequible, muy hermano, muy padre, muy esposo, todo bondad Y

toda misericordia? ¿no sabes que, si así le consideras, ni aflojarás en su servicio ni temerás demasiado su justicia?

No olvides, pues, hermanita amada: Él es tu Dios-Juez Y Él es tu Dios-Esposo y Padre. Equilibra bien estos dos extremos Y te basta.



MES DE AGOSTO

I. Meditación de la mañana: LA RESURRECCIÓN GENERAL

PUNTO PRIMERO: **Fe en la resurrección.**

Hermanita amada: Dogma de fe trascendentalismo y quizás el que mueve más al hombre a enderezar sus pasos en la presente vida hacia su feliz destino, es éste de la resurrección de la carne, como lo confesamos todos los días en el Credo,

Este fue el gran argumento de San Pablo en la evangelización de los gentiles: «Si Cristo no ha resucitado, decía él, vana e inútil es nuestra religión...Pero a la verdad, Cristo ha resucitado, como primicias de los muertos... y nosotros con El resucitaremos...»

¡Oh, hermanita amada! Comienza esta gran meditación, avivando con todo tu esfuerzo la fe en esta terrible, para ti consoladora, *verdad* de la resurrección; para lo cual repite con suma atención el texto íntegro del gran Apóstol: «Así como por un hombre vino la muerte, por un hombre (Cristo) debe venir también la resurrección de los muertos, Como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Cada uno en su orden: Cristo el primero; después, los que son de Cristo y que han creído en su venida... Pero ¿de qué manera resucitarán los muertos?, me dirá alguno. ¡Necio!; lo que tú siembras no recibe vida si primero no muere. Y, al sembrar, no siembra: el cuerpo de la planta, que ha de nacer, sino el grano desnudo, verbigracia, de trigo... y Dios le da el

cuerpo, según quiere ... Así sucederá también en la resurrección de los muertos. El cuerpo, a manera de una semilla, es puesto en la tierra en estado de corrupción y resucitará incorruptible. Es sembrado un cuerpo todo disforme y resucitará glorioso. Es sembrado un cuerpo privado de movimiento y resucitará lleno de vigor. Es sembrado un cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual. .. El primer hombre, hecho de la tierra, es terreno, el segundo, (Cristo) venido del cielo, es celestial...

Y mirad, hermanos, aquí un misterio: Todos en verdad resucitaremos; pero no todo seremos mudados (o transformados)...

En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la trompeta, porque ha de sonar la trompeta..., los muertos resucitarán en un estado incorruptible y nosotros seremos inmutados. Porque es necesario que esto corruptible sea revestido de incorruptibilidad y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad... y entonces se cumplirá la palabra escrita: «La muerte ha sido absorbida por una victoria...» ¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu victoria? ...) (Epist. 1 a los Corintios).

Hasta aquí las palabras de San Pablo, las cuales, bien meditadas, te darán, hermanita amada, como fruto y conclusión, una fervorosa profesión de fe, tomando, como aquel Patriarca, una mano con la otra y diciendo las solemnes e imponentes palabras del santo Job (Cap. XX, v. 23-27): «¡Quién me diera que mis palabras se imprimieran en un libro con punzón de hierro o en plancha de plomo o que con cincel se grabaran en pedernal! Pues yo sé que vive mi Redentor y que en el último día he de resucitar de la tierra; y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré a mi Dios, a quien he de ver yo mismo y no otro: ésta mi esperanza está depositada en mi pecho...»

Con punzón de agudísima fe queden grabadas en la plancha de tu corazón, en el pedernal de tu firme voluntad, estas preciosas palabras del santo de Hus... «et in aeternum non peccabis...» hermanita, jamás caerás en pecado.

PUNTO SEGUNDO: **Resucitarán para la «muerte».** (*San Juan, c. V*).

¡Oh, hermanita amada! Pido a mi piadosísimo Jesús que no sea ésta tu resurrección, ni haya en la Alianza hermanita alguna tan infeliz que así resucite.

Pero es preciso representamos un caso, a fin de meditarlo profundamente, sentir el horror de esta inmensa desgracia y evitar hasta casi la posibilidad de semejante desventura.

Ea, pues, hermanita amada, entra recogida conmigo en esta dolorosa escena.

Es una hermanita a quien la Alianza tan sólo le sirvió para cubrir a la faz del mundo, con el velo de la piedad, una vida vergonzosa e indigna de una joven cristiana. Con hipocresía estudiada y afectada, supo disimular una vida pasable, a fin de que no fuese expulsada de la Alianza, Vivió de apariencias externas, alabó a Dios con los labios; pero su corazón siempre anduvo lejos de su Señor.

Abusando de las divinas misericordias, como oveja descarriada, lo más apartada de la mirada del Buen pastor y aficionada a los pastos del cercado ajeno... dejando para más tarde el resolver sus cuentas con Jesús, arrancada, por fin, de la herida de su divino Corazón... ¡qué horror! fue hallada en la balanza divina «minus habens», escasa de méritos y... se condenó.

Su cadáver tuvo los honores de un modesto panteón y fue llevado en compañía de sus hermanitas que ofrecieron por su alma los sufragios reglamentarios... inútilmente...

Seremos, tal vez, testigos de su resurrección; alguien resucitará muy cerca de ella... y la verá.

Llegado el instante en que «todos los que yacen en los monumentos oirán la voz del Hijo de Dios», obediente -no hay remedio-, al son de la divina trompeta, su infelicísima alma saldrá de

entre las almas del infierno y llegará a la boca del sepulcro donde yacen sus restos; el ángel de la divina justicia hará rodar la losa que los cubre... y aquel polvo negro y aquellos carcomidos huesos, «in ictu oculi», en un abrir y cerrar de ojos, sentirán la sacudida de una nueva vida...

La infelicísima hermanita despertará... ¡qué terrible despertar!... a la eterna vida del dolor. Abrirá sus ojos con lágrimas eternas; aquellos ojos que en vida no supieron o no quisieron sujetarse a la ley de la modestia cristiana..., y verá.

Verá en el resplandor de la infinita santidad de Dios, su propia y espantosa fealdad.

La repugnante figura de sus vergonzosos pecados, que en el mundo se ocultaron en el fondo de su alma bajo una refinada hipocresía de piedad y de virtud, le cubrirá ahora, como su más adecuado vestido.

Ella, tan pagada de sí, de sus formas, de su belleza, de su hermosura, por las que no tuvo reparo en sacrificar las bellezas y hermosuras angélicas de la gracia y de la virginidad, se verá en el espejo de la justicia de Dios en toda su espantosa e infernal figura.

No querrá verse... y se verá... y trémula, despavorida, semejante a las bestias que se horrorizan de la luz, aparecerá muy visible entre las bienaventuradas, bellísimas *hermanitas* ... ¡qué contraste! .. y confundida, corrida, avergonzada, será empujada por los demonios hacia el juicio.

Y verá entonces... su pueblo..., su casa..., los lugares de sus locas exhibiciones..., tal vez el despreciado «retiro», «videbit et írascetur, dentibus suis fremet»... y verá y se enfurecerá y rechinará con sus dientes.

¡Oh, infeliz y desventurada hermanita! ...

Dime, hermanita amada, ¿hay en tu vida actual una remotísima posibilidad de que llegue a ser un «hecho» en ti este espantoso trance? ¿Eres hermanita hipócrita? ¿eres hermanita sólo en presencia de tus hermanitas y directores?, ¿eres hermanita *en Jesús y para Jesús*? ¿Vives, vive tu alma vida de hermanita aliada íntegra, perfecta? Si hoy murieras ¿cómo resucitarías?

PUNTO TERCERO: **Resucitarán para la «vida».** (*San Juan, Lc. V.*)

Amada hermanita: Supongo (y es de rigor esta mi suposición) que tú has de tener la inmensa dicha de morir santificada por la gracia y vivificada por el Espíritu de Dios. Tu cuerpo, santuario que fue de una alma inmaculada, al cual guardaste de la corrupción de la culpa y que no fue violado nunca por los profanadores de la virtud, bajará un día, es cierto, a un modesto sepulcro, cubierto con la angelical mortaja de la Inmaculada y con la aureola de virgencita consagrada a Jesús; sin pompa, quizás, ni coronas de sentidos recuerdos.

Como su fin fue sin honor ni gloria mundana, pronto su recuerdo desaparecerá de la memoria de los hombres. Como no fue del mundo, pocos echarán de menos su desaparición de sobre la tierra...

Pero ha llegado la hora de las divinas retribuciones; ha de cumplirse por fin, al pié de la letra, la breve sentencia repetida muchas veces por el divino Maestro: «Los ensalzados en la tierra han de quedar entonces humillados y los aquí humillados y despreciados serán entonces exaltados».

Contempla, pues, hermanita amada, aquel instante sublime en que resonará por los ámbitos de la tierra y en el cielo y en el abismo, la voz omnipotente de Dios: «Levantaos, muertos, y venid a juicio...».

La oirás tú... y tu alma, con la velocidad del rayo, atravesará los inconmensurables espacios del cielo, felicísima, bienaventurada, alegre, luciente, bella, gloriosa ... y llegará a la boca del sepulcro, donde no quedará de tu cuerpo más que un poco de polvo y unos huesos derramados en desorden.

Hermanita: por un momento contempla esta tu alma, como blanca paloma, en un ángulo de tu panteón, y allí dentro aquel polvo plomizo y aquellos huesos consumidos...

Y, ¡oh, poder de Dios ... ! en un momento, en un instante, en un abrir y cerrar los ojos, aquella preciosa alma penetrando en aquel polvo y en aquellos huesos, los vivificará, los transformará, y tú, como quien despierta de un profundo y tranquilo sueño, abrirás los ojos y ... ¡oh, maravilla! te verás, no en un espejo de cristal, donde sólo se ve la superficie externa, sino al través de una luz, de una claridad, de un resplandor extraordinario y divino, que es la luz de la gloria que inunda a tu alma ...

Saldrás de la tierra; pero en ti no se verá nada terreno.

A la manera que la tierra sucia produce una bella y blanca y fragante azucena, así saldrás tú, blanca, fragante y purísima azucena, entre la innumerable legión de los resucitados.

Se enterró un cuerpo corruptible; ha resucitado un cuerpo incorruptible, impasible, inmortal...

Se enterró un cuerpo débil, enfermo, torpe; ha resucitado un cuerpo vigoroso, agilísimo, velocísimo, que recorrerá los espacios con la agilidad del ángel...

Se enterró un cuerpo feo, deforme, innoble; ha resucitado un cuerpo glorioso, refulgente, bellissimo, luminoso, como un sol...

¡Oh, Hermanita resucitada! Eres más blanca que la nieve, más bella que la aurora, hermosa que las flores, más resplandeciente que

el sol, más ágil que las aves del firmamento, más fragante que las azucenas...

Y tú, en un nimbo de gloria, en los brazos del ángel de tu guarda, te elevaras para ir al encuentro de tu Rey, Esposo y Juez, y verás... ¡Oh! verás la tierra, que humilde, modesta, pisaste en vida; verás tu pueblo, tu casa y el amado rincón de tu «retiro» con los dulces recuerdos de aquella tu vida de hermanita...

¡Dichosa Alianza...! ¡Dichosa vida de pureza, de amor y de sacrificio...! ¡Dichosa, mil veces, aquella vida de recogimiento, de sociedad, de humildad, de alejamiento y desprecio del mundo, de mortificación, de piedad, de intimidad divina con Jesús en el Santuario...!

¡Oh, hermanita! Esto que parece un sueño, no es sueño ni parábola, sino la más verdadera y consoladora *realidad*, que tú misma has de ver, sentir y vivir en ti...

Pon, pues, ante tus ojos este grandioso dogma de tu resurrección, y dime si es justo y puesto en razón, que tú ahora vivas tu vida de aliada perfecta y santa...; si es justo que seas pura, casta, virgen inmaculada ... ; si es justo que seas mortificada en tus ojos, en tu lengua, en tus pasos ... ; si es justo que vivas alejada del mundo, recogida en tu «retiro», unida a tu Sagrario, íntima con tus hermanitas: ..

¿Qué importa que las gentes del mundo te motejen, porque tú no sigues sus locas expansiones, sus glorias terrenas, sus indignos placeres...? Contéstales con las palabras del Maestro: «Mi reino no es de este mundo»... Mi reino comienza allí donde irremisiblemente ha de terminar el vuestro ... Bajo la losa de vuestro panteón quedará con vosotras sepultada vuestra gloria y vuestro reino... Allí cabalmente comenzará mi reino y mi gloria sin fin ... ¡Allí espero argüiros de vuestra gran insensatez!

IV. Meditación de la tarde: EL BUEN PASTOR

PUNTO PRIMERO: **Jesús, Buen Pastor.**

Hermanita amada: La tremenda verdad, que has considerado en tu anterior meditación, te fuerza a enderezar tus pasos, en la vida presente, por la senda de la justicia y de la verdad; a nutrir tu espíritu con alimentos de vida eterna, con pastos inmortales; a no dejarte seducir de engaños y mentiras de mercenarios egoístas; a conocer y distinguir, bien y con seguridad, de entre las sendas innumerables que conducen y terminan en la resurrección de la *muerte*, la ruta segura y cierta que, al otro lado de la tumba, te colocará en la resurrección de la *vida*.

Este oficio trascendental, hermanita amada, pues a eso vino al mundo, cumple, con infinita caridad y celo y desinterés y amor, tu divino Jesús, bajo el atrayente simbolismo del Buen Pastor.

Ya en muchos lugares del Santo Evangelio representa Jesús a las almas bajo la sináptica semejanza de ovejas y corderos.

Cuando Simón Pedro fue constituido jefe y Pontífice de la naciente Iglesia, díjole Jesús: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas... »

Es pues, el mismo Jesús quien te distingue a ti, hermanita amada, con este humilde y cariñoso nombre de ovejita suya. Y siendo tú ovejita escogida de su rebaño, necesariamente en este peligroso desierto del mundo, has de tener un pastor vigilante y conecedor de los barrancos peligrosos...

Y el primero y el bueno por antonomasia es el mismo Jesús. Él ha dicho de sí: «Yo soy el Buen Pastor».

Jesús es *Pastor*. Sabe Él, como ninguno, el oficio de apacentar sus ovejas admirablemente, conoce los caminos y las sendas; conoce los pastos; conoce y distingue los buenos y los nocivos y venenosos; sabe las simas, las guaridas de las fieras .., nada se le oculta.

Jesús es *Pastor bueno*. Su bondad se muestra en el amor que tiene a sus ovejas; ama a todo el rebaño; conoce las ovejas una por una; llama a cada una con su nombre propio; Jesús, Buen Pastor, vive siempre con sus ovejas. Dejó su casa paterna y vino a estas inmensas selvas del mundo nada más que a apacentar sus ovejas; con ellas vive en la montaña; desde su cumbre vigila y cuida su rebaño con solicitud paternal, con él come, y las ovejas más íntimas y preferidas, las que van más cerca de Él, las más confiadas y *audaces* comen de su mano... y ¡con qué cariño! ¡con qué confianza! ... Sus pastos todos son buenos y sanos; pero tiene un manjar especial; en su mismo corazón lleva siempre preparada una mesa y una fuente; allí regala dulcemente a las más fieles, a las predilectas...

Y no es esta la mayor prueba de su amor a las ovejas; la prueba más fina de su grande amor es que antes se deja despedazar de los lobos que le arrebatan ellos una sola oveja de su rebaño. Tanto las quiere que, por librarlas de sus garras infernales, se ha entregado Él a una trágica y espantosa muerte. Su muerte ha conservado la vida de sus ovejas.

Este es el Buen Pastor que dio su vida por las ovejas... Este es Jesús... tu Buen Pastor.

Hermanita amada: ¿has advertido, por ventura, esta íntima vida al lado de tu vigilantísimo y buenísimo Pastor Jesús?

Desde que en el santo bautismo fuiste señalada con la *marca* de los que pertenecen a su rebaño, has recibido de El los cuidados y los mimos y los regalos más dulces de su amado Corazón...

¡Oh, cómo ese divino Buen Pastor guió tus pasos, cuando aún eras niña inocente! ¡con qué solicitud y paciencia corrigió tus

primeros descarríos en los años de tu juventud! ¡Cuántas veces estuviste a punto de ser presa del hambriento lobo, que se te acercaba cubierto con piel de oveja! ¡Y cuántas, tal vez, te sacó de sus fauces, cuando ya eras, más que su apetecida presa, su infeliz víctima!

Y ¿qué decir de sus amorosas predilecciones, al recogerte en el regaladísimo aprisco de su Alianza? Hermanita: ¿no eres hoy la oveja predilecta y mimada de Jesús?

¡Oh, sí, ya lo sabes muy bien por propia experiencia; Jesús es tu Buen Pastor! A Él le debes la vida. Si su divino cayado no te cuidara ¿qué sería hoy de ti? ¿Procuras vivir cerca de Él?

PUNTO SEGUNDO: **Pastor mercenario.**

Hermanita amada: Jesús es Buen Pastor; pero en su rebaño han entrado otros pastores, con el fin de saquearlo y esquilmarlo.

Contra ellos pedía un día Jesús a sus piadosos discípulos una vigilancia exquisita y cuidado muy especial, diciéndoles: «Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de oveja, mas por dentro son lobos voraces...» (San Mateo, c. VII).

Sin cambiar una sílaba son para ti, Hermanita amada, estas palabras de Jesús. Guárdate de los falsos y disfrazados pastores, que se te acercarán con fines egoístas y bastardos y, tal vez, innobles...

Los conocerás: **Primero.** Dice Jesús: «Quien no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que *sube* por otra parte, el tal es un ladrón y salteador».

Hermanita, vigílate: Aquellos pastores (y aquí entran todas las personas que aparentan tener interés por ti, por tu alma, por tu bien espiritual y temporal) *que no vienen por conducto autorizado y recomendado* de la Iglesia, de la Alianza, o siquiera con manifiestos e

inconfundibles indicios de ser guiados por el Espíritu de Dios puramente; a los tales y a las tales... evita; huye de ellos, guárdate de ellos... son pastores disfrazados: ...

Segundo. Vuelve a decir Jesús: «El pastor mercenario, que propiamente no es pastor, de quien no son propias las ovejas, en viniendo el lobo, abandona las ovejas y huye... y el mercenario huye, porque es asalariado y no se interesa tanto por las ovejas... »

A saber: el mercenario, el falso pastor, *no ama a las ovejas*; busca la lana y el queso... busca el interés, el provecho propio ... y en las pruebas arduas fácilmente las abandona ...

Hermanita amada: Mira si por tu bien principalmente y tu provecho espiritual se acercan ciertas personas que simulan ser tus pastores, o, más bien, buscan en ti su bien personal egoísta e indigno y, tal vez, tu cooperación material en las obras que ellos patrocinan...

Evita todas aquellas personas, que alaban tu valer y tus buenas prendas para emplearlas a fondo en obras de apostolado, de acción... y que rara, vez o nunca te hablan de la vida íntima de santidad, de perfección, de amor, de unión con Dios... Han visto en ti un elemento propicio a sus fines ... no vienen a apacentar tu alma; vienen a trasquilar tu lana ... a explotar tu celo y tu virtud ... son pastores mercenarios, evítalos...

Tercero. Dice también Jesús: «Por sus frutos los conoceréis» (San Mateo, c. VII).

No sigas al momento a los que se te acercan, mostrando simpatía e interés ya por tu persona, ya por la Obra de la Alianza; pueden ser ellos pastores asalariados. Entérate bien de su vida y costumbres, de su conducta privada y pública. Consulta si es preciso; examina las obras de santidad que practican y el apostolado que ejercen en las almas. No basta lo segundo, si no les acompaña lo primero. Hay pastores que se mueven mucho; suena su nombre, como el bronce, como el cencerro que retiñe. No los creas; son como

aquella higuera del Evangelio, hojas, frondosidad, lozanía... sin fruto. Son estériles... evítalos también.

Por lo regular, ellos no te han de defender contra el lobo infernal. No son pastores expertos y vigilantes. Vendrá el lobo, cuando ellos más descuidados estén; y, cuando venga, quizás ellos no le conozcan, pues no viven iluminados por el Espíritu de Dios; y si alguna vez llegan a conocerlo, son capaces de abandonar a la pobrecita oveja en sus garras infernales... Es que ellos no aman las ovejas, hasta dar la vida por ellas, como lo hace el Buen Pastor. ..

¡Oh, hermanita! vive alerta; vigila... muchos pastores disfrazados te rodean.

PUNTO TERCERO: **Tengo otras ovejas.**

Eres feliz, hermanita amada, desde que tienes la dicha de ser ovejita amada del Buen Pastor y de estar dentro de su aprisco especial distinguido y predilecto.

Pero, si no eres egoísta, has de desear y procurar que otras ovejitas sean también de Jesús y vengan a este aprisco.

Así lo quiere El, cuando dice: «Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz y se hará un solo rebaño y un solo Pastor» (San Juan, c. X, v. 15).

Aquí tienes tu grande y especial apostolado, como hermanita de la Alianza (art. 9, 10, 11 del Reglamento).

Jesús tiene otras ovejas; son ovejas y son ovejas tuyas, pero no están en este aprisco de la Alianza...

En la misma población donde tú vives, en la misma calle, en la misma vecindad quizás, hay almas escogidas, hermosas, puras, blancas y muy amadas de Jesús y que Él las quiere atraer.

Otras ovejitas hay, tal vez, desviadas (y ¡quién sabe si extraviadas del todo!), engañadas y seducidas por falsos pastores, las cuales van cada día alejándose más del verdadero Buen Pastor... ¡pobrecitas!

¿Las conoces, hermanita amada? y ¿qué haces por conquistarlas, por aficionarlas, por atraerlas al regalado aprisco, en que tú vives?

Y ¡cuántas poblaciones, grandes y pequeñas, existen todavía, donde Jesús tiene derramadas acá y acullá tantas ovejitas escogidas, a donde todavía no ha llegado la Obra de la Alianza!, ¡y aquellas ovejitas no gozan de las ventajas y seguridades de este angelical aprisco...!

Sí; Jesús tiene otras ovejitas; muchas de las cuales viven solas y expuestas a la ferocidad de los lobos que les acechan, viéndolas en la selva solas, abandonadas, sin redil y sin pastor.

¡Oh! ¡cuántas de estas pobrecitas son víctimas de la fiera infernal! ¡cuántas han perecido!

Hermanita apóstol: ¿qué haces tú por ellas? ¿qué medios pones en práctica para defenderlas y atraerlas a tu rebaño?

«Es preciso que yo las traiga», dice Jesús. A eso ha venido al mundo. Para eso ha puesto su morada en el desierto. Su infinito amor por ellas es la medida de su celo. ¿No oyes, hermanita amada, sus incesantes y continuos silbidos? ¡Oh! ¡cómo las llama! ... ¡cómo insiste...

Y dime, hermanita, ¿no eres tú, por ventura, una de esas ovejitas? ¿dónde estabas cuando Jesús-Pastor te silbó? ¿dónde te encontró su blanda mano? ¿fue, acaso, cuando el lobo ya se acercaba con sus fauces abiertas para devorarte? ¿cuándo, tal vez, estabas ya enredada entre las zarzas y expuesta a la furia de la primera alimaña?

Jesús, buen Pastor, te libró, te cogió sobre sus hombros y te llevó a la fuente, te lavó, te curó y te introdujo en su »aprisco«...

Y Jesús sigue en busca de ovejitas... y tú, ¿no le quieres ayudar?

.....

Desde la mañana hasta la noche me acompaña el espantoso e incesante estruendo del cañón y del fusil; y alterado y temblándome la mano, escribo estas cuartillas- 2 de septiembre de 1936 - en mi escondite del campo rojo.

¡Horrible guerra entre hermanos! ¡Las ovejas en desbandada, sin pastor...!

Seguirá una gran desolación en toda España. ¡Faltarán pastores...! ¡Jesús solo saldrá por las montañas! ¡Y las hermanitas fugitivas habrán de salir con El en busca de tantas ovejitas dispersas, heridas y maltratadas...!

Es tu misión, mi amada hermanita; porque, luego, muchas ovejas oirán el silbido del Buen Pastor... y se hará un gran rebaño... y Jesús será el Buen Pastor.

PUNTO CUARTO: La buena oveja.

No basta, mi amada hermanita, para formar un rebaño, que sea bueno el pastor; precisa, además, y es del todo necesario, que también sean *buenas* las *ovejas*.

Puede suceder (y de hecho sucede) que, a pesar de todas las diligencias y desvelos de un pastor bueno de verdad, se encuentren rebaños escasos, de ovejas díscolas y muy indómitas.

En muchos rebaños no faltan ovejas descarriadas, envidiosas y descontentadizas. Estas fácilmente se separan del grueso del

rebaño; son desconfiadas y recelosas, andan casi siempre solas, por lugares extraviados, lejos del pastor; rara vez atienden a sus silbidos; no les satisface el pasto de las demás; envidiosas y antojadizas, pasan siempre que pueden al cercado ajeno... Estas, al fin, mueren trágicamente o en un barranco o entre los dientes del lobo.

¡Cuántas de estas ovejas (almas) descarriadas... hay en el rebaño de Jesús!

Hermanita amada: eres llamada por vocación especial a ser oveja *buen*a del Buen Pastor, ¿quieres saber si lo eres...? Medita estas palabras de Jesús en su Evangelio:

a) «Las ovejas buenas oyen su voz», (S. Juan, c. X, v. 3).

La voz y el silbido del pastor es conocido y fácil de distinguir de la voz y silbido de otros pastores. Las ovejas fieles pronto los distinguen. Es admirable cómo éstas levantan la cabeza, atienden y hasta aciertan algunas a responder balando ... Si silban otros pastores, no hacen caso, ni levantan su cabeza; acaso se asustan y huyen, pues saben que aquel silbido no es de su pastor. . . .

Hermanita amada: ¿conoces la voz y el silbido de tu Buen Pastor? ¿sabes cómo llama Jesús y cómo llaman sus enemigos?

b) El buen pastor «va delante de ellas y las ovejas le siguen...» (S. Juan c. X, y. 4).

El buen pastor va delante, marcando la senda a sus ovejas; va a la cabeza de ellas; en las nevadas él abre paso por la nieve; en la oscuridad él alumbrá; en las simas él avisa el peligro...

Y las ovejas dóciles y amantes de su pastor le siguen paso a paso; no se detienen ni se rezagan, ni se desvían...

No así las ovejas díscolas. Estas no siguen al pastor; pronto se desmandan, si vigilante el pastor no se vuelve atrás y les amenaza con su cayado. Ellas no obedecen al pastor, fácilmente se rezagan, se detienen, se desvían...

Hermanita: ¿cómo sigues a tu Buen Pastor que camina delante de tí? ¿te haces sorda a sus dulces silbidos? ¿perezosa, te quedas rezagada? ¿necesitas que el Buen Pastor tremole continuamente su cayado?

e) «Mis ovejas me conocen». .. (San Juan c. X, 14).

Le conocen, porque estas buenas ovejas andan siempre muy cerca del Buen Pastor. Ven todos sus movimientos y observan todo lo que hace y cómo lo hace...: así, bien y fácilmente le conocen...

Conocen sus desvelos y sus cuidados para con ellas...: conocen los sacrificios y los trabajos que se toma por su bien...: conocen los pastos deliciosos con que regala a sus preferidas... conocen el cariño que las profesa..., conocen toda la bondad y ternura de su buen corazón, todo el amor con que las distingue...; conocen, en una palabra, que Él es el Buen Pastor.

Las ovejas rezagadas y díscolas no pueden así conocer a su Buen Pastor. Apenas le ven alguna que otra vez al día, y entonces, desde lejos; no tienen trato íntimo con El. No se detienen a examinar sus paternales cuidados. Estas se entretienen con preferencia con otros pastores, apasionados por pastos venenosos y prohibidos. Al Buen Pastor ni le quieren, ni le conocen. Conocen su *cayado*, no así su corazón... ¡infelices...!

Hermanita: ¿conoces a Jesús? ¿le conoces íntimamente? ¿le conoces a fondo? ...

III. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: Has oído y leído muchas veces que la Alianza no es una asociación sólo para ganar indulgencias o para realizar en el mundo un fin benéfico en favor de tal o cual clase de personas...

La Alianza, como principal objetivo, tiende directamente a proponer a sus asociadas un plan de vida; mejor dicho, la Alianza es una vida, y manda vivirla; quien no la vive no es aliada, por más que haga muchas y valiosas obras en la Alianza, porque lo esencial en la Alianza es vivirla.

A base de un triple lema, cuyas tres virtudes: pureza, amor y sacrificio, descuellan sobre las demás y dan a la Obra su especial sello, la Alianza propone, además, un conjunto de prácticas religiosas de piedad, de las cuales se debe dar cuenta en los boletines mensuales y el cortejo de otras virtudes, ya generales a todas las hermanitas, ya especiales, conforme a circunstancias especiales de la vida de cada una, que se practican, dando incremento, al mismo tiempo, a la gracia y a la caridad.

Aquí está, singularmente, la vida de la Alianza y ésta es la que debe vivir toda hermanita que desee serio de veras.

Ahora bien, hermanita amada, ¿es por ventura así como tú concibes la Alianza? ¿es ésta la vida que tú procuras vivir en la Obra? ¿es ésta tu Alianza? ¿la abarcas toda, completa, a saber: el lema: pureza, amor, sacrificio; virtudes generales: humildad, caridad, paciencia, unión, mansedumbre, mortificación, sencillez..., virtudes especiales, propias de cada oficio, carrera, ocupación, destino y circunstancias especiales personales o de la familia; prácticas especiales, señaladas en los boletines según sus tres grados, por medio de las cuales se fomentan aquellas virtudes y se aumentan la gracia y la caridad? Repito: ¿es ésta tu Alianza? (Pausa).

¿Sabes que aquí está, en germen, la vida transformada y esplendorosa que has de recibir en tu gloriosa resurrección? ¿sabes que, conforme a la intensidad con que ahora procures vivirla, así entonces la recibirás en la gloria? ¿sabes que también allí vivirás tu lema, como tu especial corona, con todo el cortejo de las demás virtudes? ¿sabes que también allí las hermanitas aliadas serán aliadas, y serán reconocidas como tales? (Pausa).

Pero, ¿si aquí tu vida de aliada fuese sólo una cosa superficial y puramente externa? ...

¿Contentarte con lo visible, para no aparecer escandalosa y desestimada; llenar los boletines con la materialidad de los actos, para evitar las amonestaciones de los Directores, sin íntima piedad, sin fervor, sin amor; virtudes de puro barniz, sin espíritu, sin solidez, sin gracia y sin caridad sobrenatural? ¿qué clase de vida gloriosa recibirás así en tu resurrección? ¿No sabes que eres tú, y no otro, quien ha de labrar aquí la vida que has de recibir allí en la resurrección? ¿y sabes que la Alianza bien vivida, sin más, te puede granjear una gloriosa resurrección? (Pausa).

Según esto, ¿te esfuerzas en ser buena aliada? ¿vives la Alianza en la Alianza? ¿Vives tú en la Alianza, como la ovejita en su aprisco? ¿Sabes que ser buena aliada es ser buena ovejita 'del divino Pastor Jesús? ¿sabes que la Alianza es un aprisco distinguido, reservado, predilecto de Jesús? ¿sabes que en este aprisco Jesús va recogiendo, separadas de otras, las ovejas más amadas, más distinguidas, más íntimas, más regaladas, más fieles, más dóciles, más obedientes, más generosas, más hermosas ... ? ¿has pensado en esta singular distinción de Jesús? (Pausa).

Pero... ¿sabes, al mismo tiempo, que en este aprisco las ovejas viven una vida especial, muy suya? ¿sabes que esta vida es más elevada, más pura, más delicada, más santa, más divina... ? ¿sabes que, para eso, el Buen Pastor ha destinado para este aprisco con mano dadivosa todo lo más escogido que lleva en su divino Corazón? ¿sabes que son allí sus cuidados, sus atenciones, sus vigilancias continuas? ¿allí, el torrente de sus bondades, de sus misericordias, de sus consideraciones? ¿allí, la abundancia de sus riquezas, de sus regalos, de sus manjares angélicos, de fuentes divinas...? ¿has caído en la cuenta de todo esto? (Pausa).

La Alianza es, pues, un regalado aprisco y ese aprisco tiene un «Buen Pastor».

¿El Buen Pastor! ... ¿Conoces tú, hermanita, al Buen Pastor? ¿sabes que tú eres ovejita del Buen Pastor? ¿conoces, has experimentado, alguna vez, sus bondades, sus cuidados, sus regalos, sus desvelos, sus sacrificios, sus amores? ¿adviertes bien cómo Jesús (Buen Pastor) vino del cielo a la tierra, de su palacio a los montes del desierto, y en una choza pastoril estableció su morada a fin de atender, desde allí, a sus amadas ovejitas? ¿sabes que Él ha venido a marcar con su cayado la senda de nuestra salvación? ¿que Él es quien nos advierte los peligros del desierto? ¿El quien nos da a conocer las astucias del lobo, lugares por donde merodea, lazos con que engaña y furia y rabia con que nos acecha y persigue? (Pausa).

¿Sabes que Jesús, el Buen Pastor, ama a sus ovejas, como ningún pastor a las suyas? ¿has examinado bien todas las pruebas de amor que nos ha dado? ¿sabes que vive en las montañas, por amor a sus ovejas? ¿que lo ha dejado todo por tu amor? ¿que defiende a sus ovejas hasta el sacrificio? ¿que se ha entregado en las garras del lobo por tu amor? Hermanita, ¿conoces por experiencia su amor? ¿qué eras cuando andabas lejos de este Buen Pastor? ¿a quién debes esta inmensa dicha que ahora tienes? (Pausa).

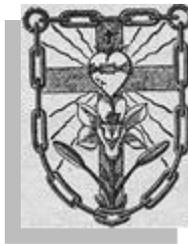
Y ¿cómo sigues a tu Buen Pastor? ¿oyes su voz? ¿escuchas sus silbidos? ¿los escuchas con prontitud? ¿los sigues con generosidad, con fidelidad, con amor? ¿sabes que son silbidos del Buen Pastor el libro que lees, los artículos de tu Reglamento, los consejos de tus confesores, las amonestaciones de tus Directores y hasta las secretas inspiraciones que sientes en el fondo de tu alma? ¿cómo los tomas? ¿cómo los guardas y los cumples? (Pausa).

¿Sigues con fidelidad al Buen Pastor? ¿le sigues muy de cerca, pisando donde El pisa, sin perderle de vista nunca? ¿atiendes a las más pequeñas insinuaciones, indicaciones que te hace con su cayado, con su mirada, con sus manos, con sus labios? ¿por ventura andas perezosa? ¿dices que El corre demasiado y que no le puedes seguir? ¿te parece que sus caminos son abruptos, que su senda es estrecha, que sus prados son solitarios y tristes? ¿te aburres a su

lado? ¿te cansas a su paso? ¿te quedas rezagada, entretenida? (Pausa).

Hermanita: Examínate bien aquí, ¿Has perdido de vista a tu Buen Pastor? ¿Vas muy atrás? ¿te has distraído en el camino con las criaturas? ¿has oído con agrado la voz y el silbido de pastores disfrazados? ¿sigues sus caminos? ¿qué te aprovecharán sus caminos suaves, sus sendas anchas, sus prados alegres, si, al fin, por ello te extravías y te pierdes? ¿Sabes que muchos de este modo perdieron al Buen Pastor, se fueron con pastores mercenarios y tuvieron un fin desastroso? ¿sabes que perder al Buen Pastor es perder el aprisco? y, si pierdes el aprisco de la Alianza; ¿a dónde irás? ¿a quién vas a seguir, si no sigues al Buen Pastor? ¿quién mejor que El conoce los caminos de la verdad y de la seguridad, si cabalmente Él es la verdad y el camino?

¡Oh, hermanita! Sigue fielmente a tu Buen Pastor... ¡Recógete con El en tu aprisco- Alianza, para que en su gran «Rebaño» seas su ovejita predilecta, por toda la eternidad ... Amén.



MES DE SEPTIEMBRE

I. Meditación de la mañana: **EL JUICIO FINAL**

PUNTO PRIMERO: **Preparativos.**

Hermanita amada: Nada de exageradas ponderaciones; verdades escuetas y claras de nuestro grande dogma de fe son las que vas a considerar aquí con fe luminosa, gran piedad y profundo recogimiento...

Después de los signos precursores del juicio, a los cuales seguirá la resurrección general... «todas las gentes, dice San Mateo, serán congregadas delante de su Majestad». «Todos estaremos delante del Tribunal de Cristo», dice San Pablo (Rom. XIV, 10) «Es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo», añade el mismo Apóstol (II Cor. V, 10).

En el valle de Josafat, o donde su divina Majestad tenga decretado, se reunirán todas las generaciones, desde Adán hasta el último mortal que ha de venir al mundo.

¡Grandiosa, solemne e imponente manifestación. Es la concentración, en el valle del Juicio, de todos los millones de hombres que habremos tomado parte en la historia de la humanidad.

Hermanita: allí estarás tú; créelo, es de fe.

Y entonces... Aquella es la hora de Dios, la hora de Jesús, de Jesús- Dios, de su infinita Majestad, de su grandeza de su poder, de su justicia... Entonces, pues, «aparecerá en el cielo una señal, la señal del Hijo del Hombre». Aparecerá un estandarte real, aparecerá su Cruz gloriosa y refulgente... «Y todos los hombres de la tierra, dice San Mateo, empezarán a gemir y a llorar...»

Y a continuación «verán venir sobre las nubes del cielo al Hijo del Hombre con gran poder y Majestad... » (S. Mat. y S. Luc.).

¡Oh, hermanita amada! Entonces alzarás tus ojos allá a donde en vida los alzase, llena de esperanza... y verás brillante y gloriosa la Cruz santa, que aquí adoraste, amaste, abrazaste y grabaste en tu corazón virginal...

Y verás, luego, a tu Rey y Señor...; no humilde, sencillo, pequeño, familiar, sentado sobre un jumento, como un día a la entrada de Jerusalén, ¡oh, no! Lo verás, ahora, en su grandeza máxima, en la mayor ostentación de su divinidad, desplegando toda su omnipotencia y gloria, sentado sobre las nubes del cielo, rodeado de luz esplendorosa, y acompañado de innumerables legiones de ángeles, que entonarán imponentes el «gloria a Dios en las alturas» .

Y tú y todos los elegidos, como dice San Pablo (Thes. IV), serán arrebatados en una nube por los aires al encuentro de aquel Señor, lanzando gritos de triunfo, de júbilo y de alegría.

Y, viceversa, los condenados... aullarán, aterrados de espanto... ¡Ay de ellos!... Ese Jesús, en quien no quisieron creer..., y, si creyeron, fue para perseguirle... Ese Jesús, de quien se burlaron, a quien odiaron, cuyo amor profanaron... Ese Jesús, ahora, se manifestará «Dios-grande; Dios-fuerte; Dios-omnipotente; Dios-juez».

Allí entonces, las almas puras, las vírgenes, oirán la voz del ángel: «He aquí que viene el Esposo, salid a su encuentro». Y ágiles, como los espíritus, volarán sobre las nubes para recibirle.

Y los carnales, los sensuales, los amadores del placer «serán escritos en la tierra», quedarán, como aves sin alas, clavados a la tierra... ¡miserables!

¡Oh, hermanita amada! Rétales para aquel día a todos esos que hoy motejan tu vida pura, tus caminos solitarios, tus costumbres honestas, tu conducta religiosa, tus virtudes ocultas...; cítalos para aquel día y aquel acto, y, entre tanto, compadeciéndolos y llorando su ceguera, sigue tú con fidelidad y amor a quien también seguirás entonces.

PUNTO SEGUNDO: **El Juicio.**

Hermanita amada: Repasa aquí estas· solemnes palabras que Jesús pronunció días antes de su pasión, en la cumbre del monte Olivetti:

«Cuando venga, pues, el Hijo del Hombre con toda su majestad y con Él todos los ángeles, centrarse en el trono de su gloria y majestad; y hará comparecer delante de El a todas las naciones y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y colocará a las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda». (S. Mat. XXV).

Sentado está, pues, el divino Juez en el trono de su majestad; rodeándole todos los ángeles en magnífica escolta; ostentando El toda la grandeza, magnificencia, poder, sabiduría y gloria infinita que le adornan.

Delante de su trono, tiemblan todas las tribus de la tierra... «y se abrieron los libros...», dice el profeta Daniel. Se abren, como un libro, todas las conciencias de los hombres y quedan patentes y manifiestos todos los actos de la humanidad. De un modo misterioso y divino, pero cierto, claro y en detalle, una por una, se descubrirán a la vista de todos, las acciones, buenas y malas, sin que a nadie se oculte nada de cuanto en el mundo se ha pensado, deseado, hablado y hecho desde Adán hasta el último mortal.

Por un milagro del poder y de la sabiduría de Dios, todo se sacará a plena luz, todo quedará patente y descubierto.

Apenas harán falta testigos y acusadores, porque estarán a la vista de todos los secretos más ocultos, las intenciones Y deseos más íntimos del corazón. Todos inclinarán su cabeza y confirmarán la verdad clara y cierta de toda su historia, gloriosa o funesta.

Allí entonces, como de la noche el día, se distinguirán en espantosos y aterradores contrastes la luz y las tinieblas, el error y la verdad, el bien y el mal, la virtud y el vicio, el amor y el odio, la caridad y la envidia, la pureza y la sensualidad, la gracia y el pecado, la santidad y la impiedad...

Allí, en una palabra, se verá lo que ha hecho el santo y lo que ha hecho el criminal y lo que, por el uno y por el otro ha hecho Dios en su misericordia.

Nadie pondrá resistencia, nadie protestará; justo es el Señor y recto es su juicio. A la primera insinuación de los ángeles, las ovejas tomarán la derecha, quedándose a la izquierda los cabritos.

Esta es la hora de las verdaderas reivindicaciones. Allí las justas retribuciones. A cada uno lo suyo...

Allí, la santidad oculta y humilde brillará, como el sol, y el vicio, aplaudido y exaltado en el mundo, quedará confundido...

¡Oh, hermanita amada! ¿Cuál será tu suerte? ¿brillará tu santidad? ¿Eres ya santa? ¿eres quizá hipócrita?

¡La Alianza! ¡El aprisco de las ovejas escogidas!... ¡Oh! ¡A la derecha, a la derecha todas, todas las ovejitas de este predilecto aprisco!

¡Hermanita! ¿Concibes tú a una de estas aliadas-ovejitas, trocada en cabrito sucio, maloliente y sensual entre los demás cabritos de la izquierda...? ¿Lo serás tú?

PUNTO TERCERO: La sentencia.

Hermanita amada: Cada instante de este juicio es terrible y solemne... Y el más solemne y terrible es este último.

Jesús se va a mostrar «juez» con toda aquella potestad que su Padre le dio sobre el cielo, la tierra y los abismos.

Ha terminado el proceso; se han visto los secretos de todos los corazones y están separadas ya las ovejas de los cabritos... En medio del silencio universal, se levantará sobre su trono divino Jesucristo, Dios, Rey y Juez de vivos y muertos, para leer solemnemente la última sentencia.

Dando las espaldas a los réprobos, volverá a los justos y, ostentando a la vez toda su grandeza y toda su hermosura, toda su majestad soberana y todo su amor infinito, abrirá los brazos y con mirada dulcísima, rostro benigno, risueño, atrayente, arrebatador, dirá estas palabras: «Venid benditos de mi Padre; poseed el reino que os he preparado desde el principio del mundo». (S. Mat. XXV, 34).

Saborea, hermanita amada, estas dulcísimas palabras de tu amantísimo Señor: «*Venid*». No es ésta la primera vez que yo pronuncie esta palabra. Venid, os dije el día de vuestro santo bautismo, cuando por libre elección mía os llamé y entrasteis en mi iglesia santa. Venid, volví a deciros, cuando, al llegar al uso de vuestra razón, encontrasteis varios caminos en vuestra vida, y, dejando los más fáciles y cómodos, vinisteis fieles a mi voz. Venid, seguí diciéndoos, cada vez que en las luchas de vuestro espíritu hallasteis dificultades, obstáculos, oscuridades, luchas, tentaciones, engañosas llamadas del mundo, y me oísteis y seguisteis mi voz. Venid, os dije un día solemne que recordáis, cuando con predilección amorosa de mi Corazón os convidé y os llamé a formar parte de la legión escogida de amigos, de hermanos, de esposas, de vírgenes, vosotras generosas, vinisteis. Venid, os dije otro día, mostrándoos la soledad de Getsemaní y la cumbre ensangrentada del Gólgota, porque yo quería probar la fidelidad de vuestro amor... y vinisteis y bebisteis

conmigo el cáliz de vuestra pasión. Justo es, pues, que ahora pronuncie yo esta palabra: *Venid, venid a Mí.*

«A *Mí*, que vine primero a vosotras a este mundo, compadecido de vuestra desventura. A *Mí*, que, haciéndome vuestro hermano, nací llorando en un portal y anonadado aparecí y viví *Niño* en Nazaret; y *Obrero* trabajé y gané, como vosotros, mi sustento y el de mi Madre; y *Maestro* enseñé en las Sinagogas y en las playas y en los portales y en la montaña y en las encrucijadas y en el Templo; y *Pastor* corrí valles y montañas, barrancos y selvas, buscando a mis ovejitas; y *Médico* curé enfermos y resucité muertos; y *Sacerdote* perdoné pecados; y *Redentor* reconcilié al hombre con Dios, abrí para él el cielo y cerré el infierno; y *Víctima* aplaqué la ira de mi Padre contra vosotros; y *Enamorado* derramé por vuestro amor toda mi sangre. Venid, pues, a *Mí*. Soy vuestro Redentor, vuestro Maestro, vuestro Pastor, vuestro hermano, vuestro amigo, vuestro Jesús.»

«*Benditos de mi Padre*, Hijos de mi Padre, amados de mi Padre que os bendice, con bendición paternal, generosa y abundante, como bendijo a Noé y a Moisés, a Abraham, Isaac y Jacob ... y que os espera hoy en vuestra casa de la eternidad, con la *Cena Magna.*»

«A *poseer el reino*, que vosotros mismos, con vuestro esfuerzo, con vuestras armas, con vuestra fidelidad habéis conquistado».

Venid, venid...

Pero, hermanita amada, basta, basta... Cierra el libro...: Cierra tus ojos...: y abísmate.

Ve en un instante abrirse la tierra y sepultarse en horrible torbellino todos los condenados... ¡¡malditos...!!

Y mira a Jesús, cara a cara, con los bienaventurados...; mira cómo deja su trono, deja todo aquel aparato de majestad y de grandeza; desciende... baja al llano ... viene, viene ... se , acerca a su grey amada, a sus ovejas, a sus hermanos, a sus amigos, a sus

esposas, y les dice: «No temáis; soy Yo; soy vuestro Padre, vuestro Hermano mayor, vuestro Amigo, vuestro Esposo... ¡Soy vuestro Jesús...! ¡Oh, hermanita...! ¡Tu Jesús! Amén.

II. Meditación de la tarde: LAGRIMAS DE JESÚS

PUNTO PRIMERO: **Jesús aclamado.**

Un día, Jesús consintió que las muchedumbres le ofreciesen un homenaje de gloria y de exaltación. Habíanlo intentado ya varias veces en ocasión de grandes concursos; pero ÉL se adelantó siempre a esquivarlo, impidiéndoselo hábilmente, ya ocultándose de ellas, ya retirándose a la soledad de los montes.

Esta vez es El quien va a tomar la iniciativa, aprovechando un día de gran solemnidad en Jerusalén. Para lo cual, manda traer un aumentillo, se sienta sobre él y se encamina sin más hacia la ciudad.

La comitiva de amigos, reducida en un principio, aumenta, conforme se aproxima, de manera prodigiosa y el Hosanna de las gentes es imponente, al llegar la comitiva a las puertas de la Ciudad. Las manifestaciones de afecto y de respeto son incesantes. Todos le ensalzan y le aclaman como a Dios, como a Mesías, como a Rey...

Pero, hermanita, mira en medio de aquel desbordamiento de gentes que cantan, que gritan, que glorifican a su Mesías, mira, digo, a Jesús, sobre su asnilla mansísimo, dulcísimo, atrayente, simpático...

El homenaje de glorificación, que las gentes le tributan, no le saca de su habitual y peculiar llaneza, sencillez, humildad y mansedumbre.

Sobre un jumento se fue a nacer a Belén; sobre otro se fugó a Egipto, y ahora el mismo humilde animal es toda su carroza de triunfo para entrar solemnemente en Jerusalén.

Quiso, sí, que las muchedumbres satisficieran su ansia de aclamarle, de ensalzarle y de glorificarle públicamente; pero El, por su parte; no quiso elevarse sobre el humilde suelo, más que lo indispensable para no ir a pie.

Sencillo, humilde y anonadado, apareció un día en Belén; sencillo, humilde y anonadado, desapareció bajo las sombras del Gólgota; sencillo, humilde y anonadado, quiso hacer toda su carrera, desde el primero hasta el postrer suspiro de su vida.

Jamás, en ninguna ocasión de su vida, modificó su línea de conducta.

De Belén a Nazaret, de Cafarnaúm a Jericó, de Betania a Jerusalén; lo mismo solo que acompañado; igual aclamado que menospreciado y perseguido, Jesús se mostró siempre el mismo...

En esta ocasión parecía haber motivo suficiente para hacer una franca y pública ostentación de su grandeza y de su poder. Y lo hizo - ¡maravíllate, hermanita presuntuosa!- lo hizo sentado un asno, estrujado con excesiva confianza por las gentes y casi escondido entre palmas y ramos de árboles, que los hombres entusiasmados levantaban a su paso.

¡Oh, no! Sencillez, humildad y anonadamiento fue su lema en la Encarnación; con ese lema bajará al sepulcro; ese lema será su silla especial en la gloria de su Resurrección y aun allá, en el día de las grandezas de su poder y de su justicia, en el día mismo del juicio universal, ha de terminar, ostentando ante sus escogidos su especial lema de sencillez, humildad y anonadamiento...

Es que Jesús, siempre será Jesús, y Jesús es ese hermoso lema *vivido*.

¡Oh, hermanita afortunada! Recoge aquellas palabras que el Señor te dice por su profeta: «Decid a la Hija de Sión: No temas, hija de Sión, porque tu Rey viene a ti lleno de mansedumbre sobre una borrica y su pollino... » He ahí tu Rey, tu Salvador... que viene sencillo, humilde, atrayente, asequible, amoroso, sentado sobre un jumento.

Aprende para siempre, hermanita amada, que tu Rey Jesús es así, aquí y en el Cielo, y así será para ti eternamente...

Y así quiere y así te manda que seas también tú...

No te es posible imitar su grandeza, porque tú eres muy pequeña. Pero Él se hizo pequeño, a fin de que tú puedas parecerle a su pequeñez a su sencillez, a su humildad, a su asequibilidad, a su anonadamiento.

Hermanita: si pudieras tener dos lemas, este fuera el segundo y yo te impusiera; y en efecto, toda hermanita aliada debe ser pequeñita, sencilla, humilde, mansa, asequible... como Jesús ¡Oh, hermanita! ¡como Jesús!

Este es el cortejo de virtudes que debe acompañar a tu primer y esencial lema de pureza, amor y sacrificio. ¿Las tienes?

PUNTO SEGUNDO: **Jesús llora.**

Cuando Jesús estaba próximo a la Ciudad, y el entusiasmo y fervor de las gentes rayaba en locura; cuando niños y mayores, hombres y mujeres aclamaban con vítores y hosannas al Hijo de David, Este, en su humilde cabalgadura, bajó los ojos con terrible amargura que, al alzarlos de nuevo, estaban arrasados en lágrimas...

Espantoso era el contraste. Todos mostraban alegría y gozo indescriptibles, y, en medio de aquel delirio de satisfacción y de placer, Jesús, y solo Jesús, abismado profundamente, seguía llorando.

Estaban en las puertas de Jerusalén, sus moradores estupefactos, aturcidos ante aquel acontecimiento nunca visto ni imaginado en el humilde Nazareno, salían a su encuentro, y, sumándose a la inmensa comitiva, aclamaban al Rey de Israel, .. ; y el Rey divino no podía disimular ni contener el torrente de sus lágrimas,..

¡Señor!, ¿qué misterio es éste? ¿cómo lloras en momento y ocasión, al parecer tan inoportunos?

¡Oh, hermanita! ¡Cuántas veces ha llorado Jesús cuando menos pensabas tú que lloraba! Si Jesús estuviese en estado de llorar, ¡qué de lágrimas correrían en el fondo de los Sagrarios! ¡cuántas veces, desde el borde de los copones, verías correr un río en los dorados y concurridos comulgatorios! ¡cuántas veces brillarían más las lágrimas de Jesús que las resplandecientes perlas de los ostensorios y custodias del Tabernáculo! ¡cuántas veces, en el solemnísimo día del Corpus, entre nubes de incienso y aclamaciones aparatosas de himnos eucarísticos, el blanco velo de la Hostia habría de empaparse en lágrimas divinas!

¡Jesús ha llorado, mirando la ciudad predilecta, la ciudad santa, la ciudad de sus misericordias y de sus amores...!

¡También ha llorado Jesús, mirando un alma, un alma predilecta, un alma santa, un alma a quien ha regalado con sus dulces amores, con en ha tenido especiales misericordias y de quien esperaba generosas correspondencias...!

¡Oh, hermanita! ¿No sabes que Jesús ha llorado por ti? ¿no lo recuerdas? ¿lo has olvidado? ¿O no lo sabías?... ¿te extraña?

Jesús no vino al mundo a reír ni a gozar; Jesús vino a llorar; a llorar con lágrimas divinas los pecados del mundo. Lloró en vida ¡y con lágrimas se cerraron sus ojos en el Calvario!

¡Oh, dolor! ¡Y qué pocos son en el mundo los que lloran sus pecados y los ajenos! El mundo ríe y goza ciegamente. Pero Jesús ¡sigue llorando! ¿Qué haces tú, hermanita amada? ¿ríes o lloras?

PUNTO TERCERO: ¿Por qué llora Jesús?

Para un corazón generoso y sensible, lo más amargo es la ingratitud. La correspondencia a los beneficios recibidos es ley de amor y de gratitud. En corazones bien nacidos, muy tarde o nunca se olvidan las ingratitudes de personas amigas. Aquí hemos de encontrar, hermanita amada, la causa de las lágrimas tan extrañas a Jesús.

Muy de atrás viene Dios revelando en las Divinas Escrituras sus quejas dolorosas contra el pueblo-escogido de su Corazón.

«Yo he criado hijos y ellos me han despreciado », «El buey conoce el pesebre de su amo y el asno la mano de quien le da el pienso; pero Israel no me ha conocido a Mí». «Admiraos, ¡oh cielos! Dos males ha hecho mi pueblo: A Mí fuente de agua viva, me ha abandonado y ha cavado, para saciar su sed, aljibes rotos que no valen para contener agua». « ¡Oh, pueblo mío! ¿qué mal te hice Yo o en qué te he contristado? Responderme». Así se manifiesta Dios, herido contra su pueblo ingrato, en las páginas del Antiguo Testamento.

Y el Evangelio, en casi todas sus páginas, viene repitiéndonos estas quejas amargas. Jesús, desde su cuna, comió el, pan de la ingratitud. «Vino a los suyos» con el Corazón abierto para derramar infinitos tesoros de su caridad, «y los suyos no le quisieron recibir...»

«Pasó por todos los pueblos haciendo el bien» y los pueblos *oficialmente* le persiguieron y le expulsaron como a un indeseable.

Jerusalén fue el teatro de sus maravillas, de sus milagros portentosos, de sus bondades sin cuento, de sus misericordias, de sus predilecciones... y Jerusalén se lo pagó con un ignominioso patíbulo.

Era ésta una de sus últimas visitas a la ciudad ingrata, y quiso hacerla, esta vez, ostentando su carácter de verdadero Mesías, de enviado de Dios, de Rey de Israel; y, si bien iba Él ocultando su grandeza bajo el velo simpático de su *lema*, las muchedumbres que le seguían se encargaban de ensalzarle y de proclamar bien claramente su divinidad, su realeza y su celestial misión...

Si alguna vez, entonces debió Jerusalén abrir sus puertas al divino Salvador.

Pero la Jerusalén *oficial* se mostró, como siempre, fría, esquiva, hostil, rabiosamente enemiga; quiso e intentó disolver aquella grandiosa y magnífica manifestación de homenaje, que los pueblos sencillos y nobles daban a su amante Nazareno, y, a las pocas horas del mismo día, en un conciliábulo secreto, decretó su muerte.

Jesús, que leía en los corazones de sus adversarios estos siniestros planes, no pudo contener el torrente de amarguras en que quedó sumergido su divino y tiernísimo Corazón; rompió, pues, a llorar y clamó con voz entrecortada y angustiada: ' "

« ¡Ah! si conocieras tú (Jerusalén) al menos en este día que se te ha dado, al que te puede traer la paz. Pero ahora todo está oculto a tus ojos. Vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te cercarán ... y te arrasarán, con todos tus hijos que hay dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra ... porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado ...» (S. Luc. XIX, 42).

¡Oh, hermanita amada! Los mismos pecados de Babilonia no han herido a Jesús tanto como las ingratitudes de Jerusalén.

¡Oh, pecado de ingratitud! ¡cuántas quejas amargas has arrancado al amante Corazón de Jesús!

¡Jerusalén, imagen de un alma escogida y consagrada a Dios...! ¡Jerusalén, imagen de una hermanita, con quien Jesús ha tenido sus satisfacciones y sus complacencias íntimas, en quien ha

derramado el torrente de sus inefables ternuras, a quien ha distinguido con títulos altísimos y con predilecciones de amor! ...

Jerusalén-Aliada, dime: ¿has visto alguna vez, en las puertas de tu alma, a tu Rey humilde y anonadado, a tú Jesús amado, llorando con amargura indecible .tus negras ingratitudes?

¡Oh, sí! Jesús ha pasado tal vez llorando por las puertas de tu corazón y tú no te diste cuenta de su visita, porque vivías entretenida y distraída en bagatelas mujerieles, en vanidades locas del mundo.

Sí, Jesús te llamó...; no respondiste... y se fue... llorando!..., ¡¡Oh, ingrata!!

IV. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: Bueno será que hagas este examen. Oponiendo ante tus ojos la imagen encantadora de esas, sentado en su asnilla a la entrada de Jerusalén.

¿Ves ahí cómo Jesús siempre ha querido mostrarse al mundo, velando la majestad y grandeza con la pequeñez?

¿Has caído en la cuenta de que Jesús, en su humildad santa, jamás ha querido hacer ostentación alguna de su grandeza y de su poder; ¿Sabes que, al desposarse con nuestra naturaleza, se desposaba también con la pequeñez, sencillez, humildad, mansedumbre, anonadamiento; ¿ves aquí la verdadera y auténtica fotografía de tu Jesús? (Pausa).

¿Y cuál es la tuya, hermanita amada? ¿no sabes que la verdadera hermanita aliada en algo debe parecerse a su amado Señor Jesús? Y siendo en lo humano el lema de Jesús: la pequeñez, la sencillez, la humildad, la asequibilidad y el anonadamiento ¿no te parece que en estas preciosas virtudes debes llevar tú su mayor

parecido, su más acabada imagen? ¿no te parece que el perfecto modelo de una aliada auténtica es ese Jesús, considerado desde un aspecto tan fácil de ser copiado? (Pausa).

¡Jesús es pequeño y asequible! *¿Verdad que lo fue desde su cuna? Y tú, ¿desde cuándo lo eres? Siéndolo de hecho y en verdad tan pequeña ¿te crees, te consideras, te conservas, te estimas en tu interior pequeña y asequible en todos los momentos y, exteriormente?, ¿te exhibes, te presentas, te manifiestas, como eres y como te lo crees, pequeña, pequeñita, muy asequible? ¿Estás convencida de que eres pequeñita, cuanto más arriba tal vez te hayan colocado tus Superiores? ¿no sabes que a las nenas las suben en una silla alta, cabalmente porque son pequeñitas? ¿Procuras en todas las circunstancias de tu vida de hermanita mantenerte pequeña, asequible y al alcance de todos? ¿Amas y quieres de verdad ser pequeña siempre? (Pausa).*

¿Te domina y te arrastra la idea de creerte algo? ¿Presumes locamente de ti y de tus cualidades y buenas prendas? ¿Haces alarde, aunque sea con malicia y disimulo, de tu carrera, de tus cargos, de tus oficios, de tu habilidad? ¿miras de lejos a las hermanitas pequeñas, de posición baja, ignorantes, rústicas? ¿te crees o te consideras rebajada al ser llamada hermanita de ellas? ¿llegas tal vez a quejarte de esto? ¿sabes que no serás nunca pequeñita delante de Jesús, como Jesús, si no te haces pequeñita delante de los hombres? (Pausa).

Sencillez: *¡Cómo encanta en Jesús esta virtud!*

Si eres pequeña, hermanita amada, por consecuencia serás sencilla e ingenua. Mira si lo eres. ¿piensas y discurre, aprecias y estimas, dices y declaras las cosas, como piensan, aprecian y dicen las tuyas los niños, con sencillez e ingenuidad? ¿Eres, según la frase del Señor, simple y cándida, como la paloma y prudente, como la serpiente? O viceversa ¿eres velada, reservada en exceso, fingida, hipócrita,, de doble cara y casi siempre disfrazada? ¿eres llana, sencilla, sin afectación, sin pretensiones, en tu conversación y trato

con las hermanitas? ¿Es la sencillez el encanto de tu porte exterior: vestidos, adornos necesarios, tocado, movimiento, postura etc.? (Pausa)

Humildad: *¿Recuerdas que Jesús dijo: «Aprended de Mí que soy manso u humilde»? ¿Tienes humildad verdadera? ¿estudias esta gran virtud? ¿la practicas con afán? ¿cómo y en qué grado? ¿tienes humildad interior? ¿sabes que, si no tienes humildad, no sabrás nunca quién eres; ¿sabes que la humildad es la verdad y que la humildad nos pone en la verdad de lo que somos? ¿sabes quién eres? ¿Si lo sabes bien y verdaderamente, serás humilde! ¿Qué piensas, qué opinas de ti? ¿Cómo te ves y qué miras en ti? ¿quieres verte cómo eres, aunque sea humillante lo que veas? ¿sabes que no eres humilde, si no te humillas? ¿sabes que el principio de tu humildad está en tu propio conocimiento? (Pausa).*

¿Quieres de veras ser humilde? ¿Pides a Dios que te conceda esta virtud indispensable? ¿qué haces por adquirirla? ¿haces actos de humildad? ¿recibes bien lo que Dios y los hombres te envían? ¿cómo te portas en las humillaciones? ¿comienzas por aceptar la humillación? ¿la aceptas con resignación? ¿'en silencio? ¿con gusto? ¿con satisfacción y alegría? ¿Estás indiferente ante el honor y el deshonor, el desprecio y la alabanza? ¿o te abates ante los desprecios? ¿Amas la humillación? ¿quieres, pides ser despreciada, anonadada, humillada? (Pausa).

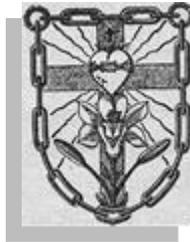
¿Te falta mucho para llegar a esta altura; ¿estás todavía en los principios? ¿tienes poca humildad? ¿pones mala cara a las humillaciones? ¿protestas cuando te humillan? ¿pones excusas, te defiendes, echas a otros la culpa? ¿Te falta humildad en tus conversaciones? ¿hablas con entonación? ¿presumes de instruida, de entendida, de bien educada y formada? ¿hablas mucho de ti, de tus cosas, de tus obras, de tus hechos, de tus glorias? (Pausa).

¿Amas el lujo? ¿te arreglas con exceso? ¿vistes mejor de lo que corresponde a tu condición y clase social? ¿quieres ser estimada? ¿buscas aplausos? quieres que se hable de ti?

¿quieres ser preferida? (Pausa).

¿Ocupas cargos en la Alianza? ¿te glorias de ello? ¿los ostentas vanamente? ¿los cumples con soberbia, con altanería, con arrogancia, con desprecio de tus súbditas? ¿humillas a éstas sin causa ni motivo? ¿quieres que te alaben, que te respeten, que te distinguan, que te consideren? (Pausa).

Al contrario, ¿Procuras pasar desapercibida? ¿amas el ocultamiento? ¿te escondes cuanto está de tu parte? ¿Disimulas y guardas en silencio, si algo bueno tienes? ¿huyes del aplauso? ¿Pisoteas la exhibición?. En una palabra: ¿estás al menos en el camino de la pequeñez, sencillez, humildad y anonadamiento, según el lema de Jesús?



MES DE OCTUBRE

Meditación de la mañana: LA ETERNIDAD

PUNTO PRIMERO: **Verdad de la Eternidad.**

Hermanita amada: No hay criatura más desgraciada que aquélla que, negando todo el orden sobrenatural, se empeña en encerrar toda la razón de su existencia en el reducido marco de sus brevísimos años de esta vida mortal. En verdad que no merecía la pena de haber nacido para tan poca, tan corta y tan miserable suerte.

Pero a los que tenemos fe en la eternidad, ¡qué horizontes se nos descubren! ¡y qué plenamente satisface esta fe las ansias de una vida sin fin, que nuestra alma anhela y desea! Es preciso, pues, amada hermanita, que avivemos muy a menudo nuestra fe en este dogma de nuestra santa religión.

Advierte, hermanita amada, que vives *en medio* de un mundo materialista, puesto todo en maldad. Es tu destino, es tu vocación, es tu misión en la Alianza.

Necesariamente estás expuesta a grandes luchas, peligros y tentaciones, teniendo por precisión que rozar y tratar con gentes indiferentes, frías e incrédulas. Conviene, pues, que estés firmemente asegurada en las grandes verdades de la religión, y en especial en aquéllas que son más combatidas por los enemigos de ella.

Una de estas verdades, combatidas y necesarias por muchos modernos cristianos, es caballarmente ésta de la eternidad, máxime si se refiere al infierno. Sea, pues, este primer punto una simple confirmación y confesión de esta verdad en el fondo de tu alma, en la presencia de Dios.

En las últimas palabras del Credo rezamos todos los días... «Creo... en la *vida perdurable*» En el Credo o Símbolo Atanasiano decimos: «Los que obraren bien irán a la *vida eterna* «los que obraren mal, al *fuego eterno*. Esta es la fe católica; quien no la creyere fielmente, no podrá salvarse... »

El Concilio Lateranense IV declaró: «Todos: resucitarán con sus cuerpos... para que reciban conforme a sus obras, sean buenas o malas: estas con el diablo *pena eterna*, y aquéllas con Cristo, *gloria sempiterna*... » El Concilio Tridentino (Sesión IV, can. 5) habla expresamente de las *penas eternas*. Dice Isaías: « ¿Quién de vosotros podrá habitar entre llamas sempiternas?»

Y el Evangelista San Mateo (Cap. XXV, 46): «E irán (los malos) al *suplicio eterno*; más los justos a la *vida eterna*».

Oye a San Justino: «Nosotros hemos aprendido, que los que llegan a Dios por la virtud y la santidad, conseguirán la inmortalidad; más los réprobos no serán inmutados, sino que serán castigados con *fuego eterno*». Y a San Ireneo: «Los que fueron malditos de Dios, *siempre* serán malditos; y los que fueron benditos del Padre... *siempre* serán benditos... »

Repasados y meditados detenidamente estos textos de la Escritura, de los Concilios y de los Santos Padres... concluye este primer punto con un fervoroso acto de fe en esta verdad terrible y consoladora a la vez: ¡Eternidad! ¡Eternidad! ...

PUNTO SEGUNDO: **¿Qué es eternidad?**

Dice Boecio: La eternidad es «la perfecta posesión de una vida interminable y toda a la vez... »

En absoluto y propiamente hablando, sólo Dios es eterno, porque sólo Dios es el ser que no tiene principio ni fin ni sucesión... Pero, si no con eternidad absoluta, con eternidad participada y

relativa, también nosotros somos eternos; por cuanto que entramos en una vida que no ha de tener fin. Tu eternidad, pues, hermanita amada, es una *vida interminable*... ¿Lo comprendes?

Hubo tiempo en que no fuiste; pero no habrá tiempo en que no seas. Puedes amontonar millones de años y de siglos; en todos ellos y en cada uno te hallarás a ti. Tu vida, la que propiamente se puede llamar *vida*, la vida de tu espíritu es interminable, no acaba, no muere, no tiene fin.

Ignoras tu suerte; pero sabes de cierto, de fe, que la suerte que te toque es eterna, es interminable.

Tu eternidad está en un *punto*. Esto no lo comprendes ahora, es difícil; allí lo verás, y, viéndolo, lo comprenderás. Tu eternidad no tiene tiempo; y porque en la eternidad no hay tiempo y tampoco hay sucesión... tu eternidad no tiene «ahora», «antes», ni «después»; no hay en ella pasado, presente ni futuro, todo en un *punto* lo abarca la eternidad. Todo, sin que nada falte, todo completo y a la vez, simultáneo, un instante...

Lo pasado está presente, como si no hubiera pasado; lo presente se confunde con lo pasado; lo futuro parece que se adelanta, y, sin dejar de ser futuro, gravita lo mismo que lo presente...

Tu eternidad es una *perfecta posesión*. Lo abarca todo, actúa sobre todo, y todo actúa sobre ti. Nada se te escapa y a nada escapas tú. Todo lo abrazas y todo te abraza. No hay más y menos, poco y mucho. En todo obras y todo obra en ti en la misma capacidad, con la misma intensidad. No hay deficiencias, no hay cambios ni mudanzas, todo es invariable, todo es inmutable. Todo es *ahora*, y siempre es *ahora*, y *siempre ahora* es interminable...

¡Oh, hermanita! ¿Qué es la eternidad? Yo no alcanzo a decirte más de ella. Pide a Dios luz especial para penetrar, cuanto en esta vida es posible penetrar, esta verdad tan oscura y tan cierta, tan grande y tan espantosa.

Muchos grandes pecadores se han aterrado con el pensamiento de la eternidad. Muchos grandes santos han temblado con sólo recordarlo en el fondo de su alma. ¡Oh, eternidad...!

PUNTO TERCERO: **¿Cuál será la eternidad?**

Dos eternidades, entre las cuales media un abismo insondable, están esperándote desde el momento en que llegaste al uso de la razón:

Quiéraslo o no, irremisiblemente, tu suerte definitiva está en una de ellas: O has de ser *eternamente feliz*, con Dios, con los ángeles y bienaventurados en el cielo, o has de ser *eternamente* desventurada sin Dios, con los demonios y condenados en el abismo de los infiernos.

No hay remedio; una de estas suertes es la tuya, la cual una vez para siempre se te fijará, tan pronto como hayas pasado las fronteras de la vida. ¿Cuál será?

¡Eternamente condenada! ¡Qué horror...! ¡qué espanto!
¡Condenada una hermanita! ¡Dios perdido, maldecida del Padre, apartada de Jesús, abandonada del Espíritu Santo, desterrada del paraíso, lejos de la dulce compañía de los Ángeles y Santos, en el lago de fuego, atormentada por los demonios, rodeada de todos los criminales... ! Y así, condenada *eternamente*, en ese estado, por siglos sempiternos, viviendo esa *muerte eterna*, en tormento *interminable sin fin, inmutable, invariable* para siempre y siempre igual, indeficiente, sin esperanza.

¡Oh, hermanita amada! Si te condenas -no lo permita el Señor- pero, si te condenas, -¡y puedes condenarte!- te condenarás para *siempre*, te condenarás a cadena perpetua. «Id, malditos, al fuego eterno» dirá el Juez divino; fuego interminable, fuego inextinguible. Hermanita, para siempre desventurada...

Siempre hermanita y siempre condenada... Eternamente hermanita, eternamente condenada...

Eternamente salvada. ¡Eternamente feliz! ¡Oh, qué dicha! ¡qué contraste! ¡qué cambio! ¡Hermanita amada! Si te salvas - y creo firmemente que te salvarás, si no desertas de la Alianza - si te salvas, te salvas para siempre...

Siempre en Dios deificada, bendecida del Padre, en el abrazo de Jesús, vivificada, iluminada, abrasada por el Espíritu Santo, en posesión de un reino nuevo, en intimidad con los Ángeles, en dulcísima compañía con Santos y bienaventurados ... ¡En el cielo! Viviendo vida *eterna*, vida *interminable*, vida verdadera; vida que mana de la fuente de la vida, fuente inagotable, porque la fuente es Dios. Siempre manará y siempre beberás y siempre vivirás vida divina, vida de Dios, en Dios, mientras Dios sea Dios; vida eterna, vida que lo completa y abarca todo, que lo une todo, que todo lo concentra, lo pasado, lo presente y lo futuro en un «ahora» pleno, perfecto, indeficiente, invariable, inmutable, total...

¡Oh, cielo! ¡Oh, gloria! ¡Oh, vida! ¡Oh, eternidad!

¡Hermanita amada! ¿cuántos años tienes? Por muchos que tengas, nada son; ¡qué pronto han pasado! ¡qué pronto los recorres!

Con una mano tocas el día que naciste y con la otra puedes tocar la losa de tu sepulcro .. En un abrazo abarcas toda la vida... Eso es todo lo de acá. ¡Oh, qué ficción! ¡Oh, mentira, que a tantos engañas! ...

Hermanita, y ¿ahí tus afanes? ... ¿y ahí tus preocupaciones... ? ¿ahí tus sueños de grandeza, de fama, de gloria? ¿y ahí tu felicidad? ¿Tan corta, tan poca, tan breve, tan reducida quieres tu dicha...?

¿Quieres renunciar a una vida de Dios, interminable, sin fin, inmutable, perfecta, eterna, por otra vida dé barro, breve, incierta, vergonzosa, vana, que, apenas gustada, la vuelves a perder?

¡Oh, no... ! Tu vida presente y eterna será vida de aliada, para siempre pura; eternamente virgen... amor sin fin...

Meditación de la tarde: LAS DIEZ VÍRGENES

PUNTO PRIMERO: **Necias y prudentes.**

Es ésta una bella parábola, que Jesús describió a sus apóstoles, sentado sobre la cumbre del monte de las Olivas, de cara a la ciudad de Jerusalén, en una de las últimas tardes próximas a su Pasión Sagrada.

Siéntate también, hermanita amada, a su lado, y escucha y medita con recogimiento la soberana doctrina que contiene, tan oportuna y adecuada para ti.

«Enrase, pues, dice Jesús, diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa; de las cuales cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite; al contrario las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas» (S. Mat. XXV, 14).

He aquí dos grupos de vírgenes, cuya vida en el uno es diametralmente opuesta al otro.

Son diez hermanitas aliadas, que han hecho su profesión de virginidad y han ingresado en la Obra con el propósito de ostentar en toda su vida la rica aureola de la virginidad o castidad perfecta.

Y en efecto, como dice San Gregorio, todas son consideradas y se llaman vírgenes y, sin embargo, en la puerta de la bienaventuranza no todas serán recibidas. Veamos la diferencia.

Jesús es quien las clasifica. A un grupo de estas vírgenes llama *necias, fatuas* y éstas no se han ocupado en hacer acopio de aceite para sus lámparas. Han creído que la gloria vana y la ostentación orgullosa de su virginidad era suficiente para pasar cómodamente su vida piadosa en buena estima y alta opinión de las gentes del mundo.

Vírgenes, sí; pero, tomando esta palabra en el más vulgar y amplio de sus significados: vírgenes en el vestido; vírgenes en evitar los pecados que afean la conducta; vírgenes, sin mancharse con crímenes vergonzosos; vírgenes por huir la inmoralidad pública; vírgenes a los ojos del mundo, que no ve más que lo exterior. Abrazaron la virginidad, como una vistosa flor, como una bella prenda que también se cotiza a buen precio en el mercado de las gentes honradas.

Pero estas pobres hermanitas, entretenidas en la admiración de sus bellezas fugaces, no se acordaron de practicar la virtud interior y sustancial de la virginidad; no llegó a arraigar esta virtud en su espíritu, en sus pensamientos, en sus deseos, en su voluntad, en su corazón. No fueron ellas puras en sus secretas intenciones, en sus locas imaginaciones, en sus sueños dorados, en sus cariños para con las criaturas, en sus amores...

Tampoco acompañaron a esta virtud, que en la Alianza es la primera y la principal de su lema, otras virtudes esenciales, sin las cuales ni ésta pudiera crecer y vivir, ni esas hermanitas llegar al grado de perfección y santidad a que su vocación las obligaba, como son: la humildad, el propio conocimiento, el vencimiento de sí mismas, la mortificación, la guarda de los sentidos, la mansedumbre, la muerte del amor propio, etc.

Añádase a esto el descuido de la práctica constante y fiel de la piedad religiosa; llenando el boletín de anotaciones muy ajenas a la verdad, dando un sentido de rutina a la oración, a la Santa Misa y Comunión, a los exámenes, lecturas, visitas, etc.

Y, necesariamente, estas hermanitas hubieron encontrarse sin el aceite de la caridad y del amor en sus vasijas. Verdaderamente son necias y fatuas.

Todo lo contrario es el otro grupo de vírgenes-hermanitas, llamadas por Jesús: *Virgenes prudentes*. Estas, junto con las lámparas, llevan aceite en sus vasijas.

Son aquellas vírgenes que, según el citado San Gregorio, no ponen su gloria en la boca de los hombres, sino que la esconden en el interior de su conciencia; que castigan la carne y guardan el espíritu... Estas son vírgenes en carne y en espíritu, vírgenes a los ojos del mundo y a los ojos de Dios, en la conducta exterior y en los más secretos pensamientos del alma e íntimos afectos del corazón.

Son las que adornan enaltecen, subliman y embellecen su virginidad con el cortejo de todas las demás virtudes propias de su estado y de su condición especial en la vida privada y pública. Son las que practican las obras prescritas con exactitud, fidelidad y prontitud y aún añaden algunas de superogación... Son almas de piedad profunda, diligentes en la oración y en los otros actos diarios de su boletín, que observan con gran exactitud todo lo mandado y aconsejado en el Reglamento y por sus directores.

Son, en una palabra, almas a quienes no mueve el prurito de una vana y necia ostentación de su vida «santa», sino que, movidas en todo por la más pura e intensa caridad y amor divino, guardan bien cerrado en la vasija de su corazón el aceite atesorado con sus obras...

¡Oh, hermanita amada! He ahí dos espejos: «virgen necia», «virgen prudente». Mírate bien...

PUNTO SEGUNDO: «**He aquí que viene el Esposo**».

Sigue el texto de la parábola (S. Mat. XXV, 5~8) «Como el Esposo tardara en venir, se adormecieron todas y, al fin, se quedaron dormidas. Mas, llegada la media noche, se oyó una voz que clamaba: «Mirad que viene el Esposo, salidle al encuentro». Y al punto, se levantaron todas... y aderezaron sus lámparas». Entonces, las necias dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan... »

Aunque, a los ojos de Dios, ofrece un doloroso contraste la conducta de estos dos grupos de vírgenes-hermanitas, a los ojos del mundo y de sus propias amigas, en el «retiro» pasan todas bajo una común y buena apreciación. Acaso brille aún más la reputación de valía, de celo, de acción, de las infelices fatuas, sobre las humildes e interiores hermanitas prudentes ..

Pero llega la tarde de la vida y comienzan a cabecear todas; vienen los achaques, la edad, las enfermedades, y, por fin, se duermen en el sueño de la muerte: Mueren las unas y las otras; una misma losa las cubre en el sepulcro; una misma aureola de virginidad queda flotando sobre sus tumbas, y un mismo olvido es la recompensa de los que quedan ocupando sus puestos en la vida presente.

Y llega la medianoche. Llega impensadamente la hora de las cuentas y de las recompensas eternas.

«He aquí que viene el Esposo»... Suena una voz, la voz del Ángel, la trompeta final anuncia la venida del Esposo. «Salidle al encuentro», preparad vuestras lámparas, llenadlas de aceite y encendedlas...

Efectivamente, ha de llegar el día grande de la Eternidad, el día que no es día, porque allí nunca volverá a ponerse el sol, llegará aquel «ahora» interminable, que abarca todo en un punto y quedará así inmutable e invariable...

Y despertarán todas las vírgenes hermanitas, echarán mano a las lámparas y las encenderán de prisa, porque está llegando el Esposo y no hay tiempo que perder... Y ¡oh, desilusión! Las lámparas de las hermanitas necias, no alumbran: apenas encendidas, se apagan, porque no tienen aceite. ¡Lámparas oscuras, sombrías y tristes...!

No así las vírgenes-hermanitas prudentes. Estas encienden sus lámparas y alumbran más que en la tierra. Aquí su humildad las guardó medio veladas; ahora lucen, como brillantes soles. ¡Qué bellas, qué resplandecientes, qué hermosas y alegres!

¡Oh, qué contraste! En el mundo todas se confundían, todas alumbraban, todas brillaban, acaso más las necias que las prudentes y ¿cómo no lucen aquéllas, ahora? ...

¡Oh, en el mundo, como dice San Agustín, lucían con aceite artificial prestado. Era la luz de la adulación, las alabanzas de las gentes, la ostentación hipócrita y fingida, el brillo fatuo y aparente, la aureola externa de la virginidad que oculta la tenebrosa noche de su alma.

No había allí aceite puro de oliva, de virtud sólida, de santidad, de obras legítimas... Eran unas fosforescencias fugaces, pasajeras y engañosas... nada más.

Y ¿qué harán ellas ahora? Lo que hicieron aquí en toda su vida, que era vivir del aplauso. Ahora vuelven a mendigar aceite prestado. «Dadnos aceite... que se apagan nuestras lámparas... »

¡Ah, infelices! Allí nada se presta y nada se vende; a nadie le sobra nada; nadie se cubrirá con lo ajeno. A cada cual lo suyo.

¡Hermanita amada! Si esta noche llamaran a tu puerta, ¿qué responderías? ¿Alumbraría bien tu lámpara? ¿hallarías aceite legítimo en tu vasija?

PUNTO TERCERO: Las bodas eternas.

Sigue el texto de la parábola: (S. Mat. XXV, 10, 12). «Vino el Esposo y las que estaban preparadas entraron con El a las bodas, y se cerró la puerta... Al cabo vinieron también las otras vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero El respondió y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco...»

¡Oh, hermanita amada! Grandísima y solemne ha de ser en verdad la venida y entrada del Esposo divino Jesús a las bodas eternas, que celebrará en su reino celestial con sus vírgenes escogidas exaltación del Hijo del Hombre por su Padre eterno y toda la creación; la entrada triunfal en su reino eterno del Gran Rey y Señor Soberano, Mesías Salvador y Conquistador invicto, que subirá del mundo con el trofeo y botín de sus hazañas, del brazo de su Padre, rodeado de todas las legiones de espíritus angélicos, siguiéndole el ejército de los que militaron bajo su real estandarte, aclamado, ensalzado y glorificado por toda la creación.

Y allí las vírgenes prudentes, luciendo sus lámparas iluminadas, alegres, preciosas, con sus mantos blancos, ataviadas con preseas y joyas regaladas por su Amado, entre el aleteo de los ángeles que las sostienen y los vítores y hosannas de los bienaventurados que las distinguen y las reconocen, como esposas del Cordero... «entrarán con El a las bodas ... »

Entrarán por las puertas del alcázar divino, no confundidas entre las demás, no en desorden ni en tropel, sino formando un coro distinguido, cantando el cántico nuevo que sólo ellas podrán cantar y tañendo finísimas y armoniosas cítaras; entrarán con Él, al lado de Él, junto a Él, cerca de Él... a las bodas eternas...

¡Oh, hermanita prudente! ¡qué gloria te espera! ¡qué triunfo de la virginidad perfecta en el reino eterno!

«Y se cerró la puerta». Es la puerta de la eternidad... Las bodas son eternas, el festín es interminable, la gloria es sin fin.

Hermanita feliz, virgen esposa, que has pasado la puerta del reino; antes de tomar posesión de tu trono real, vuélvete y dirige una mirada por el ojo de la llave a esas hermanitas necias que quedan fuera, llamando: «Señor, Señor, ábrenos... » nosotras también somos hermanitas vírgenes,

El Esposo, como suspendiendo los agasajos de la fiesta, para acercarse a la puerta, les contestará: «¡En verdad os digo: que no os conozco ... !» ¡Triste y eterna despedida!

¡Y eran vírgenes...! ¡Pero estériles, sin luz, sin vida! ¡No amaron a Jesús...!

¡Oh, hermanita! ¡Eres virgen! ¿y qué más? ¿Entrarás adentro...? ¿quedarás fuera?

III. Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: Comienza este examen recordando aquellas palabras del Salvador: «No queráis atesorar tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los destruyen y donde los ladrones acechan y los roban. Atesorad, más bien, tesoros en el cielo, a donde no llegan ni la polilla ni los ladrones... »

¿Vives, hermanita amada, mirando a la eternidad? ¿es ella como la estrella que guía tus pasos en el tiempo? ¿ajustas tus obras al pensamiento de la eternidad? ¿es ella el aguijón y, al mismo tiempo, el freno en tus acciones? (Pausa).

¿Vives atesorando para la eternidad, para el cielo? ¿buscas aquí la recompensa de tus obras, de tu celo, de tu apostolado...? ¿te gusta, te halaga el aplauso, la alabanza, la gloria terrena que te tributan los hombres? ¿anuncias a bombo y platillo, como los fariseos, todo el bien que practicas, ya de virtud ya de apostolado? ¿no temes oír de labios del Juez divino: «Recibieron ya su recompensa»? (Pausa).

¿Sabes ocultar el bien que haces? ¿sabes obrar sin contario, dejándoselo al Señor, que lo contará mejor que tú? ¿practicar la virtud interior de manera que ni el mismo demonio se dé cuenta? ¿obra tu mano derecha, sin que lo note tu mano izquierda? (Pausa).

¿Buscas obras de brillo? ¿eres apóstol de plataforma? ¿pones a propósito, en el candelero de la opinión, tu talento, tu ingenio, tu habilidad, tu saber, tu elocuencia? ¿sabe el mundo que vales? ¿cómo lo sabe? ¿lo has pregonado vanamente, tal vez con disimulo, pero con malicia? ¿has hecho modo de que otros te levanten el pedestal? (Pausa).

*¿Sabes que es mucho mejor y más productivo el apostolado humilde, oscuro y escondido? ¿eliges de intento obras de celo vulgares, humildes, despreciables, que nadie las quiere? ¿no sabes que en ellas la polilla de la vanagloria no se ceba? ¿no sabes que esas obras se conservan mejor y duran hasta la eternidad y se cotizan allí a buen precio? ¿No has oído y leído que el apostolado de la Alianza, con preferencia y siempre que sea posible, ha de ser de esa clase: apostolado humilde, sencillo, sin brillo, escondido, desapercibido, sin ruido y sin letras de molde? ¿No sabes que las hermanitas van a donde no quieren otros? ¿hacen lo que otros dejan? ¿aman lo que otros desprecian? ¿dejan lo que otros con afán apetecen? ¿No ves que, obrando así, en la eternidad darás ciento y raya a muchos, apóstoles brillantes y lucidos, que no se contentaron con un, **celo**, sino que tuvieron muchos **celos**? (Pausa).*

¿Cómo anda tu intención; ¿es siempre recta y santa? ¿la renuevas a menudo? ¿la elevas? ¿la purificas? ¿para qué obras? ¿para quién obras? ¿por qué obras? ¿sorprendes a tu alma con intenciones bajas, terrenas, bastardas, vanas egoístas? ¿vives y obras para Dios, para tu Jesús, para las almas, para tu salvación, para tu eternidad? (Pausa).

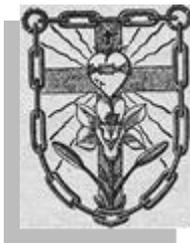
¿Descargas y desembarazas tu alma de todo lo que la estorba para la eternidad? ¿procuras separar y quitar la paja de obras inútiles? Tu piedad, tus virtudes, tus acciones todas ¿producen y

están saturadas del aceite de la caridad y del amor? ¿Alumbrarán algún día...? Al contrario, ¿son estériles, secas, como las nubes de verano, que traen truenos y no traen agua? (Pausa).

¿Será tu virginidad sólo un bonito nombre, que suena bien y recrea los oídos? ¿Sabes que las fatuas también se llamaron y eran tenidas por vírgenes? ¿eres, como corresponde a una aliada, virgen de nombre y de hecho? ¿interior y exteriormente? ¿acompañan inseparablemente a tu virginidad el amor y el sacrificio? ¿la escudan y la protegen todas las demás virtudes, sin las cuales necesariamente habías de ser virgen necia? (Pausa).

¿Sabes que tu vestido nupcial ha de estar adornado de todas ellas? ¿te presentarás allí como corresponde a una esposa de Jesús, a una reina? ¿Trabajas en ello constantemente? ¿examinas a menudo tu lámpara? ¿está llena la vasija de tu corazón de aceite bien refinado? ¿podrías decir ahora y en cada momento: «Señor, mi corazón está preparado»?

Hermanita amada: No vayas dando treguas a tu tiempo, no digas: «mañana, Señor, mañana»: no te entretengas en bagatelas; no atesores para la tierra. Mira a la eternidad y llena bien de aceite tu vasija.



MES DE NOVIEMBRE

I. Meditación de la mañana: EL PURGATORIO

PUNTO PRIMERO: **Verdad y penas del Purgatorio.**

Hermanita: amada: El dogma del Purgatorio es una de las verdades de nuestra fe, definida por el Concilio Tridentino (Ses. VI, can. 39), y quien no la creyere, queda fuera de la comunión de la Santa Iglesia y es hereje. Antes de este Santo Concilio enseñaron y confirmaron esta verdad los Concilios Romano, Florentino, Toledano y otros.

La Escritura Divina recuerda el uso laudabilísimo de ofrecer sacrificios y ofrendas en sufragio de las almas de los difuntos. Es, además, doctrina corriente enseñada por todos los Santos Padres de la Iglesia desde Tertuliano, Orígenes, San Agustín, San Ambrosio...

Y es una verdad en un todo conforme con la recta razón, iluminada por la fe; pues la inmensa mayoría de los fieles mueren sin haber satisfecho enteramente la pena temporal de sus pecados, siendo así que necesariamente han de pagar estos atrasos, pues nada manchado entrará en el reino de los cielos.

El Purgatorio es el dogma más consolador para los cristianos y la manifestación más excelsa de la divina piedad y misericordia de nuestro Dios.

Haz, hermanita amada, un acto de fe en esta verdad, y afiánzate en ella cada vez más contra los impugnadores que la niegan y contra los malos cristianos que hacen mofa de las almas que obran para sí y para sus difuntos, conforme a las enseñanzas de aquélla.

Dos clases de penas distinguen los teólogos en el Purgatorio: pena de sentido y pena de daño.

a) Que la pena de sentido es de fuego y fuego real, es tradición constante de los Padres de la Iglesia y opinión unánime de todos los teólogos. De estos, algunos más antiguos aseguran que el fuego del purgatorio y el del infierno son el mismo, con la sola diferencia

de que en el infierno será eterno y en el purgatorio será temporal. Y San Agustín y San Gregario dicen que estas penas son atrocísimas. Santo Tomás afirma que la mínima pena del purgatorio es mayor que la máxima pena de esta vida. Pero San Buenaventura y San Roberto Belarmino creen que es relativa esta pena, y que habrá almas que no sufrirán tanto en el purgatorio, si en vida trataron de satisfacer a Dios por sus pasadas culpas.

Ahora es tiempo favorable, hermanita amada, para mitigar aquellas penas con oración y penitencia...

b) La pena de daño consiste en la privación de la visión beatífica.

Pondera bien, hermanita amada, esta pena casi imponderable que sufrirán las almas, las cuales, antes de entrar en aquel lugar de expiación, habrán conocido a su Dios con grandísima luz y suma perfección.

La carne, la vida terrena, el mundo y sus distracciones no estorbarán allí, como aquí, para que el alma pueda entrar y subir a una altísima contemplación y llegar a un conocimiento experimental, perfecto y sobrenatural de la persona de Jesucristo, del cielo y de la gloria felicísima que allí le espera.

Si los Santos regalados del Señor, después de saborear en sus iluminaciones místicas las inefables dulzuras de la vida divina, han llorado con lágrimas amargas la prolongación de su vida en este destierro; Santa Teresa de Jesús, en los ardores seráficos de su corazón, desfallecía y sentíase *morir* porque no *moría*, para unirse con su Amado: «Muerdo porque no muerdo», ¿qué no sentirán aquellas almas justas, tan próximas a Dios, desligadas ya de todo lo demás, con ansias insaciables de su Dios amado, al verse desterradas de su patria eterna y de su Dueño y Señor, viendo que se prolonga indefinidamente y sin saber hasta cuándo, aquella prisión dolorosa? ¡Con qué vehemencia saltará su corazón y cuántas veces se lanzará hacia su objeto amado, para ser otras tantas rechazado y apartado del único centro de su felicidad!

¡Oh, hermanita amada! Tú, que lo dejaste todo para ser toda de Jesús, ¡verte ahora privada de Jesús! ¡Sin tu Jesús! ¡sin su amorosa posesión! ¡qué vacío el de tu corazón virginal! ¡Cómo le llamarás! ¡cómo le buscarás... !

PUNTO SEGUNDO: ¿Por qué se va al Purgatorio?

Hermanita amada: Piadosamente pensando tú no has de ir al infierno, si fielmente perseveras en la Obra en que has entrado y en la vida que has abrazado.

Pero, en cambio, es casi seguro que tendrás que pasar por el purgatorio; ¡deben ser tan pocos los que van al cielo sin pasar por el purgatorio...!

Y ¿por qué se va al purgatorio?

a) Se va al purgatorio por ese continuo polvillo de faltas leves, que cometemos deliberadamente.

Hay muchísimo en nuestra vida cotidiana, que no ha de ser admitido en aquella mansión divina, purísima, santísima, de la

bienaventuranza, y que aquí dejamos pasar con suma ligereza y flojedad. Todo ello es leña para el purgatorio. Cada uno de nuestros sentidos es como una fuente de este género de faltas aun cuando tratemos de poner cierta vigilancia y cuidado sobre ellos. Y dígame otro tanto de nuestro interior. Nuestros exámenes sobre estas faltas son, en general, superficiales, ligeros y muy breves: Vemos lo más saliente, y todo lo demás se nos cuele por la malla ancha de nuestra conciencia. ¡Cuánta leña para el purgatorio!

Es lamentable, en verdad, la opinión de ciertas personas piadosas, y no se diga nada de las que no llegan a piadosas, sobre los pecados veniales y leves, con los cuales parece tienen hecho un semi-pacto, y condescienden con una tranquilidad que pasma. Esa ligereza en la lengua, esa falta de recato en los ojos, ese afán de verlo todo, esa anchura de conciencia en los actos interiores de pensamiento, juicio, intenciones, deseos; ese criterios equivocados y flojo sobre espectáculos, diversiones, modas, etc.... En el purgatorio necesariamente habrán de purificarse las tales almas de todas esas faltas despreciadas aquí como naderías y escrúpulos...

Hermanita: ¿hallas aquí algo en qué corregirte?

b) Otro gran peso para el purgatorio son las faltas graves, confesadas y perdonadas en cuanto a la culpa y pena eterna; pero de las cuales no se ha satisfecho la pena temporal. Son aquellas faltas graves que, una vez confesadas en ejercicios, misiones, etc., se han olvidado demasiado pronto, y de ellas no se ha hecho la suficiente penitencia en la vida; no se han llorado con dolor constante y sincero...

¡Cuánto descuido hay sobre este punto, hermanita amada!

El pecado grave cometido y *no* confesado, mientras está gravitando sobre nuestra conciencia, nos duele, nos asusta, lo recordamos, lo traemos clavado en nuestra alma; pero tan pronto como lo hemos confesado con cierta satisfacción, creemos que no hay necesidad de volver a recordarlo en adelante; ni una lágrima más,

ni un golpe de pecho, ni una obra de satisfacción... ¡la penitencia para los religiosos!

¡Qué distinta es, hermanita amada, la conducta de los santos penitentes! Si algunos de ellos fueron en verdad grandes pecadores, también después fueron grandísimos penitentes. ¡Oh, cómo lloraron su mala vida pasada! ¡qué espantosa y terrible fue la austeridad de su santa vida!

Hermanita: Si alguna vez fuiste pecadora, sabes que tienes deudas que saldar con tu Dios, justo Juez, el cual, si fue misericordioso para perdonarte, será justísimo para exigirte la satisfacción condigna hasta el último céntimo. La pagarás aquí, y, si no, la pagarás en el purgatorio.

PUNTO TERCERO: **Las almas el Purgatorio.**

Hermanita amada: Has visto en los puntos precedentes que es muy provechoso para ti el pensamiento del purgatorio; pero también lo es para aliviar la situación de las almas, que allí expían los descuidos de su vida.

¡Cuántas almas allí, impotentes ahora para merecer, lloran sus faltas pasadas, su flojedad, su ligereza, su olvido, su distracción mundana, su anchura de conciencia, su abandono en el divino servicio y hasta el desprecio que hicieron de tantos medios, por los cuales pudieron evitar el destino que ahora justamente lloran! ¡Cuántas de estas almas se acordarán de ti, y esperarán y exigirán de ti la limosna de un sufragio caritativo, para adelantar el pago de sus deudas ante la justicia divina!

Cuanto a ellas es difícil o imposible ayudarse allí en su terrible necesidad, tanto a nosotros es posible y fácil prestarles este consolador auxilio.

Aquellas almas santas, aún pasada la frontera de la eternidad no están del todo desligadas e incomunicadas con nosotros, sus hermanos. La Santa Iglesia llega todavía a ellas y alivia su gran necesidad con las superabundantes satisfacciones de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de los Santos y almas justas, de las cuales es aquella la depositaria y distribuidora.

Esas satisfacciones, en forma de sufragios, están en nuestras manos, ya que la Iglesia liberalísimamente nos las concede, mediante los actos meritorios a los cuales van unidas y que nosotros, con asombrosa facilidad, podemos practicar. De donde resulta, que la suerte venturosa, dichosísima y eterna de esas pobrecitas almas está, en, cierto modo, en nuestras manos.

Y ¿serás tú, hermanita amada, tan descuidada, tan insensible, tan ingrata, que no quieras procurarlas tan inmenso bien y a tan poca costa?

¡Pobres almas, que por sí solas, tal vez, habían de permanecer allí largos años, y a las que tú, con tu generosidad, puedes adelantar la posesión tan suspirada del reino eterno y el gozo de su Dueño y Señor!

Tesoro de infinitos bienes, al mismo tiempo que para ti, es para aquellas almas el Santo Sacrificio de la Misa. Si tus ahorrillos no te dejan margen para mandarla decir a tu intención, nada en cambio te cuesta oírla con devoción y aplicar el fruto de ella por aquellas benditas almas.

Mina de indulgencias, aplicables a las almas, es el santo rosario; lo es también el viacrucis; lo son todos los actos de virtud, todos los actos de mortificación y penitencia, todas las acciones y obras buenas y de apostolado que hagas en gracia y con caridad.

Aplicáte, hermanita amada, a este piadoso y meritorio ejercicio durante este mes especialmente dedicado a las benditas ánimas del Purgatorio.

II. Meditación de la tarde: LA SAMARITANA

PUNTO PRIMERO: «**Dame de beber...**»

Palabra por palabra has de meditar, hermanita amada, este hermosísimo pasaje del evangelio, donde nuestro bondadoso Maestro Jesús, se nos manifiesta tan divino y tan humano.

Siéntate amada hermanita, sobre el brocal de aquel misterioso pozo junto a Jesús; contéplale, aprende sus lecciones, bebe el agua que te ofrece, y enamorada de Él, como aquella felicísima mujer, predica sus misericordias en el mundo.

Huyendo de Judea, se dirigía Jesús a su país natal de Galilea, atravesando Samaria. A medio camino, después de largas jornadas, llegó cierto día, bajo un sol abrasador de verano, cansado, empolvado, sudoroso, sediento y necesitado, a la sombra del pozo llamado de Jacob.

Allí, en aquella frescura, deseoso de beber un poco de agua y tomar de paso un poco de alimento (para lo cual envió a sus discípulos al pueblo inmediato), quedose Jesús solo, sentado sobre el brocal del pozo.

¡Jesús cansado ... empolvado ... sudoroso ... sediento... sentado al borde del pozo y mirando con ansia natural el agua de la cisterna, que ve... y no alcanza... solo... ¿qué quiere hermanita amada? Pregúntale...

Pero allí viene una mujer ligerita, con el cántaro debajo del brazo, a sacar agua del pozo.

Ella, arrogante, no le saluda... y comienza a preparar la polea y la soga...

Jesús humilde, necesitado... ¡qué humano y qué sencillo...!, como un pobre mendigo, se dirige a ella con discreción y le dice: «Mujer, dame de beber ... »

Ella, mirándole con cierto desdén y orgullo, le responde: «¿Cómo tú, siendo judío, te atreves a pedirme de beber a mí, que soy mujer Samaritana?

¡Pobre Maestro...!

No es gran cosa lo que pides, y lo pides echando por delante tu gran necesidad, que bien se revela en el sudor que corre por tu frente, en el polvo que te cubre, en el cansancio que muestran tus miembros; lo pides a una mujercita, que tiene a mano lo que pides ...

Y te lo niega con desprecio... ¿Qué más haría un fariseo?

¡Oh, hermanita amada! ¡cómo le duele la ruindad de aquel mezquino corazón! ¡qué menos podía esperar Jesús necesitado, que un trago de agua alcanzada del fondo de un pozo por favor!

¡Ah! ¡Se trataba de un corazón enredado en bajas pasiones, corazón marchito y egoísta! ¡Allí no había ni caridad ni amor!

Pero, vuelve en ti, hermanita amada, y mira si por ventura eres tú esa ingrata Samaritana...

Sediento de tu alma, de tu corazón, de tu amor, de tu virginidad... caminando largos años, desde el Cenáculo hasta hoy, en el fondo del Sagrario, en tu aposento, en la encrucijada del camino, te ha esperado a ti, hermanita, a ti, ese Divino Mendigo «necesitado»..., y tú, tal vez, has pasado junto a Él, con el cántaro lleno de agua, para regalar ... , ¡no sé si decírtelo ... ! para regalar y obsequiar a las criaturas, indignas de tal regalo, y medio aturdida has oído la voz del misterioso viajero: «Dame de beber ... », y, a pesar de verle sediento,

cansado y en espera..., le miraste fría, le negaste el agua y le despreciaste.

«Tengo sed». ¡Oh, sí! Sed tiene Jesús, sed de corazones, sed de amor, sed de pureza, sed de almas víctimas. Y a muchas samaritanas, enredadas con cinco maridos, que son los cinco sentidos, ha pedido de beber, y ellas le han dado las espaldas... ¡ingratas! ¿Lo fuiste tú? ¿lo eres todavía?

PUNTO SEGUNDO: «**Si supieras quién es...**»

Oída aquella respuesta fría y despectiva de la Samaritana, Jesús humilde y resignado contestó: «Si supieras el don de Dios y quién es el que te dice «dame de beber»: tú de cierto le pidieras a él y él te daría agua viva».

¡El don de Dios!... ¡Oh!.. El don de Dios es la vida interior, que no se siente, si no se vive, y no se vive, si no se recoge. El don de Dios es la gracia divina que vivifica el alma. El don de Dios es la infusión del divino Espíritu. El don de Dios es el fuego interior que, como un sol resplandeciente, cae sobre el entendimiento, al que ilustra y capacita para ver y comprender las cosas divinas.

La pobre pecadora, sin gracia ni vida sobrenatural, no tenía si sabía el don de Dios. Una vergonzosa sensualidad era toda su vida; bebía las aguas de una cisterna. La vida interior y sobrenatural estaba muerta en ella.

Y no sabiendo el don de Dios, tampoco podía saber quién era aquel que le pedía de beber. Ni ella ni ningún otro puede conocer quién es Aquel que ha sudado, se ha empolvado, ha sentido cansancio, sed, hambre, necesidad de reposo, en busca de corazones distraídos y desviados, si no posee en grado eminente el don de Dios.

Las almas iluminadas interiormente por luces sobrenaturales y divinas, que proceden del divino Espíritu, son las que únicamente

llegan a conocer al Mesías Redentor. Ni aquellas que con El vivieron, comieron en la misma mesa, participaron de sus fatigas y confidencias íntimas y fueron testigos de sus prodigios y milagros; ni ellos, los apóstoles, los amigos de su Corazón llegaron a conocerle, hasta el día de Pentecostés, en que este Don soberano descendió e iluminó sus almas.

He aquí el mal inmenso de nuestros días. El mundo cristiano hasta ahora ríe ha sabido quién es Aquel, que en el fondo de los Sagrarios, en los mismos corazones, mendiga amor.

La vida sensual ha extinguido la luz divina de sus almas, el don de Dios, y, viviendo en noche sobrenatural, no pueden saber quién es Jesús, quien es su Dios-hermano, quien es su Dios-Amor.

Sólo los limpios de corazón son capaces de ver a Dios, porque sólo ellos poseen el don que ilustra, acerca y une.

Hermanita amada: La virginidad es el camino para poseer este don. Los corazones puros y castos gozan de la plenitud del divino Espíritu y de sus dones soberanos. Y en la medida de esta posesión, se llega a conocer a Jesús. Si tú no conoces este don, si no lo conoces, si no conoces a Jesús, si no sabes quién es Aquel que te pide de beber, ten entendido, en verdad, que no eres hermanita verdadera y fiel de la Alianza.

Examínate bien. Que no tenga Jesús que decirte lo que dijo a la infeliz Samaritana... «Si supieras el don de Dios...»

PUNTO TERCERO: «**No tendrá sed jamás**».

«Díjole la mujer: Señor, no tienes con qué sacarla (el agua), y el pozo es hondo, ¿de dónde, pues, tienes agua viva? Jesús le contestó: Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed; más el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed, porque el agua, que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna. Señor, dícele la mujer, dame esa agua... » (S. Juan, IV).

Verdaderamente, la pobre Samaritana no poseía el don sobrenatural de Dios. Los seis maridos, que le recordaba el Señor, dan testimonio de su vida relajada y carnal, y un alma entregada a la sensualidad no es posible que entendiera las cosas espirituales. Vivía de la materia y materialmente entendía las cosas; no llegaba más allá de lo que percibían sus sentidos... El agua del pozo, que ella venía a sacar, era el símbolo de su vida cenagosa. Y Jesús le dice: «El que bebe de esta agua tendrá sed de nuevo... »

La vida de los sentidos, la felicidad terrena, los placeres de la carne, el agua de los aljibes rotos no sacian nunca las ansias de nuestro corazón. Mientras se bebe, en el momento de aplicar nuestros labios a la copa transparente, en el instante de poner nuestros sentidos en contacto con las criaturas, parece se apaga nuestra sed; pero luego, al momento, vuelve la sed a atormentarnos con más ardor y vehemencia que antes...

Es que no hay proporción entre las cosas terrenas y las ansias espirituales de nuestra alma. Lo terreno y carnal no puede saciar jamás la sed sobrenatural de nuestro espíritu. .

En cambio, el agua a que Jesús se refiere y que promete a las almas, es agua sobrenatural, espiritual, que llega hasta el fondo de nuestra alma; es su gracia, su vida divina; es su caridad, es su amor que beben las almas regaladas, aplicando los labios puros y castos a la misma fuente de su divino costado. Y quien una vez haya gustado de esta refrigerante, misteriosa y divina agua, no tendrá jamás sed de las aguas del pozo, de los gustos de la tierra, de los goces de la carne, de los placeres de los sentidos; ya que no hay ni punto de comparación entre el agua viva, que mana de su Corazón, y el agua cenagosa, corrompida, que procede de las cisternas, es decir, de las criaturas.

Con la ventaja de que esta agua divina se convierte dentro de nuestra alma en fuente que salta hasta la vida eterna; pues, al recibirla, recibimos juntamente al Espíritu Santo, como Huésped permanente de nuestro corazón, y Él es principalmente la fuente y el

manantial de esta agua, que sacia y embriaga a las almas que le poseen.

¡Oh, hermanita amada! Por experiencia eres tú la llamada a conocer esta sublime verdad.

Quizás, antes de ser hermanita, corriste como la Samaritana, en busca de estas aguas del pozo; al reclamo de engañosas sirenas, fuiste con el corazón sediento a beber el agua de alegres fiestas, de emocionantes espectáculos, de exhibiciones interesantes, mundanas, de festines sensuales... y volviste desengañada y con más sed...

Luego, viviendo fervorosa el lema de tu amada Alianza, has bebido el agua sobrenatural en el manantial divino, en el Sagrario, en la oración, en el «retiro», en el interior de tu alma...; y plenamente saciada, satisfechísima, vives como sumergida en un baño y no envidias las aguas de los aljibes, que con tanto sacrificio cavan los pobres hijos del siglo, en el barro de sus diversiones y placeres.

Hermanita, tu alma y la virtud predilecta de tu lema, la virginidad, sólo pueden vivir regadas con esta agua inmortal y viva, que te da Jesús. Las aguas del pozo son demasiado sucias para una planta tan delicada y tan pura.

¿Es así como vives tú? ¿dónde bebes, hermanita? ¿en los aljibes? ¿en Jesús... ?

III, Puntos de examen especial para este mes

Hermanita amada: ¿Te atrae el pensamiento de las bellezas del paraíso? ¿que encantador debe ser el cielo! ¡qué hermosura la de los bienaventurados! ¡ninguna mancha, ninguna imperfección, ninguna fealdad, por pequeña e insignificante que sea, será allí recibida! Allí todo es perfecto, todo es acabado, todo es armonioso y bello...

Ahora bien, hermanita, ¿cómo esperas tú entrar en aquella ciudad tan sublime y hermosa? ¿sabes que tú no encuadras allí, mientras no llegues a ser un pedazo de cielo? ¿aspiras a ello y te esmeras, para lucir en el coro de las vírgenes, a donde eres destinada, las ricas galas de tu santidad? ¿hasta qué detalles descienes en tu vida de perfección? ¿lo haces todo acabado y perfecto? ¿lo procuras al menos? ¿miras, examinas y evitas las faltas leves y las imperfecciones, que no llegan a ser ofensas? (Pausa).

¿Dices que al examinarte no encuentras que hay faltas? ¿Será quizás, porque no te examinas con esmero, solicitud y atención? ¿eres de las que dicen: «eso no es pecado» ¿sabes que hay faltas, que para la hermanita son faltas y no son propiamente pecados? ¿Sabes que las faltas contra el Reglamento, contra, el boletín de actos, contra los consejos de tus directores no son pecados, pero son faltas que la buena hermanita, para ser perfecta hermanita, debe evitar? (Pausa).

¿Sabes que el ideal acabado y perfecto de una hermanita es y debe ser siempre evitar todo lo que no ha de ser admitido en el cielo y todo lo que no es del agrado de Jesús?

Nunca digas: «esto no es pecado»; antes, al contrario, debes preguntarte: ¿agradará esto a mi divino Esposo Jesús? ¿me agradará irme con esto al cielo y estar allí al lado de mis hermanitas? ¿Sabes que muchos de estos descuidos y flojeadas se pagarán muy caros en el Purgatorio? (Pausa).

Y ¿qué seguridad tienes de los pecados confesados? ¿los confesaste bien; ¿tuviste en particular una gran detestación, un verdadero aborrecimiento, y sobre todo, un dolor sobrenatural íntimo de haberlos cometido, de haber ofendido con ellos a tu Dios y Señor?

Una vez confesados ¿los olvidaste pronto? Al contrario ¿los recuerdas con frecuencia? ¿los lloras, como los lloraron durante toda su vida los santos? ¿haces penitencia de ellos? ¿tratas de pagar, hasta el último cuadrante, la deuda temporal que por ellos

debes a Dios? ¿no sabes que, si no la pagas aquí, la pagarás más duramente, y más difícilmente, y más rigurosamente en el Purgatorio? (Pausa).

¿Tienes mucha leña para el Purgatorio? ¿no será, tal vez, porque tu cántaro, es decir, tu corazón, anduvo camino del aljibe o del pozo...? ¿Con qué agua has apagado la sed de tu corazón? ¿no sabes que el agua del pozo lleva en el fondo mucho poso? ¿sabes que la posesión y goce de las criaturas dejan en el fondo del corazón muchas impurezas?

Y al contrario, ¿no ves que el agua cristalina de la fuente divina, no sólo apaga la sed, sino que limpia, purifica y quita todas las manchas de tu alma? ¿has probado de esta agua? ¿vas con frecuencia a esta fuente? ¿comprendes bien que para una buena, perfecta y purísima hermanita no puede haber otra fuente que esta, a la cual te convida tu amantísimo Jesús? (Pausa).

¿Buscas, como el ciervo sediento, las aguas refrigerantes de esta fuente, cuyas aguas saltan hasta la vida eterna? ¿Sabes que una manera eficaz de purificar tu alma y de satisfacer por tus deudas atrasadas es esta divina agua de la caridad? ¿sabes que esta fuente es la verdadera y única auténtica fuente del amor? ¿sabes que el amor intenso es fuego divino, que sustituye con ventaja al fuego del Purgatorio? ¿sabes que sufriendo, mortificándose, sacrificándose, se purifica el amor, y amando mucho se purifica el alma? ¿no has leído que el lema de muchos santos fue sufrir y amar? (Pausa).

¡Oh, si tuviéramos tanto interés y afán en buscar esta fuente divina, cuanto los tienen los mundanos en buscar las aguas turbias y cenagosas del pozo de sus satisfacciones terrenas! ¿no pondrás tú, siendo hermanita de la Alianza, el empeño que los hijos del siglo ponen para su propia desgracia? ¿sabes que de ello depende toda tu suerte eterna?

Haz un firme propósito de pedir continuamente a tu Señor, con la Samaritana: (Señor, dame de esta agua... »

Pero no olvides que Jesús te espera en la fuente y que tú eres quien ha de ir con el cántaro a beber de ella.

¡A la fuente, hermanita amada! ¡a la fuente, no al pozo!

Índice resumido del Manual

	Páginas
Unas palabras	4
Necesidad y modo de practicar el retiro mensual	5

PRIMERA PARTE

Día de retiro completo

Oración para dar principio al día de retiro	9
Meditación de la mañana	10
Examen general sobre el lema A. J. M.	11
Vía-Crucis	19
Meditación de la tarde	32
Examen especial	32
Ejercicio de preparación para la muerte	32

SEGUNDA PARTE

Meditaciones y exámenes

Diciembre: Mi fin.-La Encarnación (1)	39
Enero: Mi fin es Jesús.-La Visitación	50
Febrero: Fin de las criaturas -El Nacimiento	61
Marzo: El pecado. - La Purificación	73
Abril: El Infierno.-Nazaret	84
Mayo: Pecado venial.-María, bella flor	96
Junio: La Muerte.-La Eucaristía	108
Julio: Juicio particular.-El Hijo Pródigo	124
Agosto: La Resurrección.-El Buen Pastor	139
Septiembre: juicio final.-Lágrimas de Jesús	159
Octubre: La Eternidad.-Las diez Vírgenes	175
Noviembre: El Purgatorio.-La Samaritana	189

(¹) Las materias, que se indican, corresponden al asunto desarrollado en las dos meditaciones, de la mañana y de la tarde, para todos los meses. Además en cada mes van acompañados de puntos de examen especial, según las materias que se tratan.